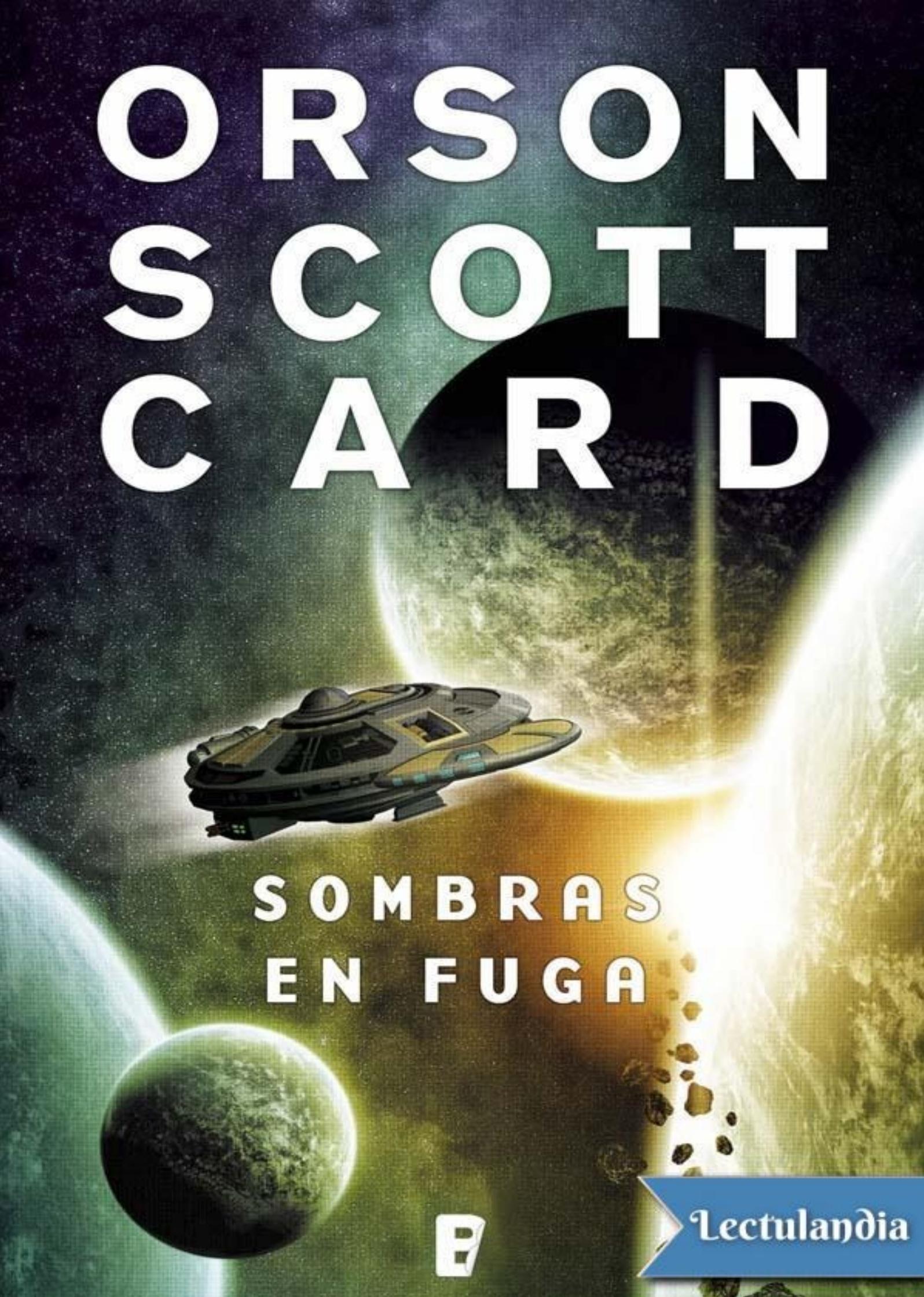


ORSON SCOTT CARD

The background of the cover is a vibrant space scene. A large, bright yellow-green planet with a textured surface dominates the right side. A ring of dark, rocky asteroids orbits around it. In the lower-left foreground, a smaller, dark planet with a reddish-brown surface is visible. A futuristic spaceship with a dark hull and yellow accents is shown in flight, moving from left to right across the middle of the image. The overall color palette is a mix of deep blues, greens, and yellows.

SOMBRA
EN FUGA



Lectulandia

Al final de *La sombra del gigante*, Bean Delphiki huía hacia las estrellas con tres de sus hijos, los mismos que comparten con él unos genes que otorgan tanto una inteligencia extraordinaria como la condena a una vida corta y físicamente cruel. Ahora, la extrema velocidad de este viaje parece dar a las generaciones de científicos de la Tierra más tiempo para buscar una cura. Sin embargo, no servirá de nada. Todos serán olvidados; tanto ellos como sus actos se perderán en la historia. Oponiéndose a este destino fatídico, Bean Delphiki está a punto de hacer un descubrimiento que le permitirá salvarse, y con él a toda la humanidad. En *Sombras en fuga* Bean encontrará un espacio para crecer, vivir sin dolor, explorar su propia anomalía genética e intentar hallar la cura para combatir una misteriosa enfermedad que resuena como un susurro lejano a través de la galaxia.

Lectulandia

Orson Scott Card

Sombras en fuga

(Saga de la Sombra - 5)

ePUB r1.4

Rov 03.10.13

Título original: *Shadows in flight*

Orson Scott Card, 2012

Traducción: Carlos Gardini

Colección NOVA s/n

Editor original: Rov

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Lynn Hendee,
guía sabia, colega en la creación,
verdadera amiga*

1

A la sombra del Gigante

La nave estelar Heródoto partió de la Tierra en 2210 con cuatro pasajeros. Aceleró hasta llegar casi a la velocidad de la luz tan pronto como pudo, y luego permaneció en esa velocidad, dejando que la relatividad hiciera su trabajo.

En la Heródoto habían pasado más de cinco años; en la Tierra habían sido 421.

En la Heródoto, los tres bebés de trece meses ya eran niños de seis años, y el Gigante había superado su expectativa de vida por dos años.

En la Tierra, se habían lanzado naves estelares que fundaron noventa y tres colonias, comenzando con los mundos antaño colonizados por los fórmicos y siguiendo con otros planetas habitables en cuanto los descubrían.

Los niños de la Heródoto eran pequeños para su edad, pero sumamente brillantes a pesar de sus seis años, tal como había sido el Gigante cuando era un chiquillo, pues en todos ellos se había activado la Clave de Anton, una mejora y un defecto genético al mismo tiempo. Su inteligencia superaba el nivel de los savants^[1] en todos los temas, sin ninguna de las desventajas del autismo. Pero sus cuerpos no dejaban de crecer. Ahora eran pequeños, pero a los veintidós años tendrían el tamaño del Gigante, y el Gigante habría muerto tiempo atrás. Pues se estaba muriendo, y cuando se muriese, los niños quedarían solos.

En la sala del ansible de la Heródoto, Andrew Ender Delphiki estaba encaramado sobre tres libros, en un asiento diseñado para adultos. Así era cómo los niños operaban el ordenador principal que procesaba las comunicaciones por el ansible, el comunicador instantáneo que mantenía la Heródoto conectada con todas las redes informáticas de los noventa y cuatro mundos del Congreso Estelar.

Ender estaba revisando un informe sobre terapia genética que parecía promisorio, cuando Carlotta entró en la sala del ansible.

—Sergeant quiere celebrar una reunión.

—Si tú me encontraste, también él puede encontrarme —dijo Ender.

Carlotta miró la holopantalla por encima del hombro.

—¿Por qué te molestas con eso? —preguntó—. No hay cura. Ya nadie se molesta en buscarla.

—La cura es que muramos todos. Entonces el síndrome de Anton desaparecerá de la especie humana.

—Con el tiempo moriremos —replicó Carlotta—. El Gigante ya se está muriendo.

—Y sabes que Sergeant solo quiere hablar de eso.

—Bien, tenemos que hablar de eso, ¿verdad?

—¿Para qué? Sucederá, y habremos de lidiar con ello. —Ender no quería pensar en la muerte del Gigante. Ocurriría en cualquier momento, pero mientras el Gigante viviera, Ender podía aferrarse a la esperanza de salvarlo. O al menos, darle buenas noticias antes de que muriera.

—No podemos hablar frente al Gigante —dijo Carlotta.

—No está en la sala del ansible —rebatió Ender.

—Sabes que aquí puede oírnos si quiere.

Cuanto más tiempo pasaba Carlotta con Sergeant, más hablaba como él. Paranoica. El Gigante está escuchando.

—Si nos está oyendo ahora, sabe que tenemos una reunión, y de qué se trata, así que escuchará dondequiera que estemos.

—Sergeant se siente mejor cuando tomamos precauciones.

—Yo me siento mejor cuando me dejan hacer mi trabajo.

—Nadie en el universo tiene síndrome de Anton salvo nosotros —dijo Carlotta—, así que los investigadores han dejado de trabajar en ello aunque cuenten con subsidios permanentes. Olvídalo.

—Ellos han abandonado pero yo no —repuso Ender.

—¿Cómo puedes investigar sin equipo de laboratorio, sin sujetos de prueba, sin nada?

—Tengo una mente increíblemente brillante —dijo Ender jovialmente—. Observo toda la investigación genética que están realizando y la relaciono con lo que ya sabemos sobre la Clave de Anton de los tiempos en que científicos de primera trabajaban con empeño en el problema. Relaciono cosas que los humanos nunca pudieron ver.

—Nosotros somos humanos —suspiró Carlotta.

—Nuestros hijos no lo serán, si puedo evitarlo —replicó Ender.

—«Nuestros hijos» es un concepto que nunca se concretará en el mundo real. No pienso aparearme con ninguno de mis hermanos varones, y eso te incluye a ti. Punto y aparte. La sola idea me da ganas de vomitar.

—Lo que te hace vomitar es la idea de la sexualidad —dijo Ender—. Pero no hablo de «nuestros hijos» en el sentido de que nosotros nos reproduzcamos. Me refiero a los hijos que tendremos cuando volvamos a unirnos a la raza humana. No los hijos normales, como nuestros hermanos muertos tiempo atrás, que se quedaron con Madre, se reprodujeron y tuvieron sus propios hijos humanos. Hablo de los hijos con la clave activada, los niños que son pequeños y listos como nosotros. Si encuentro un modo de curarlos a ellos...

—La cura consiste en desechar a todos los niños como nosotros y conservar a los normales. Entonces, adiós síndrome de Anton. —Carlotta siempre esgrimía el mismo

argumento.

—Eso no es una cura. Eso es la extinción de nuestra especie.

—No somos una especie si todavía podemos reproducirnos con los humanos.

—Seremos una especie en cuanto hallemos el modo de legar nuestra mente brillante sin el fatal gigantismo.

—Presuntamente, el Gigante es tan brillante como nosotros. Deja que él trabaje sobre la Clave de Anton. Ahora ven conmigo, para que Sergeant no se enfade.

—No podemos dejar que Sergeant nos dé órdenes solo porque se enfada cuando no obedecemos.

—Bah, valientes palabras. Siempre eres el primero en ceder.

—No en este momento.

—Si Sergeant entrara aquí en persona, te disculparías, abandonarías todo lo demás y vendrías. Solo te demoras porque no tienes miedo de fastidiarme a mí.

—Así como tú no tienes miedo de fastidiarme a mí.

—Ven.

—¿Adónde? Iré más tarde.

—Si te lo digo, el Gigante escuchará.

—El Gigante nos seguirá el rastro de todos modos. Si Sergeant tiene razón y el Gigante nos espía constantemente, no hay lugar donde ocultarse.

—Sergeant cree que sí lo hay.

—Y Sergeant siempre tiene razón.

—Quizá Sergeant tenga razón, y podemos darle el gusto. No nos cuesta nada.

—Detesto arrastrarme por los conductos de aire —dijo Ender—. A vosotros dos os apetece, y está bien, pero yo lo detesto.

—Hoy Sergeant está tan amable que escogió un sitio al que podemos llegar sin ir por los conductos.

—¿Dónde?

—Si te lo digo, tendré que matarte.

—Cada minuto que me distraes de mi investigación genética nos acercas más a la muerte.

—Ya has expuesto tus razones, y son excelentes, pero no les prestaré atención porque vendrás a nuestra reunión aunque tenga que arrastrarte en pedazos.

—Si me consideráis prescindible, celebrad la reunión sin mí.

—¿Te atenderás a lo que decidamos Sergeant y yo?

—Si «atenerme» significa que no les prestaré la menor atención, sí. Eso es lo que merecen vuestros planes.

—Aún no hemos trazado planes.

—Hoy. Aún no habéis trazado planes en el día de hoy.

—Nuestros otros planes fracasaron porque tú no los seguiste.

—Seguí todos los planes a los que di mi consentimiento.

—Te ganamos en la votación, Ender.

—Por eso nunca estuve de acuerdo con el gobierno de la mayoría.

—¿Quién está a cargo, entonces?

—Nadie. El Gigante.

—Él no puede salir de la bodega. No está a cargo de nada.

—¿Entonces por qué Sergeant y tú tenéis tanto miedo de que esté escuchando?

—Porque lo único que le interesa somos nosotros, y no tiene nada que hacer salvo espiarnos.

—Él investiga, igual que yo —dijo Ender.

—Eso me temo. Resultados: ninguno. Tiempo perdido: todo.

—No pensarás así cuando yo descubra el virus que lleve la cura de nuestro gigantismo a cada célula de tu cuerpo y te permita llegar a una altura humana normal y dejar de crecer.

—Con mi suerte, desactivarás la Clave de Anton y nos idiotizarás a todos.

—Los humanos normales no son idiotas. Únicamente son normales.

—Y se olvidaron de nosotros —dijo Carlotta con amargura—. Si nos vieran de nuevo, pensarían que solo somos niños.

—Somos niños.

—Los niños de nuestra edad están aprendiendo a leer y escribir, y a manejar números —dijo Carlotta—. Nosotros ya hemos vivido más de una cuarta parte de nuestra expectativa de vida. Somos el equivalente de sujetos de veinticinco años, para su especie.

A Ender le molestaba que ella le replicara con sus propios argumentos. Era él quien sostenía que eran una nueva especie, la próxima etapa en la evolución humana, Homo antoninis, o quizás Homo leguminensis, por el Gigante, que había usado el nombre «Bean» (habichuela) casi toda su infancia.

—No nos volverán a ver, así que no nos tratarán como niños —dijo Ender—. No me resigno a una expectativa de vida de veinte años, ni a morir porque superamos la capacidad de nuestro corazón. No me propongo morir resollando mientras mi cerebro expira porque mi corazón no puede suministrarle suficiente sangre. Tengo trabajo que hacer y un plazo perentorio para hacerlo.

Al parecer Carlotta se había cansado de ese duelo verbal. Se agachó y le susurró:

—El Gigante está agonizando. Tenemos que tomar decisiones. Si nunca más quieres ser incluido en las decisiones, no acudas a esta reunión.

Ender odiaba pensar en la muerte del Gigante. Significaría que Ender había fracasado, que lo que aprendiera después llegaría demasiado tarde.

Y también otra cosa. Una sensación más profunda que la frustración por no haber alcanzado una meta. Él había leído sobre los sentimientos humanos, y las palabras

que más se aproximaban eran «angustia» y «pesadumbre». Pero no podía hablar de eso, porque sabía lo que diría Sergeant: «Vaya, Ender, parece que amas a ese viejo monstruo». Y ellos eran conscientes de que el amor era algo que venía del lado humano, de Madre, y Madre había optado por quedarse en la Tierra para que sus hijos humanos normales pudieran llevar vidas humanas y normales.

Los niños habían decidido tiempo atrás que si el amor significaba algo, Madre se habría quedado con ellos y sus hermanos normales, con todos en esta nave, buscando una cura, un nuevo mundo, una vida en común como familia.

Cuando aún no habían cumplido los dos años, le dijeron esto a Padre. Él se enfadó tanto que les prohibió volver a criticar a su madre.

—Fue la decisión correcta —dijo—. Vosotros no entendéis el amor.

Fue entonces cuando dejaron de llamarlo Padre. Como decía Sergeant: «Ellos tomaron la decisión de separar la familia. Si no tenemos madre, tampoco tenemos padre». A partir de ese momento fue «el Gigante». Y no hablaron más de Madre.

Pero Ender pensaba en ella. Cuando partimos, ¿Madre sentía lo que yo siento ahora al pensar en la muerte del Gigante? ¿Angustia? ¿Pesadumbre? Ellos decidieron lo que era mejor para sus hijos. ¿Cómo habría sido la vida de los hermanos normales en esta nave, si hubieran mantenido unida a la familia? Serían más grandes que Sergeant, Carlotta y Ender, pero se sentirían como unos enormes patanes, y nunca podrían seguirles el tren a los antoninos, o leguminotes, o como decidieran llamarse. Madre y el Gigante tuvieron razón al dividir la familia. Tenían razón en todo. Pero Ender no le podía decir eso a Sergeant.

A Sergeant no podías decirle nada que él no quisiera oír.

En la Heródoto se recapitulaba la historia humana: el más iracundo, agresivo y violento de los tres niños era el que siempre se salía con la suya. Si somos una nueva especie, no hemos mejorado mucho. Aún conservamos ese respeto por el macho alfa, típico de los chimpancés y los gorilas.

Carlotta le dio la espalda y se dispuso a marcharse.

—Aguarda —dijo Ender—. ¿No puedes decirme de qué se trata? ¿Por qué tú siempre estás al corriente, y yo me entero de las cosas cuando ambos ya estáis de acuerdo, y no tengo tiempo para investigar nada o presentar una argumentación aceptable?

Carlotta tuvo el mérito de mostrar cierta vergüenza.

—Sergeant hace lo que quiere.

—Pero siempre te tiene como aliada —dijo Ender.

—También podría tenerte a ti, si no te resistieras.

—No me da la oportunidad de resistirme, se niega a escuchar. Yo soy el otro varón, ¿entiendes? A ti te controla y a mí me tiene en jaque, porque se propone ser el alfa.

Carlotta frunció el ceño.

—Aún estamos muy lejos del apareamiento.

—Eso ya está decidido por lo que vosotros resolvéis ahora. ¿Crees que Sergeant aceptará un no por respuesta?

—Nosotros no permitiremos que se salga con la suya en eso.

—¿Nosotros? —preguntó Ender—. ¿De qué «nosotros» hablas? Estáis tú y él, y luego estoy yo. ¿Crees que tú y yo de pronto seremos «nosotros» solo porque tú no quieres tener con él hijos incestuosos? Si no somos nosotros ahora, ni nunca, ¿por qué crees que arriesgaré más adelante mi supervivencia para salvarte?

Carlotta se sonrojó.

—Me niego a hablar de esto.

Pero pensarás en eso, se dijo Ender en silencio. Te hice pensar en eso, y la idea no dejará de rondarte. Las alianzas que establezcamos ahora serán las alianzas de más adelante. Él será el macho alfa, tú serás su devota compañera, y yo seré el macho subyugado que no se aparee, impotente para hacer nada salvo lo que le ordene el alfa. Si no me ha matado primero. Esa es la decisión que estás tomando ahora.

—Veamos qué dice Sergeant —dijo Ender—. Aunque tú ya lo sabes.

—No lo sé —replicó Carlotta—. No me cuenta lo que piensa, así como no te lo cuenta a ti.

Ender no se molestó en discutir, pero no era cierto. Y si de veras no lo sabía, siempre era rápida para esgrimir argumentos que justificaban cualquier dislate que se le ocurriera a Sergeant. Ella siempre hablaba como si ya hubiera coincidido con las decisiones de Sergeant aun antes de que él las expusiera.

Todavía somos primates, y estamos a pocos genes de distancia de los chimpancés lampiños que empezaron a cocer los alimentos para que las mujeres se quedaran a cocinar junto al fuego mientras sus machos monógamos exploraban y cazaban para llevar carne a casa. Y solo a pocos genes más de los chimpancés peludos que se apareaban toda vez que podían, habitualmente por la fuerza, y vivían aterrados de disgustar al macho alfa.

La diferencia es que nosotros inventamos justificaciones y explicaciones, y podemos manipularnos unos a otros con palabras en vez de gestos violentos o caricias afectuosas. Mejor dicho, nuestros gestos violentos y caricias afectuosas son palabras, así que consumen menos energía, pero cumplen la misma función.

—Fingiré que te creo —dijo Ender— y que pienso que mi presencia en la reunión de Sergeant servirá de algo, aunque solo demostraré su dominio sobre nuestra patética y pequeña tribu.

—Somos una familia —arguyó Carlotta.

—Nuestra especie aún no ha existido el tiempo suficiente para desarrollar una familia —repuso Ender. Pero era solo un refunfuño. La siguió al puente, donde

empujó la palanca manual para abrir el escotillón que llevaba a los pozos de mantenimiento que rodeaban los conductores de plasma, el colector de hidrógeno y la lente de gravedad.

—Sí, pasemos horas aquí, y toda la cuestión de fundar una especie deja de tener sentido —dijo Ender.

—Los escudos funcionan, no estamos recolectando mucho, y cierra el pico —ordenó Carlotta.

Bajaron a la sala de máquinas, que era la especialidad de Carlotta. Mientras Ender se consagraba a la investigación genética, la cual era el motivo del viaje, Carlotta se había convertido en la experta en mecánica, plasmática, lentes de gravedad y todo lo que tuviera que ver con el funcionamiento de la nave. «Es nuestro mundo —decía a menudo— y más nos vale saber cómo funciona». Y recientemente había alardeado:

—Si fuera necesario, podría construir toda esta cosa desde cero.

—A partir de los componentes, querrás decir —había dicho Sergeant.

—A partir del mineral de las montañas de un planeta no descubierto —había replicado Carlotta—. A partir de los metales de dos asteroides y un cometa. A partir de los restos de esta nave después de una colisión con un meteorito. —Sergeant se había reído, pero Ender le creía.

Carlotta lo condujo al laboratorio de abajo.

—Podríamos haber ido al laboratorio de arriba por el corredor y nos habríamos evitado el escotillón —observó Ender.

—Desde el laboratorio de arriba, el Gigante puede oír nuestros pasos.

—¿Crees que no puede oír todo desde todas partes?

—Sé que no puede —respondió Carlotta—. En la nave hay puntos muertos donde no puede oír nada.

—Y tú los conoces.

Carlotta no se molestó en responder. Ambos sabían que a Ender no le importaba si el Gigante los oía o no. Era Sergeant quien tenía que ocultarlo todo, o al menos creer que se ocultaba.

A popa del laboratorio de abajo estaba el pozo del ascensor que llevaba al sector del soporte vital. Durante las fases de aceleración, la parte trasera de la nave se transformaba en el fondo de un pozo profundo, y el ascensor permitía descender al soporte vital, que estaba en la base, y regresar arriba. Pero durante el vuelo, la gravedad estaba polarizada en dirección contraria, así que el ascensor se transformaba en una pasarela, a diez por ciento de la gravedad normal de la Tierra, y conducía al soporte vital, en la popa.

La bodega de carga, donde vivía el Gigante porque no cabía en ninguna otra parte, estaba encima de ellos, así que caminaron despacio y de puntillas, procurando no hacer ruido. Si Sergeant les oía, se enfurecería porque eso significaba que el

Gigante también podía oírles.

Sergeant no estaba en el soporte vital, aunque había puesto los ventiladores a toda marcha para bombear aire recién oxigenado por los conductos y ahogar los ruidos. Ender nunca sabía si olía a aire fresco o a podredumbre: los líquenes y algas que vivían en cientos de grandes bandejas bajo una luz solar falsa se morían constantemente, y su protoplasma se incorporaba a la generación siguiente en un ciclo continuo.

—¿Sabes qué necesita este lugar? —preguntó Carlotta—. Un pescado muerto. Para mejorar el olor.

—Tú no sabes cómo huele un pescado muerto —dijo Ender—. Nunca hemos visto un pez.

—He visto imágenes, y todos los libros dicen que el pescado huele mal cuando se descompone.

—Peor que las algas en putrefacción —añadió Ender.

—¿Qué sabes tú?

—Si las algas en descomposición olieran peor, no dirían «Huele como pescado podrido», sino «Huele como alga podrida».

—Ninguno de los dos sabe de lo que habla —dijo Carlotta.

—Aun así, seguimos hablando —objetó Ender.

Él esperaba encontrar a Sergeant en el Cachorro, la nave de mantenimiento que el Gigante había programado para que permaneciera a cinco metros de la superficie de la Heródoto aunque se le dieran instrucciones contrarias. Ender sabía que Carlotta había tratado de liberar el Cachorro durante meses, pero no había conseguido burlar la programación.

Esos detalles le indicaban a Ender, aunque los otros no lo entendieran, que el Gigante era tan listo como ellos, amén de contar con años de experiencia. Las precauciones de Sergeant eran inútiles, porque en su enorme consola de la bodega el Gigante podía hacer lo que quisiera, oír y ver y quizás oler lo que quisiera, y sus hijos no podían hacer nada para evitarlo, ni siquiera percatarse de que los espiaba.

Los otros se negaban a creerlo, pero Ender entendía que eran niños. La Clave de Anton permitía que sus cerebros siguieran creciendo, y también el cerebro del Gigante. Su capacidad superaba a tal punto la de ellos que era una tontería tratar de ser más listos que él. Pero Sergeant era tan competitivo que no solo pensaba que podía ser más listo que el Gigante, sino que creía que ya lo había logrado.

Chiflado. Uno de tus hijos está loco, oh Gigante, y no soy yo ni es la niña. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Ya, no está loco. Solo es... belicoso. Mientras Carlotta estudiaba la maquinaria de la nave y Ender estudiaba el genoma humano y los métodos para alterarlo, Sergeant estudiaba las armas, las guerras y los medios para matar. Le resultaba natural. El

Gigante había sido un gran comandante militar en la Tierra, quizás el mejor que había existido, aunque en todo caso Madre no le iba mucho en zaga. Bean y Petra: las armas más poderosas del arsenal del Hegemón mientras unía el mundo bajo un solo gobierno. Era de esperar que alguno de sus hijos fuera un guerrero de alma, y que ese fuera Sergeant.

Hasta Carlotta era más belicosa que Ender. Ender odiaba la violencia y el enfrentamiento. Solo ansiaba hacer su trabajo sin que lo molestaran. Si veía que uno de sus hermanos hacía algo notable, no sentía el impulso de igualarlo o superarlo. Al contrario, estaba orgulloso de ellos, o temía por ellos, según lo que pensara sobre la proeza que ellos habían intentado.

Carlotta sacó un panel angosto que estaba cerca del techo del pozo de acceso.

—Ni se te ocurra —dijo Ender.

—Entramos bien —argumentó Carlotta—. No serás claustrofóbico, ¿verdad?

—Es el campo de las lentes gravitatorias. Y está activo.

—Es solo gravedad. Diez por ciento de la terrícola. Y estamos apretados entre dos placas, así que no podemos caernos.

—Detesto esa sensación. —Habían jugado en ese espacio cuando tenían dos años. Era como girar hasta marearse, pero peor.

—No seas quisquilloso —dijo Carlotta—. Lo hemos probado, y aquí el sonido se anula de veras.

—Estupendo —rebató Ender—. ¿Cómo nos oiremos hablar?

—Teléfonos de hojalata —respondió Carlotta.

Claro que no eran esos artilugios de juguete que habían fabricado cuando eran muy pequeños. Hacía tiempo que Carlotta los había perfeccionado para que transmitieran el sonido limpiamente por diez metros de cable delgado, incluso doblando esquinas o apretados en puertas, sin ninguna fuente de alimentación.

Y allí estaba Sergeant, con los ojos cerrados, «meditando». Ender sospechó que Sergeant estaba tramando cómo se adueñaría de todos los mundos humanos antes de morir de gigantismo a los veinte años.

—Qué amable has sido en venir —dijo Sergeant. Ender no podía oírlo, pero podía leerle los labios, y además sabía que era exactamente lo que Sergeant diría.

Pronto estuvieron comunicados en una conexión triple con las latas de Carlotta. Todos tenían que permanecer en línea con la cabeza volteada, Ender entre Carlotta y Sergeant para que no decidiera finalizar la conversación y escabullirse.

En cuanto Ender entró en el campo de gravedad, tuvo la sensación de caer por una cascada o saltar de un puente. Abajo, abajo, abajo, decía su sentido del equilibrio. ¡Caída!, advertía su núcleo límbico, presa del pánico. Durante los primeros minutos en el campo de gravedad, Ender agitaba los brazos en un reflejo de sobresalto cada diez segundos, pero por eso Carlotta le había pegado la lata a la cara con cinta

adhesiva, para que no pudiera arrancársela en uno de sus paroxismos.

—Hablad de una vez —gruñó Ender—. Tengo trabajo que hacer y este lugar es como una muerte continua.

—Es emocionante —dijo Sergeant—. Los humanos gastan dinero para meterse en un campo de gravedad por la descarga de adrenalina, y aquí lo tenemos gratis.

Ender no dijo nada. Cuanto más les pidiera que se dieran prisa, más digresiones haría Sergeant para demorarse.

—En eso estoy de acuerdo con Ender —añadió Carlotta—. Programé una turbulencia en la lente, y me está afectando.

Entonces Ender tenía razón: era peor que de costumbre. Por diezmilésima vez en su vida, lamentó no haber molido a golpes a Sergeant cuando se conocieron. Habría establecido un orden jerárquico distinto.

En cambio, Ender había prestado atención cuando Madre le decía que los otros chicos eran «hijos tan genuinos como tú», aunque Ender había nacido del cuerpo de la madre y los demás niños habían sido implantados en el vientre de madres sustitutas.

Para los niños normales, no era importante. No tendrían recuerdos de su vida en otra parte. Pero los antoninos, Sergeant y Carlotta, eran conscientes de todo a los seis meses, no a los tres años. Recordaban a sus familias sustitutas y se sentían como extraños con Madre y Padre.

Ender podía haber sido prepotente con ellos, pero no lo hizo. Había tratado de no demostrar que se consideraba el hijo «auténtico», aunque a los doce meses se sentía así. La reacción de Sergeant ante esa extraña situación consistió en autoafirmarse y tratar de hacerse con el mando. Debía de haber sido un infierno para sus padres sustitutos en el primer año de vida. No habrían sabido qué hacer con un niño que hablaba con frases completas a los seis meses, que trepaba por todas partes y se metía en todos lados a los nueve meses, que aprendía a leer por su cuenta al año.

Carlotta, en cambio, era reservada; sus padres sustitutos quizá no hubiesen sabido cuánto podía lograr a tan temprana edad. Cuando Madre y Padre la llevaron a casa, reaccionó ante la nueva situación con timidez, y ella y Ender pronto se hicieron amigos. Sergeant, al sentirse amenazado, intentó transformar todo en una competencia o una pelea.

En general, Ender evitaba la beligerancia de Sergeant. Lamentablemente, este lo interpretaba como sumisión. Salvo cuando lo interpretaba como arrogancia: «No compites porque crees que ya has ganado todo».

Ender no creía que hubiera ganado. Solo consideraba que la competencia con Sergeant era una distracción. Una pérdida de tiempo. No es divertido jugar con alguien que siempre tiene que ganar a toda costa.

—El Gigante está tardando mucho en morir —dijo Sergeant.

En ese instante, Ender entendió el porqué de la reunión. Sergeant se estaba impacientando. Era el hijo del rey y estaba preparado para heredar. ¿Cuántas veces se había representado ese libreto en la historia humana?

—¿Y tú qué propones? —preguntó Ender con voz neutra—. ¿Evacuar el aire de la bodega de carga? ¿Envenenarle el aire o la comida? ¿O pedirás que todos empuñemos cuchillos y lo matemos a puñaladas en el Senado?

—No te pongas melodramático —refutó Sergeant—. Cuanto más crezca, más difícil será lidiar con el cadáver.

—Abramos la bodega y arrojémoslo al espacio —dijo Carlotta.

—Qué inteligente —repuso Sergeant—. Su cuerpo consume más de la mitad de nuestros nutrientes y está empezando a afectar el soporte vital. Necesitamos recobrar esos nutrientes para tener algo que comer y respirar mientras crecemos.

—¿Entonces lo fileteamos? —preguntó Ender.

—Sabía que reaccionarías así —repuso Sergeant—. No lo comeremos directamente, lo cortaremos en rodajas y lo pondremos en las bandejas. Las bacterias lo disolverán e impulsarán el crecimiento del liquen.

—Y entonces hurra, raciones dobles para todos —añadió Ender.

—Solo propongo que dejemos de administrarle todas sus calorías diarias. Cuando lo note, estará tan débil que no podrá hacer nada al respecto.

—No querrá hacer nada, de todos modos —dijo Ender—. En cuanto note que estamos tratando de matarlo, querrá morir.

—No seas melodramático —rebatía Sergeant—. Nadie se quiere morir, a menos que esté loco. Y él no es sensiblero como tú, Ender. Nos matará a nosotros antes de que lo matemos a él.

—No des por hecho que el Gigante sea tan malvado como tú —dijo Ender.

Carlotta le tiró del pie.

—Pórtate bien, Ender —le ordenó.

Ender sabía cómo terminaría esto. Carlotta diría que lo lamentaba pero estaba de acuerdo con Sergeant. Si Ender trataba de dar calorías extra al Gigante, Sergeant le daría una tunda y Carlotta se quedaría mirando, o incluso ayudaría a sujetarlo. Las tundas nunca duraban mucho. Ender no tenía interés en pelear, así que no se defendía. Después de unos golpes, siempre cedía.

Pero esto era distinto. El Gigante se estaba muriendo de un modo u otro. Eso le causaba a Ender tanta angustia que la idea de acelerar el proceso le resultaba insoportable.

Antes nunca le habían propuesto hacer nada que le resultara insoportable, así que la reacción de Ender lo sorprendió incluso a él. Mejor dicho, sobre todo a él.

La cabeza de Sergeant estaba allí mismo, encima de la suya. Ender estiró el brazo y golpeó la cabeza de Sergeant contra la pared, con todas sus fuerzas.

Este mostró los puños para iniciar la pelea, pero Ender lo había cogido por sorpresa. Nadie había lastimado nunca a Sergeant, y no estaba acostumbrado al dolor. Cuando sus manos buscaron los brazos de Ender, el chico tenía las piernas apoyadas en ambos lados del pozo de contención de campo y lo embistió aplastando la palma con fuerza en la nariz de Sergeant.

La sangre que saltó flotó en glóbulos que «cayeron» hacia todas partes en el turbulento campo de gravedad.

Sergeant perdió el equilibrio. El dolor era intenso. Ender le oyó gritar con furia en el teléfono de hojalata. Entonces cerró la mano en un puño y le pegó en un ojo.

Sergeant gritó.

Carlotta torció el pie de Ender.

—¿Qué estás haciendo? —gritó—. ¿Qué está pasando?

Ender se afianzó y clavó el canto de la mano en el gaznate de Sergeant.

Sergeant se sofocó y jadeó.

Ender volvió a hacerlo.

Sergeant dejó de respirar, con ojos desencajados de terror.

Ender avanzó hasta que su boca estuvo sobre la de Sergeant. Pegó sus labios a los de él y sopló con fuerza en la boca de Sergeant. Le entró sangre y mucosidad de la nariz de Sergeant, pero no podía evitarlo; aún no había decidido matar a Sergeant. La parte racional de la mente de Ender, que hasta ahora siempre había predominado, volvía a prevalecer.

—Te diré cómo son las cosas —dijo Ender—. Tu reinado de terror ha concluido. Propusiste un homicidio, y lo decías en serio.

—No lo decía en serio —le contradijo Carlotta.

Ender se echó hacia atrás y le pegó en la boca. Ella soltó un grito y rompió a llorar.

—Lo decía en serio y tú estabas dispuesta a colaborar —afirmó Ender—. He soportado a este gahnápiro hasta ahora, pero esta vez se ha extralimitado. Sergeant, no estás a cargo de nada. Si tratas de dar órdenes de nuevo, te mataré. ¿Entiendes?

—¡Ender, él te matará a ti! —exclamó Carlotta, lagrimeando—. ¿Qué te ocurre?

—Sergeant no me matará —dijo Ender—. Porque Sergeant sabe que he pasado a ser su comandante en jefe. Se moría por tener uno, y el Gigante no servía, así que seré yo. Ya que no tienes conciencia propia, Sergeant, a partir de ahora tendrás la mía. No harás nada violento ni peligroso sin mi autorización. Si llegas a pensar en hacerme daño a mí o a otra persona, lo sabré, porque sé leer tu cuerpo como un libro con letra grande.

—Mentira —refutó Carlotta.

—Puedo leer el cuerpo humano tal como tú lees las máquinas de la nave, Carlotta —declaró Ender—. Siempre sé lo que planea Sergeant, pero hasta ahora nunca me

molesté en detenerlo. Cuando el Gigante muera, cuando le llegue la hora, quizás hagamos algo como lo que proponías, Sergeant, porque no podemos perder los nutrientes. Pero ahora no los necesitamos, ni los necesitaremos durante años. Entretanto, haré todo lo posible por mantener al Gigante con vida.

—Nunca me matarías —graznó Sergeant.

—El parricidio es mil veces peor que el fratricidio —dijo Ender— y ni siquiera vacilaré. No tenías que cruzar este límite, pero lo hiciste, y creo que sabías lo que yo haría. Creo que querías que lo hiciera. Creo que estás aterrado porque nadie jamás te impidió hacer nada. Bien, hoy es tu día de suerte. A partir de ahora te detendré yo. A ti, con tus armas y tus juegos de guerra. Aprendí a dañar el cuerpo humano y te aseguro, Sergeant, que tu voz y tu nariz han cambiado para siempre. Cada vez que te mires en el espejo, cada vez que te oigas hablar, te acordarás de que Ender está al mando y Sergeant hará lo que dice Ender. ¿Enterado?

Para dar énfasis a sus palabras, Ender retorció la nariz de Sergeant, que, indudablemente, estaba rota.

Sergeant gritó, pero eso le hizo doler la garganta, se ahogó y escupió.

—El Gigante preguntará qué le pasó a Sergeant —dijo Carlotta.

—No tendrá que preguntar —repuso Ender—. Pienso repetirle nuestra conversación, palabra por palabra, y vosotros dos estaréis allí para escuchar. Ahora, Carlotta, baja por el pozo para que pueda sacar el mísero cuerpo de Sergeant y paremos esa hemorragia.

2

Viendo el futuro

Bean miró a sus tres hijos y tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su tremendo pesar y temor por ellos. Había sabido que era solo cuestión de tiempo, y aunque le aliviaba que Ender hubiera despertado de su largo letargo pacifista para poner fin al dominio de Sergeant, sabía que solo habían preparado el escenario para el conflicto venidero. Se preguntó si estallaría cuando él se hubiera ido.

Petra, lo he estropeado por completo, pero no sé cómo podría haberlo hecho mejor. Han tenido demasiada libertad, pero no podía perseguirlos por corredores donde mi cuerpo ya no entraba.

—Andrew —dijo Bean—, agradezco tu lealtad hacia mí, y el hecho de que hayas repetido todas las conversaciones textualmente, incluidas las cosas increíblemente estúpidas y peligrosas que dijiste.

Bean observó que Ender se sonrojaba un poco, no de vergüenza, sino de furia. También vio que Carlotta parecía aliviada, y Cincinnatus (Bean siempre había odiado el apodo Sergeant, «Sargento») adoptaba una expresión de esperanza triunfal. Estos niños no tenían idea de cuán transparentes eran para él. Aprender a interpretar a los demás llevaba tiempo, por muy inteligente que fuera un niño.

Aunque quizá fueran más perspicaces de lo que Bean suponía. ¿Y si sabían exactamente qué emociones estaban mostrando, y las mostraban adrede?

Petra, te tocó la parte más fácil. Nunca pensé que sería tan complicado criar hijos que estaban tan empecinados en sobrevivir, al margen de cómo lo definieran, y eran tan extraordinariamente capaces de adquirir las aptitudes para ello.

Yo mismo debo de haber sido bastante aterrador a esa edad, si alguien se molestaba en notarlo. Si Aquiles me hubiera entendido un poco mejor, me habría matado a mí y no a Poke. Pero Aquiles estaba loco, y mataba por necesidad, sin sopesar sus decisiones.

Ender tuvo la discreción de no defender su causa, a pesar de las críticas, de no tratar de dejar mal parados a los demás. En cambio, escuchó con paciencia, a pesar de ese leve sonrojo, que ya se estaba disipando.

—Bella —le dijo Bean a Carlotta.

—No me llamo así —repuso ella con hosquedad.

—Es el nombre que consta en tu certificado de nacimiento.

—En un mundo que nunca veré de nuevo.

—Carlotta, pues —dijo Bean—. Entenderás que evitar el conflicto aliándote siempre con el hermano más fuerte no dará resultado, porque estos chicos están parejos.

—Nadie lo sabía hasta hoy —dijo Carlotta.

—Yo lo sabía —dijo Bean.

—Yo todavía no lo sé —dijo Sergeant.

—Entonces tu absurda autoestima es totalmente inmerecida, Cincinnatus. Fuiste muy imprudente al pensar que Ender era lo que parecía. Si él realmente te hubiera querido matar, ahora estarías muerto, tomado totalmente por sorpresa.

Sergeant esbozó una leve sonrisa.

—No, Cincinnatus —prosiguió Bean—. El hecho de que Ender no quiera matar no significa que no te matará si lo cree necesario. Verás, tú eres un atacante, un competidor, y no entiendes lo que es Ender... un defensor, como el niño en cuyo honor le puse ese nombre. El hecho de que no sienta la necesidad de dominar a los demás no significa que te permitirá tomar lo que no quiere que tengas, incluida mi vida. Incluida la suya.

—Gracias por la lección, Padre —dijo Sergeant—. Siempre soy más sabio después de estas pequeñas entrevistas.

Bean soltó un largo rugido, tan estentóreo que todo el compartimiento vibró. Los niños se intimidaron visiblemente. Poco tiempo atrás se habrían arrodillado. Por instinto, Bean nunca les había pedido que lo hicieran.

—Aún estás acusado de planear mi asesinato, Cincinnatus. Quizás un leve intento de demostrar contrición sería mejor que el desparpajo.

—¿Qué piensas hacer, Padre? ¿Matarme? Sabes que yo tenía razón. Representas un desgaste improductivo de nuestros...

—Sé que todavía eres tan pequeño e ignorante que crees que ya no me necesitas —dijo Bean—. Pero un día regresarás al universo humano, y no estarás preparado para lo que encontrarás allí porque eres tan arrogante que no se te ocurre pensar que hay muchos humanos más capaces que tú.

Sergeant no dijo nada.

—He vivido entre ellos. En mi infancia, en las calles de Rotterdam, sobreviví entre seres humanos en su estado más primitivo, y encontré seres humanos en su estado óptimo y más civilizado. Sé cómo los humanos hacen la guerra, y sé cómo traman los asesinatos. Sé qué les interesa... mil cosas sobre las que no sabes nada. Y matarme ahora, cuando no os he enseñado casi nada sobre eso...

—¿Por qué no nos has enseñado? —preguntó Carlotta—. Ni siquiera nos has dicho lo suficiente para que supiéramos que no sabíamos lo suficiente.

—No parecíais preparados ni interesados —dijo Bean—. Pero mi corazón podría ceder en cualquier momento, así que debería empezar con mis lecciones. Empecemos con esta: la gente guarda rencor cuando alguien intenta matarla.

—Lo siento si te causé rencor —dijo Sergeant. Su imitación del remordimiento estaba mejorando, pero aún no era convincente.

—Esa gente, a su vez, tratará de matarte. Eres inteligente, Cincinnatus, pero

también eres pequeño. Cualquier niño de diez años podría liquidarte sin gran esfuerzo. Un adulto podría despedazarte con las manos.

—¿De veras? —preguntó Sergeant—. Mi investigación me dice que hay una fuerte resistencia a matar niños.

—Entonces has investigado mal. Los machos alfa de cierto tipo matan niños por instinto, y se requieren todos los esfuerzos de la sociedad para impedir que lo hagan a la menor provocación. Tus provocaciones distan de ser menores.

—Somos tus hijos —recordó Carlotta—. Nos contaste la historia de Poke y Aquiles, y que le dijiste a Poke que matara a Aquiles la primera vez que lo llevaste a tu jeesh.

—Lo llamábamos «familia». El jeesh era otra cosa, posterior. Y sí, le dije que matara a Aquiles y tenía razón, porque Aquiles era un sociópata que mataría a cualquiera que lo hubiera humillado. Yo no lo supe hasta que lo vi tumbado y sometido. Presentaba una amenaza directa. Tenía que morir, para defensa de Poke y de los niños que ella protegía. Ella no lo mató, y con el tiempo él la estranguló y la arrojó al Rin. ¿Cómo se aplica eso a nuestra situación?

—Consumes demasiados recursos —empezó Sergeant.

—Consumo exactamente el doble de calorías que un adulto humano normal, y vosotros tres combinados consumís tantas como un adulto, lo cual suma el consumo de tres en una nave que puede mantener a veinte adultos durante diez años, o a cinco durante cuarenta años. Me llama la atención que esto te alarme tanto, Sergeant. ¿Por qué necesitas que yo muera? ¿He sido un maestro demasiado exigente?

—Yo intentaba hacer una observación —dijo Carlotta— y como de costumbre iniciaste una digresión para hablar con uno de los varones.

—Ojalá tu madre no te hubiera inculcado ese mensaje especial sobre el feminismo. Te ha vuelto quisquillosa por nimiedades, Carlotta. Mencionaste mi insistencia en matar a Aquiles. Sí, yo quería matar a un enemigo peligroso cuando tenía vuestra edad, pero eso no significa que os pongáis a matar gente.

Carlotta quedó descolocada.

—Supongo que a eso me refería. En cierto sentido.

—Ya te he respondido. ¿Por qué no prestabas atención? Yo estaba en una situación de vida o muerte en las calles de Rotterdam. Si no matábamos a Aquiles, él nos mataría a nosotros, y terminó por hacer muchas cosas horribles antes de morir. Lo único que tenéis contra mí es mi consumo de recursos... Ya que estamos haciendo analogías, cuando ingresé en el grupo de Poke era un niño hambriento.

—De nuestro tamaño —dijo Carlotta, escéptica.

—Más pequeño —dijo Ender—. Leí las medidas que tenía cuando rindió examen en la Escuela de Batalla, y eso fue después de que su grupo hubiera comido bien durante meses. Nosotros éramos grandes y gordos comparados con él a la misma

edad.

—¿Has estudiado su expediente? —preguntó Carlotta.

—Eres un rastrero —murmuró Sergeant.

—Es el único caso oficial de síndrome de Anton anterior a nosotros —dijo Ender—. Claro que he estudiado cada dato concerniente a su desarrollo físico y mental.

—Por continuar con mi respuesta a la falsa comparación de Carlotta —dijo Bean—, yo era una boca más para alimentar y parecía que no podía aportar nada a ese pequeño grupo de niños. Poke pudo haberme echado a patadas. Podrían haberme matado a golpes por solo tratar de unirme a ellos. Muchos grupos habían hecho cosas así y peores. Yo había observado y veía que ella era compasiva, dentro de los límites que permitían las brutales condiciones de la vida callejera. A diferencia de hoy, yo representaba una amenaza para la supervivencia: un desgaste de recursos, con poca capacidad para ayudarlos a obtener más. Pero ella me escuchó. ¿Comprendéis eso? Matar no fue su primera reacción ante una amenaza genuina. Me dio una oportunidad.

—Y su compasión le causó la muerte después —dijo Sergeant.

—No su compasión por mí —dijo Bean.

—Sí, fue su compasión por ti —dijo Sergeant—. La convenciste de que te conservara proponiéndole el plan de conseguir un niño más grande para que fuera tu protector, para que pudieras meterte en la cocina para obtener una comida decente por día, ¿verdad?

Bean entendió adónde iba, pero lo dejó terminar.

—Verdad.

—Incluso sugeriste a Aquiles como la opción más evidente, porque él era grande pero cojeaba, así que necesitaba al grupo de Poke para que le ayudara a buscar alimento, tal como tú lo necesitabas a él para protegerte de matones y ladrones.

—Tuve razón en todo salvo en la elección de Aquiles, y solo me equivoqué con él por motivos que no podía saber hasta que vi su reacción cuando lo tumbamos y lo sometimos físicamente.

—Pero si ella hubiera ordenado al grupo que te expulsara, no habría muerto.

Bean suspiró.

—Era imposible preverlo, Sergeant. Mi plan funcionó perfectamente, y todos los miembros del grupo comieron mejor. Quizá Poke habría vivido más tiempo sin mis errores, pero todos esos niños eran marginales, y algunos de ellos habrían muerto sin duda. No preví el asesinato, pero interpreté correctamente la dinámica social.

—Creo que el ejemplo de Carlotta es atinado —dijo Sergeant—. Cuando estás rodeado de enemigos, tienes que ser implacable.

Otro rugido.

—¿Quiénes son tus enemigos, imbécil?

Sergeant se intimidó de nuevo, pero el chico tenía temple.

—¡Todo el universo humano! —gritó.

—El universo humano no sabe que existes, ni le importa —murmuró Ender.

—¡Tendría que saberlo! —bramó Sergeant, enfrentando a su hermano—.
¡Hicieron promesas que no cumplieron! ¡Nos abandonaron!

—No nos abandonaron —sostuvo Bean—. La gente que hizo las promesas las cumplió, y también la generación siguiente, y la siguiente.

—Pero no encontraron nada —discrepó Sergeant.

—Encontraron más de doscientas posibilidades que no funcionaban, aunque algunas todavía son promisorias. Eso es bastante, para cualquiera que sepa cómo opera la ciencia. Quizá debamos toparnos con cien callejones sin salida antes de dar con la respuesta atinada, y ellos nos ayudaron enormemente.

—Pero desistieron. —Carlotta era tan terca como Sergeant.

—Eso no los convierte en nuestros enemigos. Después de todo, Sergeant y tú, Carlotta, no habéis hecho nada para ayudarnos a Ender y a mí en nuestra investigación. Según tu razonamiento, vosotros sois tan enemigos nuestros como ellos, y en tu caso pasas por alto tus propios intereses.

—¡Esta nave es nuestro mundo! —respondió Carlotta acaloradamente—. Por lo que sabemos, viviremos aquí toda nuestra vida. Alguien debe saber cómo reparar y reconstruir sus componentes.

—Yo lo sé —dijo Bean.

—Pero tú no puedes hacer nada. Vives en esta caja donde no te atreves a hacer ningún esfuerzo porque tendrías un ataque cardíaco y morirías.

—Desde aquí puedo controlar el Cachorro a distancia, y lo hice varias veces cuando se necesitaban reparaciones.

—Y cuando mueras, ¿quién las hará? Yo —dijo Carlotta—. No abandoné vuestro proyecto de curar el síndrome de Anton, y trabajé en un proyecto que era igualmente importante para nuestra supervivencia.

—Eso es verdad —observó Bean— y lo apruebo. No tendría que haberte incluido en la misma categoría que Sergeant cuando volví su acusación contra él.

—Y yo me estoy preparando para defendernos contra nuestros enemigos —intervino Sergeant.

—Pamplinas —rebatía Bean—. Tardaste casi tres días en hallar el modo de utilizar el equipo de la nave como armamento, y pasas varios minutos por día haciendo ejercicios para estar fuerte y ágil para pelear... siempre que tengamos enemigos que sean de poca talla y no te tomen por sorpresa y solo ataquen uno por vez, como en los vídeos. Te pasas el resto del tiempo fantaseando sobre enemigos inexistentes, y tratando de obligar a tus hermanos a vivir en tu universo paranoico.

—Cuando nos topemos con enemigos, te alegraré que yo dedicara tiempo...

—Todos vosotros sois genios —replicó Bean—. Cuando aparezca un enemigo, cualquiera de los tres puede ser más listo que ellos, sin pasar una semana tras otra viviendo en esta locura absoluta.

—Me estás llamando loco —dijo Sergeant—. Eso es lo que dice el gran guerrero que logró que Peter Wiggin fuera Hegemón. —Se volvió hacia Ender—. Yo no estudié las medidas del Gigante, estudié sus batallas.

—Yo no logré que Peter fuera nada —discrepó Bean—. Lo ayudé a poner fin a las guerras que amenazaban con destruir a la raza humana después de que derrotásemos a los fórmicos.

—Por cierto —dijo Sergeant—, eras mucho mejor estratega y táctico que ese chico al que Ender debe su nombre.

—Pero no era tan buen comandante como él, porque no sabía amar ni confiar en nadie hasta que lo aprendí de tu madre, años después. No puedes comandar hombres en la guerra si no sabes confiar, y no puedes derrotar a un enemigo si no sabes amar.

—Tú no tienes que comandar a nadie en la batalla porque no hay nadie a quien comandar. Solo estoy yo.

—Nadie a quien comandar, pero te pasas la vida sargenteando y manipulando a tus brillantes hermanos. Lo contrario de un buen comandante... un tirano que está tan aterrado por amenazas imaginarias que no sabe reconocer los consejos racionales cuando los escucha.

—Lo peor que hizo Madre fue permitir que nos criaras por tu cuenta —dijo Sergeant—. Y para colmo me insultas.

—Qué osadía de mi parte —replicó Bean—. Tengo el descaro de insultar al hijo que planeaba asesinarme. Actúas como un imbécil, así que te has ganado el insulto. Mírate un poco... Presuntamente te preparabas para afrontar a todos los enemigos, y tu hermano acaba de desfigurarte la cara y la garganta, así que pareces un bistec y suenas como el chirrido de una puerta.

—¡Me atacó sin aviso! —gritó Sergeant.

—De nuevo, imbécil —dijo Bean—. Introdujiste un elemento totalmente nuevo en tu pequeño mundo... el homicidio del padre de Ender. Y lo conocías tan poco que nunca se te pasó por la cabeza que él no reaccionaría ante esta amenaza igual que ante tus desplantes anteriores.

—Él no era mi enemigo —objetó Sergeant.

—Él ha sido el único enemigo que enfrentaste desde que lo conociste, cuando Petra y yo os localizamos a todos y os reunimos cuando teníais un año. El otro varón antonino. El rival. En los últimos cinco años, todos tus actos estuvieron destinados a someterlo. Todos tus enemigos imaginarios son sustitutos de Andrew Delphiki. Has programado una humillación tras otra para él, manipulando a tu hermana para que te

respaldara contra Ender, y he aquí el triste resultado. Ender y Carlotta son miembros productivos de nuestra pequeña sociedad de cuatro personas, al igual que yo. Pero tú, Cincinnatus Delphiki, eres un derroche de recursos que no produce nada de valor y atenta contra el funcionamiento de los demás. Por no mencionar tu conspiración criminal para cometer un asesinato con alevosía.

Para sorpresa de Bean, los ojos de Sergeant se llenaron de lágrimas.

—¡Yo no pedí estar en este viaje! ¡Yo no quería venir! Tú no me gustabas, me gustaba Petra, pero nunca me preguntaste lo que yo quería.

—Solo tenías un año —dijo Bean.

—¡Eso no significa nada para un antonino! Tú tenías menos de un año cuando escapaste del laboratorio donde estaban liquidando a los otros sujetos experimentales. Podíamos hablar, podíamos pensar, teníamos sentimientos, y ni siquiera nos preguntasteis. Nos arrancaron de nuestros hogares, y tú y Petra anunciasteis que erais nuestros verdaderos padres. Un gigante feo y una gran militar armenia. Yo quería quedarme en casa con la familia que me estaba criando, la mujer que yo llamaba madre, el hombre trabajador de talla normal que yo llamaba padre, pero tú y tu esposa queríais ser nuestros dueños. Como si fuéramos esclavos. Nos llevasteis de aquí para allá como si fuéramos vuestra propiedad. ¿Y yo termino aquí? En el espacio, casi a la velocidad de la luz, mientras el resto de la raza humana se desplaza por el tiempo ochenta y cinco veces más rápido que nosotros. Cada año nuestro es una vida entera para los miembros de la raza humana. ¿Y tú me hablas de mis crímenes? Te diré por qué quiero tu muerte. ¡Me arrebataste a mi verdadera familia! ¡Me diste tu maldita Clave de Anton y luego me alejaste de todos los que me querían, y me encerraste aquí con un gigante inmóvil y dos piltrafas que ni siquiera tienen la lucidez de saber que son esclavos!

Bean no tenía respuesta. En los cinco años que había durado este viaje, nunca se le había ocurrido que los niños pudieran recordar a las mujeres que los habían llevado en su seno cuando fueron robados como embriones y dispersados por el mundo, implantados en mujeres que no tenían motivos para sospechar que eran los descendientes in vitro de los grandes generales Julian Delphiki y Petra Arkanian.

—Maldición —dijo Bean—. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque solo ahora acaba de enterarse de que era esto lo que le irritaba —intervino Ender.

—¡Lo supe desde siempre! —Sergeant trató de gritar, pero se había quedado sin voz. Ahora era solo un jadeo gutural.

—Tardarás un mes en recobrar la voz —comentó Carlotta.

—Todas las familias en que nacimos eran estúpidas —dijo Ender—, y estaban aterradas de nosotros. La tuya no era diferente. No soportaban tocarte, te consideraban un monstruo. Tú mismo lo has dicho.

—¿Y qué es esta familia? —susurró Sergeant con ferocidad—. Padre es una montaña parlante en la bodega de carga, y Madre es un holograma que repite las mismas cosas una y otra vez, y otra y otra y otra.

—No puede evitarlo —dijo Carlotta—. Está muerta.

—Los otros llegaron a conocerla, vivieron con ella, y ella les hablaba todos los días —añadió Sergeant—. Nosotros tenemos al Gigante.

Bean se recostó y miró el techo. Pero no podía ver el techo, así que cerró los ojos. Cuando los cerró, brotaron las lágrimas.

—Fue una decisión tremenda —murmuró—. Cualquier decisión que tomáramos estaría mal. No lo hablamos con vosotros porque no teníais suficiente experiencia de vida como para tomar una decisión inteligente. Los tres estabais condenados a morir a los veinte años. Pensábamos que en una veintena de años encontraríamos una cura y podríais regresar a la Tierra, mientras aún os quedaba una vida por delante.

—El problema genético es muy complicado —dijo Ender.

—Si nos hubiéramos quedado en la Tierra, hace tiempo que estaríais muertos. Vuestros hermanos normales llegaron a tener... ¿Cuánto? ¿Ciento diez años?

—Dos de ellos —dijo Ender—. Todos llegaron a ser centenarios, cuando menos.

—Y vosotros tres habríais sido un triste recuerdo... hermanos que tenían un trágico defecto genético y habían muerto con solo un quinto de una vida.

—Un quinto de una vida es mejor que esto —susurró Sergeant.

—En absoluto —manifestó Bean—. Yo he tenido un quinto de una vida, y no es suficiente.

—Cambiaste el mundo —sostuvo Ender—. Salvaste el mundo dos veces.

—Pero no viviré para veros casados y con hijos —dijo Bean.

—No te preocupes —añadió Carlotta—. Si Ender y tú no encontráis una cura para esto, yo no pienso tener hijos. No le legaré esta cosa a nadie.

—A eso iba —dijo Bean—. Cuando Petra y yo os concebimos, creíamos que había un científico que podía solucionar las cosas. Fue él quien activó la Clave de Anton en mí. El que mató a los demás sujetos experimentales. No nos proponíamos haceros esto. Pero estaba hecho, y solo podíamos pensar en lo que hacía falta para daros una vida auténtica.

—Tu vida es auténtica —dijo Ender—. Me conformaría con una vida como la tuya.

—Estoy viviendo en una caja de la que no puedo salir —dijo Bean, apretando los puños. Nunca se había propuesto hablarles así. Esa humillante autocompasión le resultaba intolerable, pero era preciso que entendieran que él había tenido razón al hacer lo que fuera necesario para impedir que ellos fueran engañados como lo había sido él—. ¿Qué tiene de malo pasar los cinco o diez primeros años de vuestra vida en el espacio, mientras tengáis los noventa años siguientes... e hijos que vivirán un

siglo, y nietos? Yo nunca veré tal cosa, pero vosotros sí.

—No, no lo veremos —murmuró Sergeant—. No hay cura. Somos una nueva especie que tiene una expectativa de vida de veintidós años, aparentemente, mientras pasemos nuestros últimos cinco años en una gravedad del diez por ciento.

—¿Entonces por qué quieres matarme? —preguntó Bean—. ¿No te parece que mi vida ya es bastante corta?

En respuesta, Sergeant aferró la manga de Bean y lloró. Ender y Carlotta se cogieron la mano y miraron. Bean no sabía lo que sentían. Ni siquiera sabía por qué lloraba Sergeant. No entendía a nadie, y nunca había entendido a nadie. Él no era Ender Wiggin.

Bean lo buscaba en ocasiones, explorando las redes informáticas a través del ansible, y al parecer Ender Wiggin tampoco llevaba una gran vida. Soltero, sin hijos, volaba de mundo en mundo y nunca se quedaba mucho tiempo en ninguna parte, y luego volvía a la velocidad de la luz para mantenerse joven mientras la raza humana envejecía.

Igual que yo. Ender Wiggin y yo optamos por lo mismo, mantenernos al margen de la humanidad.

Bean ignoraba por qué Ender Wiggin huía de la vida. Bean había tenido su breve y dichoso matrimonio con Petra. Bean tenía estos hijos desdichados, hermosos, imposibles, pero Ender Wiggin no tenía nada.

Es una buena vida, pensó Bean, y no quiero que termine. Tengo miedo de lo que ocurrirá con estos niños cuando me haya ido. No puedo dejarlos ahora y no tengo opción. Los amo más de lo soportable, y no puedo salvarlos. Son infelices y no puedo remediarlo. Por eso estoy llorando.

3

Observando el cielo

Carlotta hacía calibraciones de gravedad en la base del campo, en la popa de la nave, cuando Ender entró en el soporte vital, justo arriba de donde ella estaba trabajando. O delante de ella, según cómo se encarase la nave.

Las lentes de gravedad causaban mucha confusión. Las bandejas de líquenes, algas y bacterias, que generaban oxígeno y también creaban la materia prima utilizada por los procesadores alimentarios, tenían que permanecer parejas, al margen de lo que hiciera la nave. Durante la aceleración no era preciso hacer nada en absoluto: la inercia daba a las bandejas su posición de «abajo», hacia la popa de la nave. Pero durante el vuelo normal las bandejas no tenían peso, y era preciso configurar el campo de las lentes de gravedad para dar a las bandejas un «abajo» constante, siempre hacia popa.

Además, el líquen requería al menos media gravedad terráquea. Pero en la bodega que estaba delante (o arriba) del soporte vital, media gravedad mataría a Padre en una hora. Su corazón no podría resistirlo. Y como se filtraba la gravedad de miles de estrellas, y había que adaptar las lentes continuamente mientras se acercaban o se alejaban de las estrellas más masivas, había que realizar ajustes constantes.

Carlotta había asumido el deber de asegurarse de que los medidores de gravedad siempre estuvieran perfectamente calibrados, para que los ordenadores de la nave trabajaran con datos precisos sobre la gravitación entrante y la gravedad filtrada de varias partes de la nave. Había instalado tantos dispositivos de seguridad en la bodega que sonaban alarmas si se producía la menor variación de gravedad que pudiera afectar a Padre. En el soporte vital la tolerancia era mucho más amplia. Pero ella tenía que cerciorarse de que el líquen contara con la gravedad suficiente para no crecer en exceso verticalmente y que no arrojara sombra a los niveles inferiores de cada bandeja, para que las algas de los niveles inferiores aún pudieran realizar la fotosíntesis.

Cada bandeja era esencialmente un bosque tropical de seis centímetros, donde los líquenes eran los árboles y su intrincada urdimbre se elevaba tanto como lo permitía la gravedad, mientras la luz se filtraba hacia el lento río de abajo, donde diversas especies de algas creaban minihábitats para centenares de tipos de bacterias que vivían en una simbiosis constante y cambiante. Los desechos procesados de los cuatro humanos (la mayoría procedentes de Padre, aunque la producción de los niños ya no era desdeñable) goteaban en las bandejas con regularidad, y alrededor de cada fuente de goteo las bacterias los descomponían, preparando una sopa nutriente que alimentaba a las algas y con el tiempo a los líquenes.

Las bacterias también comían los líquenes y las algas decadentes, y se comían

entre sí. Era un mundo cruento pero cuidadosamente contenido, así que nada se desperdiciaba. Luego se abrían las bandejas de manera automática, una por una, se les extraía la mayor parte de los líquenes y algunas algas, y volvían a su lugar para iniciar sus dos semanas de regeneración. Lo que se extraía era transformado en comida.

Si hubiera habido más gente, el proceso habría sido más rápido y habrían usado hasta diez bandejas por día. Entonces habría habido más desechos para fertilizar las bandejas, y también habría sido más rápida la regeneración.

También estaban los oligoelementos no renovables que se debían verter en el sistema cuando empezaban a agotarse. Era un equilibrio delicado, pero podía durar siglos mientras la maquinaria estuviera bien mantenida y la gravedad o la aceleración no superasen los límites de tolerancia.

Además debían cuidar el huerto de hierbas. No estaba tan automatizado como el soporte vital, y sin él la comida habría sido una pasta repulsiva sobre un pan repulsivo. Carlotta también había asumido esa tarea, en cuanto Padre ya no pudo llegar al huerto. Además, él tenía manos tan grandes que le costaba manipular las hojillas de las hierbas. Al final de su época como horticultor de la nave, Padre arrancaba tantas plantas como las que cosechaba, y el huerto se había deteriorado.

Los varones se alegraban de dejar estas tareas de mantenimiento en manos de Carlotta. El resultado, notaba ella con una mezcla de orgullo y amargura, era que ocupaba oblicuamente el papel tradicional de las mujeres: cocinera y ama de casa.

Se requería voluntad para repetir los mismos quehaceres una y otra vez sin caer en la chapucería o la pereza, y Carlotta no sabía si podía confiar esas labores a sus hermanos. No sabía si eran diferencias de género propias de la especie o solo las personalidades de ellos tres, pero Ender, aunque demostraba una paciencia infinita en la investigación, siempre necesitaba un objetivo y un fin previsible, mientras que Sergeant tenía el intervalo de atención de... bien, de un niño de seis años.

Carlotta pensaba que Sergeant era el más humano de los tres, el más parecido a un niño común. Era emocionalmente inestable, el que más necesitaba estímulos constantes, el más desesperado por la acción, el cambio, los hechos. Y esto era precisamente lo que no ofrecía la vida a bordo. No había crisis. La investigación daba a Ender resultados (habitualmente negativos) al ritmo de un glaciar, mientras que las tareas de mantenimiento no ofrecían ningún cambio a Carlotta, salvo en su conocimiento y dominio de la maquinaria y de la teoría en que se basaba el funcionamiento de la nave.

Pobre Sergeant. El más añorado de nosotros, y en consecuencia el que más sufre nuestra vida absolutamente tediosa. Con razón siempre fantasea con enemigos y crisis. Sin duda, el plan de matar a Padre representaba la crisis más escandalosa que había inventado hasta la fecha: un acto sumamente estúpido e incivilizado, sí, pero

exactamente lo que planearía un niño.

Y los golpes de Ender en la nariz y el cuello le habían dado a Sergeant una estupenda dosis de crisis.

El niño sanaría, pero su rencor, su aburrimiento y su desesperación continuarían infectándose y creciendo. ¿Qué inventaría a continuación? Un día sucedería algo espantoso. En esa nave no había la cantidad de gente necesaria para dar variedad a la vida.

—Sergeant necesita un perro —dijo Carlotta.

Ender dio un respingo.

—¿Qué haces aquí abajo?

—Mi trabajo —respondió Carlotta—. ¿Qué haces tú?

—Busco muestras —explicó Ender—. Hace tiempo que investigo virus para empalmes genéticos, pero se están realizando trabajos productivos con la latencia bacteriana y los activadores químicos. El mayor problema es cambiar cada célula del cuerpo al mismo tiempo, e impedir que el sistema inmunológico se rechace a sí mismo después del cambio. Tenemos algunas de las bacterias en las bandejas, y trataré de combinar ciertos rasgos con algunas de nuestras bacterias intestinales para ver si puedo mejorar sus técnicas.

Parecía muy feliz.

—Sabes que Sergeant nunca olvidará lo que pasó el otro día.

—¿Cuándo lo molí a golpes? —dijo Ender—. No esperaba que lo olvidara. Más aún, espero que lo recuerde bien.

—Fue la sorpresa lo que te permitió ganarle de mano. No volverás a sorprenderlo.

Ender suspiró y no respondió.

—Sergeant necesita un perro —repitió Carlotta.

—Teóricamente, creo que podría recapitular toda la historia evolutiva y construir un animalillo con el que pudiera entretenerse. Pero por desgracia, me llevaría un tiempo que superaría nuestra expectativa de vida... y solo con que prepare algo parecido a un calamar. Si tengo que crear un cordado, tardaré aún más, y no sé si podríamos controlar los resultados.

—Necesita algo que pueda amar y controlar al mismo tiempo —añadió Carlotta.

—Creí que para eso estabas tú —dijo Ender.

—Él no me controla.

—¿De veras? Al parecer la marioneta no ve los cordeles.

—Veo todo aquello que ves tú. Lo que tú llamas cordeles son mi esfuerzo constante para impedir que Sergeant se vuelva loco de remate.

—Creo que podemos considerar su plan de asesinar al Gigante como un fracaso colosal de ese esfuerzo.

—Yo no le habría permitido que lo hiciera —aclaró Carlotta.

—¿Cuándo le has impedido hacer algo? —replicó Ender, con tal desdén que ella sintió ganas de lastimarlo. Solo un poco. Quizás una biopsia de hígado mientras dormía: una herida pequeña, un dolor intenso, una curación rápida.

—Si te molestaras en conectarte con cualquiera que no esté realizando investigaciones genéticas a cientos de años luz de distancia, sabrías cuántos planes descabellados le impedí realizar. Solo te enteraste de este porque él se negó a revelarlo hasta que lo dijo de repente y tú le rompiste la cara.

—Necesitaba que se la rompieran.

—Lo único que lograste fue convertirte en su enemigo primordial. Cuídate la espalda, Ender.

—Ya he dedicado parte de mi atención a vigilar lo que hace Sergeant.

—Estás tan a la zaga de él que te aseguro que no estás vigilando a Sergeant. Mejor dicho, solo verás lo que él quiera que veas.

—Pero puedo aprender mucho de lo que él quiere que vea. Carlotta, estoy ocupado y en este momento tengo muchas cosas en la cabeza. Me gustaría postergar nuestra pequeña charla para un momento más oportuno.

—Sergeant necesita algo en lo que pueda trabajar.

—Sergeant no sabe trabajar en nada que no implique actos violentos o luchas de vida o muerte —dijo Ender.

—Y es precisamente en lo que estamos trabajando tú y yo, si te detienes a pensarlo —opinó Carlotta—. Tú tratas de combatir nuestro gigantismo genético antes de que nos lleve a la bodega, y yo procuro que todos los sistemas de la nave sigan funcionando para que no perezcamos por culpa de un error o un accidente.

—A eso me refería —observó Ender—. Sergeant podría trabajar en cosas realmente importantes si se lo propusiera. Es listo... en pocos meses yo podría ponerlo al corriente de la investigación genética.

—No quiere trabajar para ti ni para mí. Sergeant es insubordinado por naturaleza.

—Como buen esquizoparanoide.

—No digas esas cosas. Esa es una enfermedad real, y Sergeant no la padece, pero si quieres encararlo de esa manera...

—¿No tienes el menor sentido del humor? —preguntó Ender.

—Lo que la vida a bordo le está haciendo a Sergeant no tiene la menor gracia.

—Si no me río —dijo Ender—, tendría que tomarlo en serio, y eso me distraería de mi trabajo.

—Esperaba que me ayudaras a encontrar algo que le permita a Sergeant soportar su vida. Sufre la soledad más que tú y yo. Se parece más a Padre.

—¿El Gigante y Sergeant? Nunca pensé en ello, pero quizá tengas razón. Sergeant necesita ser un niño de la calle, en constante peligro de morir de hambre o de que lo maten. Eso sí que lo mantendría ocupado. Él no necesita un perro sino un

tigre dientes de sable. Algo que lo aceche sin cesar, para que pueda dedicarse a combatir amenazas reales y no tenga que inventarlas.

—Pensaba en un compañero cuya vida se extienda más allá de los límites de la nave.

—¿Un perro en otro mundo? —preguntó Ender.

—Tenemos muchísimo dinero allá en el mundo humano, cantidades enormes. El tal Graff organizó tan bien las finanzas de Padre que allá nadie sabe cuán ricos somos.

—Todo el dinero que necesitamos cabría en mi puño —dijo Ender.

—Ahora no podemos utilizarlo, pero quizá podamos comprar algo que Sergeant podría cuidar en forma virtual, a través del ansible. Lograr que alguien implante algo en un animal, quizás. En un mundo colonial con mucho terreno salvaje. Quizás un depredador... Tu broma con el tigre dientes de sable podría ser buena idea.

Ender dejó de recoger muestras y reflexionó un momento.

—Le molestaría que fuera un regalo nuestro, o siquiera una idea nuestra. Pensaría que lo estamos sometiendo a terapia, y tendría razón. Él cree que no tiene ningún problema.

—Lo sé —repuso Carlotta, aunque no lo había pensado así hasta que Ender lo mencionó.

—Siempre dices que lo sabes, pero creo que tú no sabías nada de nada.

—Sabía que dirías eso.

—La magnífica Carlotta, un dechado de sabiduría.

—Era hora de que lo admitieras.

—En varios mundos hay laboratorios de investigación biológica que estudian diversas xenofaunas. Supongo que estás sugiriendo que invente una excusa para que esto sea un proyecto mío, del que yo hable con entusiasmo, para que Sergeant crea que está actuando a hurtadillas para controlar la criatura y utilizarla con sus propios fines.

—Algo así —dijo Carlotta, cuyas elucubraciones no habían llegado tan lejos, pues solo había inventado el plan mientras se lo comentaba a Ender—. No hay modo de que yo pueda hacer algo con esas características, pues todo mi trabajo se relaciona con la nave. Pero tú tienes muchos contactos por el ansible.

—Y ninguno de ellos sabe que soy un antonino de seis años a bordo de una nave estelar. Soy una persona distinta para todos ellos, y, a causa de la diferencia temporal, por lo general me dedico a copiar datos. No tengo relaciones personales con nadie.

—Nunca creí que las tuvieras.

—No quiero que creas que tengo una vasta red de amigos en el universo humano. Si averiguaran quién soy y dónde estamos, tal vez los medios nos prestarían una breve racha de atención, y entonces alguien podría investigar nuestras finanzas y

alguien más encontraría un motivo para declarar que son ilegales y quitarnos el dinero.

—No pueden encontrarlo —dijo Carlotta.

—Nuestro software y nuestros agentes piensan que no, pero eso no quiere decir que una persona realmente capaz no pueda hacer cosas que los sorprenderían. De todos modos, volviendo a tu sugerencia... yo estoy en condiciones de hacer algo así. No creo que funcione, pero se puede hacer y vale la pena intentarlo. ¿Tú también quieres una mascota?

—Quizás un enlace con un robot doméstico, así podría observar a otro que realice el mantenimiento de rutina día tras día y año tras año, y recordar que las máquinas tienen vidas más interesantes que la mía.

—Conque sientes tanta autocompasión como todos nosotros —dijo Ender—. Somos unos mártires.

—Lo dices como si tal cosa —replicó Carlotta.

—Pero no vivo como si tal cosa. El trabajo que hago me aburre tanto que hay días en que quisiera morirme junto con el Gigante.

—¿Sabes por qué el Gigante no quiere morirse? —preguntó Carlotta.

—Porque nos ama —respondió Ender— y su trabajo no habrá concluido hasta que esté seguro de que tendremos una chance de ser felices. Sea esto lo que fuere.

—No tenía por qué amarnos. Lo dices como si fuera tan natural como el aire.

Ender señaló el equipo del soporte vital que lo rodeaba.

—No hay nada de natural en el aire que respiramos.

—Padre es un buen hombre. Un hombre noble. Un hombre realmente abnegado.

—Te equivocas —dijo Ender—. Padre es un niño salvaje que llegó a admirar a una monja llamada sor Carlotta y a un niño un poco mayor llamado Ender Wiggin, y quería ser tan bueno como creía que ellos eran, así que se empeñó en tratar de fingir que era un niño real, y hoy sigue representando ese papel, porque teme que de lo contrario descubriría que todavía es ese carroñero muerto de hambre que se las apañó para sobrevivir en las calles de Rotterdam.

Carlotta se echó a reír.

—¿Nunca has pensado que quizás el papel de niño salvaje le fue impuesto, y que el buen hombre de nuestra bodega es el verdadero Julian Delphiki?

—Qué más da. Todos somos niños salvajes, y me refiero a toda la raza humana y sus variantes. Apenas hemos llegado a la fase de la evolución en que deseamos y necesitamos la civilización. Todos tenemos que suprimir al agresivo macho alfa y a la primitiva madre protectora para poder convivir en estrecha proximidad.

—Como hacemos en esta nave —dijo Carlotta.

—Buscaré una mascota para Sergeant.

—Y para ti. Y para mí. Y quién sabe... quizá Padre se sentiría más animado si

tuviera cierta vida fuera de esta nave.

—Necesitamos mucho ancho de banda para mantenernos a todos jugando con animales en otros planetas.

—Podemos pagarlo —sostuvo Carlotta.

—Lo estudiaré —declaró Ender.

—Haz cuenta de que te interesa, y que tiene cierta urgencia.

Ender no dijo nada más. Cerró la tapa de su última muestra y salió del soporte vital.

Carlotta ya había terminado con sus revisiones. Como de costumbre, todo funcionaba bien.

¿Qué tarea rutinaria, tediosa y solitaria la aguardaba? Hacía tiempo que no revisaba el software de rastreo. ¿Semanas? ¿Días? Varios días, al menos. Cerró el panel del piso sobre los sensores del campo gravitatorio y se dirigió al pozo del ascensor.

Cuando entró en la plataforma, esta era un pequeño piso bajo sus pies. Pero al desplazarse hacia arriba, pasó a ser una zona de flujo donde ella se sintió caer en todas las direcciones. Estaba acostumbrada, pero todavía le producía una pequeña descarga de adrenalina mientras su cuerpo sentía el habitual pánico momentáneo. El nódulo límbico de su cerebro no comprendía que ella ya no vivía en un árbol, que no debía sentir pánico cuando tenía una sensación de caída.

Aferró la manija del ascensor y pronto llegó a la zona que mantenía la gravedad de Padre orientada de tal modo que el soporte vital estuviera hacia la popa de la nave y no hacia el fondo. En esta zona de gravedad, el pozo del ascensor circulaba a lo largo del fondo de la nave (la quilla, por usar la analogía náutica) y la bodega donde vivía Padre estaba encima de ella, y Carlotta yacía de espaldas, aferrando la manija mientras el ascensor se deslizaba hacia delante. Era fácil aferrarse: la gravedad de Padre era similar a la de la Luna, un décimo de la terráquea.

Ender estaba en el laboratorio de abajo cuando Carlotta llegó allí. Necesitó un par de pasos para entrar en la zona de gravedad terráquea normal que la nave mantenía en los compartimientos delanteros, adonde Padre no podía ir. Ender no alzó la vista. Estaba ocupado insertando sus muestras en diversos equipos, algunos para congelar, otros para analizarlos de inmediato. No tenía tiempo para ella.

Le envidió esta sensación de apremio. A diferencia de la crisis de Sergeant, la urgencia de Ender era real. Los plazos eran perentorios. Carlotta no creía que fuera posible salvar la vida de Padre, pero había cierta esperanza para los tres niños, y Ender nunca la perdía de vista. En su corazón, sabía que Ender era el único de los tres que se abocaba a una tarea realmente importante para todos ellos. Pero Padre y él estaban tan enfrascados, tan abocados a los avances de la investigación, que Carlotta desesperaba de aprender lo necesario para estar a la par de ellos y ser su colega.

Siempre sería la rezagada.

Aun así, abandonaría todas sus ocupaciones si la invitaban, si le pedían que realizara cualquier tarea, aunque fuera doméstica. ¿Por qué no cuidas esto mientras nosotros hacemos el trabajo real? No le molestaría. Pero nunca le pedían ayuda.

Pasó en silencio junto a Ender y subió al laboratorio de arriba. Se sentó en el terminal del ordenador de rastreo, activó los holomapas y se puso a estudiar todos los sistemas estelares que estaban en su trayectoria futura, empezando por las estrellas que estaban a punto de pasar y siguiendo hacia delante. El ordenador buscaba la configuración de la masa de cada sistema para estimar cuánto se debían ajustar las lentes del gravitador.

En la cuadragésima estrella que examinó (que estaba varios meses en el futuro, pero que se les aproximaría bastante), el ordenador detectó una anomalía. Seguía el rastro de un objeto que pertenecía a ese sistema estelar, pero según el informe del ordenador la masa del objeto estaba cambiando.

Era imposible, desde luego, una mala interpretación de los datos. La masa no cambiaba, eso era solo lo que se informaba. Lo que sucedía era que el objeto no se desplazaba en una trayectoria que fuera predecible en relación con las masas conocidas de la estrella y sus planetas más grandes. Así que el software seguía ajustando la estimación de la masa del objeto para que congeniara con sus movimientos más recientes.

No era un «objeto». Usaba su propia potencia para desplazarse en una trayectoria de su propia elección, al margen de la gravedad de la estrella y sus planetas.

Carlotta pidió al ordenador que considerase el objeto como una nave estelar.

De inmediato obtuvo una lectura muy distinta de los movimientos. La nave tenía una masa constante, y era mil veces más masiva que la Heródoto. Y ahora la trayectoria tenía sentido. La nave estaba desacelerando mientras ingresaba en el sistema estelar. No se dirigía hacia la estrella, sino hacia un planeta rocoso de la zona de habitabilidad.

Ni siquiera las naves coloniales humanas más grandes eran tan voluminosas, pero habrían apuntado precisamente hacia esa clase de planeta. Si la Heródoto estuviera en una misión de exploración, ese planeta habría activado las alarmas pertinentes. Dadas las circunstancias, la Heródoto enviaba por el ansible todos los datos astronómicos a los encargados de los mapas maestros. Originalmente eran mantenidos por la Flota Internacional, pero en siglos recientes el Congreso Estelar supervisaba las constantes actualizaciones.

El informe preliminar enviado por la Heródoto indicaba que el planeta tenía una masa de 1,2 g. En la zona de habitabilidad, eso significaba que tenía atmósfera, aunque, como había retenido más hidrógeno que la Tierra, y como carecía de un planeta gemelo como la Luna, la composición de esa atmósfera aún no se podía

predecir. A medida que se aproximaran en el próximo cuarto de siglo, tiempo terrícola, acopiarían y transmitirían más información sobre la atmósfera.

Pero a Carlotta no le interesaba mucho el planeta. Los planetas no les servían de nada porque Padre no podía ponerse de pie en media gravedad, ni hablar de 1,2 g. El hecho de que la nave alienígena se aproximara sugería que la atmósfera era atractiva para la especie que la tripulaba. Pero lo importante para la Heródoto era la existencia de la nave alienígena.

Una especie que navegara por las estrellas no podía surcar el espacio sin tener instrumentos que detectaran el paso de la Heródoto. Las emisiones del motor de plasma eran potencialmente peligrosas para la nave alienígena y quizá se sintiera amenazada, aunque no estaban en una trayectoria de colisión.

Como la nave alienígena estaba desacelerando para aproximarse a un planeta, Carlotta no tenía modo de averiguar si la nave, o una lanzadera que llevara en su interior, podía alcanzar una velocidad comparable a la de Heródoto.

Había varias opciones, ahora que sabía que era una nave alienígena. La Heródoto podía desviarse un poco para no pasar tan cerca del sistema estelar. Esto no ocultaría su paso a la nave alienígena, pero reduciría las probabilidades de que los alienígenas se propusieran interceptarlos; sus emisiones de plasma y su acopio de masa no surtirían efecto en ningún objeto que se pudiera interpretar como parte de ese sistema estelar.

Pero cualquier desvío requería una significativa desaceleración de la Heródoto. Los objetos que viajaban tan cerca de la velocidad de la luz no podían virar. Tendrían que llegar a menos del ochenta por ciento de la velocidad de la luz para un leve viraje; para efectuar un giro de un grado o más, tendrían que reducir su velocidad a la mitad.

Eso los devolvería al flujo normal del tiempo. Los efectos relativistas del vuelo cuasilumínico no eran perceptibles a velocidades más bajas. Eso significaría que la investigación genética en los mundos humanos dejaría de avanzar a los brincos, en relación con la Heródoto, sino que andaría a un ritmo de a lo sumo dos días por día, quizá menos.

¿Eso importaría? En los mundos humanos ya nadie investigaba la Clave de Anton. Solo Padre y Ender lo hacían, y un cambio en la velocidad de la nave no retrasaría su trabajo. Quizá se perdieran momentáneamente un avance en otras investigaciones emparentadas, pero en más de cuatro siglos esos avances habían sido leves. Se habían abierto interesantes líneas de investigación, pero no se había producido ningún descubrimiento decisivo.

Sin embargo, Carlotta sabía que no estaban limitados a estas dos opciones: continuar en línea recta a velocidad cuasilumínica, o desacelerar para torcer el rumbo y volver a la velocidad de la luz cuanto antes. Había una tercera opción. Podían

detenerse y reunirse con la nave alienígena.

Peligroso. Potencialmente fatal. La raza humana solo se había topado con una especie alienígena, y había librado con ella una guerra de extinción. Según una historia narrada por el autor de La Reina Colmena con el seudónimo «Portavoz de los Muertos», los fórmicos no se proponían exterminar a la raza humana. Pero Carlotta no se lo creía. Era fácil atribuir motivaciones benignas a una especie alienígena que ya no existía.

Desacelerar para reunirse con esa especie alienígena era sumamente peligroso, potencialmente letal. Tan letal como la primera nave colonial fórmica que había ingresado en el sistema solar de la Tierra. Los primeros encuentros en el cinturón de Kuiper y el cinturón de asteroides, y el aterrizaje en la Tierra, cuando los fórmicos intentaron reemplazar las especies de la Tierra por las suyas, habían matado a miles de humanos. La guerra para salvar a la Tierra había sido enconada y el desenlace había sido incierto hasta el final.

La tecnología fórmica era más avanzada que la humana, pero había ciertas lagunas en la mentalidad fórmica que los humanos explotaron para frustrar ese primer intento de colonización. En la época en que la Flota Internacional había llegado a todos los mundos colonizados por los fórmicos, las tecnologías eran casi parejas, salvo que los humanos tenían el campo de desintegración molecular que se usaba en las naves interestelares. El campo DM se utilizó como arma para arrasarse el mundo natal de los fórmicos y despachar a las cinco Reinas Colmena.

¿Y si este grupo de alienígenas poseía una tecnología tan mortífera para los humanos como el campo DM había sido para los fórmicos? Aunque las tecnologías estuvieran más equilibradas, ¿qué sucedería si eran más malignos e implacables que los fórmicos?

Pero era demasiado tarde para evitar un encuentro. La Heródoto sería detectada, hiciera lo que hiciera, y su senda de plasma podía rastrearse hasta que desapareciera. Y como su vuelo había sido recto como una flecha desde que habían alcanzado la velocidad de la luz, para encontrar el mundo natal de los humanos los alienígenas solo tenían que seguir el camino trazado por la emisión de plasma de la Heródoto hasta que el rastro se diluyera.

El Gigante y sus hijos tenían la misión de permanecer a la velocidad de la luz mientras trabajaban para salvar su propia variante de la especie humana. Para salvar su propia vida, si podían.

Pero ¿de qué serviría si toda la raza humana era exterminada en el ínterin?

Sería mucho más útil desacelerar y detenerse, en vez de girar, para averiguar todo lo posible sobre esa nave alienígena y sus habitantes. Usando el ansible, podrían enviar todos los datos que copiaran, hasta el momento en que los alienígenas los destruyeran. La raza humana tendría tiempo para hacer los preparativos necesarios

para recibir a esos alienígenas cuando siguieran el rastro de la Heródoto hasta la Tierra.

Y siempre estaba la posibilidad de que esa especie alienígena tuviera una tecnología más débil que la Heródoto. Quizá fueran amigables. Quizá se postraran para adorarlos.

De un modo u otro, Carlotta entendía que la raza humana podría tener buenos motivos para sentir gratitud por esa pequeña nave de antoninos... o leguminotes, por seguir la broma de Ender sobre el nombre de Padre. Si la raza humana podía escoger sus primeros embajadores ante esta nueva especie alienígena, no podía haber mejor elección que el gran guerrero Julian Delphiki y sus tres brillantes hijos. Si algún humano podía habérselas con esos alienígenas, serían los malditos genios de esa pequeña nave solitaria.

Y Sergeant tendría algo útil en que ocuparse en vez de tramar planes para matar a Padre, o al enemigo que se inventara.

Carlotta envió una señal a Ender y Sergeant.

**VENID CONMIGO PARA HABLAR CON EL GIGANTE.
HA SURGIDO ALGO IMPORTANTE.**

Luego copió los mapas e informes pertinentes en el holotop de Padre.

4

Los extraños son enemigos

Si lo hubiera llamado el Gigante o Ender, Cincinnatus quizás habría pasado por alto la convocatoria. Pero no tenía nada contra Carlotta. Ella le tenía suficiente respeto como para no hacerle perder el tiempo. Ender y el Gigante daban por hecho que las ocupaciones de Sergeant carecían de valor y que podían interrumpirlas.

La bodega siempre había sido el dormitorio del Gigante, pero Sergeant recordaba los días en que este se aventuraba en los laboratorios y la sala del timón. Mas al cabo de un año de viaje, el Gigante había crecido tanto que ni siquiera podía cruzar aquellos pasajes especialmente modificados para adaptarlos a su mole. Cincinnatus recordaba que él se había sentido triste cuando el Gigante se transformó en un prisionero de la bodega.

La última vez que Sergeant había estado aquí, se encontraba dolorido por el ataque a traición de Ender. Ahora ya no sentía dolor y la mayoría de los síntomas habían desaparecido. Ender actuaba con desparpajo, como si el incidente nunca hubiera ocurrido. Quizás él ya se había olvidado del asunto, por considerarlo demasiado trivial para pensar en ello.

Pero Cincinnatus pensaba en ello continuamente. Aún ardía de rabia y de vergüenza. Tenía que hacer algo para eliminar ese malestar, pero no sabía qué. No se proponía atacar a uno de sus hermanos. Ese camino llevaba a la muerte de su nueva especie antes de que tuviera una chance de prosperar. Ender podía considerar que los genes de su hermano eran desechables, pero Cincinnatus sabía que Ender era el mejor de ellos, y era vital que legara sus genes a otra generación. Por mucho que se enfureciera, Cincinnatus no perdía de vista lo importante.

A pedido de Carlotta, el Gigante había conectado su holotop con la holopantalla grande, y ahora ella señalaba el movimiento de una nave alienígena en el sistema estelar al que se estaban aproximando.

No era preciso que Carlotta le detallara las posibilidades.

—Desde luego que nos detendremos e intentaremos comunicarnos con ellos —dijo Cincinnatus—. No hay elección. No podemos dejar una amenaza potencial a nuestras espaldas sin investigarla.

Los otros asintieron. Un grupo tan brillante no necesitaba deliberaciones cuando las opciones eran evidentes.

—No hay motivos para que Ender deje de investigar el problema genético —dijo el Gigante—. Estamos siguiendo un camino interesante relacionado con la latencia bacteriana. Carlotta puede encargarse de la desaceleración, la aproximación y las comunicaciones.

Cincinnatus volvió a sentir su desesperación habitual. Como de costumbre, nadie

se preocupaba por asignarle una tarea.

La buena de Carlotta se apiadó de él. Era irritante. No necesitaba que los demás expresaran en palabras la vergüenza que él sentía.

—¿Qué hay de Sergeant?

El Gigante la miró como si fuera idiota.

—Él preparará los armamentos de la Heródoto, así estaremos listos para hacer trizas esa nave alienígena si es necesario.

Sin rodeos. Por primera vez en su vida, Cincinnatus tenía importancia. El Gigante le había hallado una utilidad.

Ender reaccionó con escepticismo, como cabía esperar.

—No queremos entrar a disparo limpio.

El Gigante suspiró, y esta vez fue Ender quien recibió una mirada despectiva.

—Andrew, a veces parece que olvidas que cada uno de vosotros es tan inteligente como los demás. Cincinnatus no utilizará ningún arma contra un enemigo cuya capacidad aún desconocemos. E incluso cuando la conozcamos, no iniciará las hostilidades. No necesitamos una guerra. Necesitamos una evaluación. Pero si quieren pelea, tenemos que estar bien preparados, para que solo si poseen una tecnología enormemente superior puedan matarnos o capturarnos.

Cincinnatus no dijo nada. Tenía una tarea, una tarea importante. Mejor aún, tenía la confianza del Gigante.

Tanta confianza que, durante las semanas siguientes, el Gigante estudió las propuestas de Cincinnatus y, con algunas acotaciones y sugerencias, las aprobó todas. Carlotta lo ayudó a instalar un campo DM en pequeña escala en la proa del Cachorro, para que funcionara como escudo, y potencialmente como arma ofensiva. Cincinnatus dedicó horas de minucioso trabajo a transformar en armas las pequeñas sondas atmosféricas, diseñándolas para causar distintos niveles de destrucción. Era vital contar con un arsenal capaz de responder al nivel apropiado. La destrucción total era la opción menos deseable. ¿Cuántas razas alienígenas podían encontrar en ese viaje? Sería conveniente que les quedara algo para estudiar, aunque tuvieran que matarlos a todos. Transformar a los alienígenas y su nave en una nube de átomos indiferenciados era solo el último recurso.

Cincinnatus se había entrenado para esto. Lo había tenido claro desde el principio de su autoeducación. El Gigante había sobrevivido en las calles de Rotterdam, había encontrado modos de protegerse de enemigos más corpulentos y capaces mediante una combinación de inteligencia, ferocidad y oportuna confianza. Luego, cuando lo encontró sor Carlotta, el Gigante había asistido a la Escuela de Batalla y había sido el mejor en todo.

Cincinnatus había repasado las transcripciones de las grandes batallas en que el Gigante había participado al mando de Ender Wiggin, y una y otra vez había visto

que el Gigante era el mejor. Wiggin lo había entendido así, y le encomendaba las misiones más difíciles y confiaba en sus consejos.

Su hermano había recibido el nombre de Andrew Wiggin, a quien el Gigante había amado y le había prestado buenos servicios. El Gigante había llamado a su hija Carlotta, por la monja que lo había rescatado, había visto su valía y lo había enviado a la guerra. Pero Cincinnatus no había recibido el nombre de alguien que perteneciera al pasado personal del Gigante. Se llamaba así por Cincinato, el gran general romano que tras salvar a la patria había renunciado al poder y había vuelto a su granja para terminar la vida en paz.

El Gigante soñaba con eso. Eso representaba este viaje para él. Un intento de terminar su vida en paz, de consagrarse a salvar la vida de sus hijos.

Para Cincinnatus, no había dudas de cuál era su misión. Tú eres el soldado, le decía el Gigante. Seguirás por mi senda de guerra. Yo he abandonado mi vida militar; te la cedo a ti.

Así que Cincinnatus estudiaba la guerra con perseverancia, en todos sus aspectos: armamentos y táctica, estrategia y logística. Cada período, cada batalla, cada general bueno o malo. Observaba todo a través de la lente de la guerra. Se preparaba.

¿Y qué había obtenido por ello? El apodo de Sergeant, como si fuera un mero suboficial, alguien jamás destinado al mando.

Sin embargo, Cincinnatus soportaba el apodo y el desdén de los demás. Perseveraba en su camino, recordando que el Gigante había sufrido un desprecio mayor cuando era el niño más pequeño de las calles de Rotterdam, y luego, cuando era el más pequeño de la Escuela de Batalla. El Gigante me pone a prueba. Le demostraré que nada me doblega y nada me quebranta.

El Gigante siempre había consultado a los otros dos, a Ender en genética, a Carlotta por la nave. Cincinnatus había sido abandonado a su suerte. Y se había desesperado. Había intentado descifrar, a partir del silencio, lo que el Gigante quería de él. Había llegado a la conclusión de que el Gigante no creía que fuera posible revertir la Clave de Anton. El Gigante había fracasado en esta última misión. Como un romano que fracasara en una gran empresa, solo le restaba sentarse en la tina y cortarse una vena. Salvo que esa no era la tradición del soldado. Un gran soldado habría pedido a otro soldado que lo atravesara con una espada para morir como en el campo de batalla.

Así pensaba Cincinnatus. Pero al parecer se había equivocado.

¿Y cómo no iba a equivocarme?, le había gritado en silencio al Gigante. Nunca me has hablado, nunca me has dicho lo que querías, he seguido tu camino tan atentamente que podría repetir de memoria cada batalla que libraste. Pero me has dejado a oscuras. Me has dejado sin ninguna pista de que valorases mi persona o mi tarea. Me has dejado tan solo como estabas tú en las calles de la ciudad.

Cuando Ender le partió la nariz y le lesionó el cuello (y pudo haberlo matado), Cincinnatus se desesperó. Se sentía como el hijo pródigo, que había reclamado su herencia y la había dilapidado, y ahora era un mero sirviente en la casa del Gigante.

Solo entonces, en el punto más bajo de su vida joven y desperdiciada, el enemigo asomó en el horizonte. Entonces el Gigante buscó a su heredero militar y lo ungió. ¡Claro que será él quien cree nuestras armas! Claro que será él quien se prepare para la guerra.

Y Cincinnatus estaba preparado. Ya había planeado cómo transformar en armas casi todos los elementos de la nave. Había creado los programas que apuntarían las toberas de escape de plasma para freír cualquier cosa que se acercara a la Heródoto. Había creado programas para transformar el motor de fusión en un ariete que formaría un campo de desintegración molecular capaz de consumir todo lo que se aproximara. Hacía tiempo que Cincinnatus había penetrado en todos los bancos de datos de la vieja Flota Internacional y del nuevo Congreso Estelar, y confiaba en que sería capaz, cuando se presentara la necesidad, de derrotar una por una a cualquier nave de guerra que la raza humana enviara contra él.

Siempre había pensado que, con el tiempo, el mayor peligro serían los humanos decididos a eliminar a los leguminotes antes de que pudieran suplantar al Homo sapiens como forma de vida dominante en el universo.

En cambio, esta era una nave alienígena, y Cincinnatus contaba con la confianza del Gigante mientras desaceleraban para ir a su encuentro. Tendría que haberse sentido exultante, vindicado.

Solo sentía alivio y un poco de amargura. ¡Al fin! ¿Y solo ahora me dices que necesitabas un hijo guerrero?

Sin embargo, el alivio y la amargura pronto se disiparon, y ahora tenía que admitir que sentía una inquietud creciente. No, ya no era inquietud. Puro miedo, eso era lo que sentía. Todos sus estudios y planificaciones militares eran teóricos o históricos. Esto era real.

Si Cincinnatus no lo hacía bien, todos podían morir. Si se apresuraba a usar una fuerza mortífera, podía provocar una represalia devastadora, pero si se demoraba demasiado, un ataque preventivo del enemigo podía destruirlos sin que hubieran activado las armas. Si no podía hacer frente en el momento a una táctica inesperada del enemigo, podían morir.

El Gigante siempre se había dado el lujo de no llevar todo el peso del mando sobre sus hombros. Encima de él estaba Ender, y más tarde Peter el Hegemón. Cincinnatus tenía al Gigante, pero el Gigante se había retirado a su granja. El Gigante era lento, y la tensión de la batalla podía afectarle el corazón. Podía morir. Cincinnatus tenía que disponerse a luchar a solas para defender la vida de su hermano y su hermana, su parentela y su especie.

Cuando Ender cometía un error o seguía una vía muerta, suspiraba y comenzaba de nuevo. Lo único que había perdido era tiempo.

Pero si Cincinnatus cometía un error, todos podían morir.

No había ensayos previos. No había juegos ni pruebas. ¿Cómo era posible? Cuando el Gigante asistía a la Escuela de Batalla, los fórmicos eran conocidos. Había algo para lo que entrenarse. Pero sobre estos nuevos alienígenas no sabían nada. ¿Cómo podía entrenarse él?

Cincinnatus descubrió que se quedaba paralizado. Estaba en medio de una tarea y de pronto notaba que no había hecho nada en media hora o en una entera. En cambio su mente había recorrido situaciones imaginarias, siempre desastrosas, y siempre por culpa de él. Se sofocaba, se petrificaba, era presa del pánico y dejaba a sus hermanos a merced del enemigo.

Todos contaban con él, y a juicio de los demás él estaba totalmente preparado: la nave estaba equipada para la guerra, el software estaba probado y funcionaba a la perfección. Pero no podían saber qué había dentro de su cabeza, y Cincinnatus estaba loco de miedo.

Se lo diré. Se lo diré al Gigante. No puedo hacer esto. No soy tu heredero. Soy un lamentable error. Un fracaso. Si nos enfrentamos a una guerra, no puedes contar con que yo haga nada.

Tomó la decisión una y otra vez. Iba a ver al Gigante para confesarse. En cambio hablaban de viejas batallas. ¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué Ender Wiggin hizo aquello?

El Gigante parecía disfrutar con ello.

—El genio de Ender Wiggin consistía en comprender al enemigo. A los niños contra los que peleaba en la Escuela de Batalla, y a los fórmicos. Él no sabía que estaba luchando contra los fórmicos, desde luego. Pensaba que su oponente era Mazer Rackham, el único ser humano que había entendido qué eran las Reinas Colmena y había usado este conocimiento para ganar la segunda guerra fórmica. Luchó contra Mazer Rackham como si él fuera la Reina Colmena, y creía que Rackham imitaba estupendamente el modo fórmico de combatir. Así que Ender no trataba de entender a Mazer Rackham, sino a los fórmicos que presuntamente él estaba imitando.

—Tú también hacías lo mismo, ¿verdad? —preguntó Cincinnatus.

—No —respondió el Gigante—. Yo era pequeño en esa época. Odiaba al enemigo y me dejaba guiar por el miedo al enemigo. ¿Qué hará, adónde irá, qué puede hacer? Debo estar listo para contrarrestarlo. Y yo era muy bueno. Muy rápido. Muy creativo. Pero Ender no pensaba así. Él se preguntaba qué necesitaba el enemigo, qué quería. ¿Cómo puedo darles lo que ellos necesitan, de tal modo de dejarlos vulnerables? ¿Cómo puedo despojar al enemigo de la voluntad o la capacidad para luchar? Es una

perspectiva diferente.

—¿Y por qué no adoptaste esa perspectiva? —preguntó Cincinnatus.

—No entendía cómo procedía Ender. Éramos íntimos. Yo era su mejor amigo, y él era mi único amigo... Tu madre y yo apenas nos tolerábamos en aquellos días. Pero no entendía lo que él hacía porque hacía algo muy diferente de lo mío. Yo creía que sus ideas y sus órdenes eran puro genio. A veces pensaba que sus órdenes eran descabelladas, pero siempre daban resultado, así que después lo consideraba brillante.

—¿Por qué no podías pensar como él?

—Porque Ender sabía amar. No estoy hablando de emociones sensibleras... aunque yo tampoco las tenía. Estoy hablando de meterte dentro de los demás e interpretar sus necesidades, comprender sus anhelos, y también lo que será bueno para ellos. Entenderlos mejor de lo que se entienden a sí mismos. Como una madre que sabe cuándo su hijo tiene sueño aunque el niño niegue que tiene sueño. Hacía eso con sus oponentes. Los calaba por completo. Y luego los ayudaba a descubrir la verdad sobre sí mismos... Que no eran guerreros. Que no tenían el talento para serlo. Les revelaba que la guerra no era el camino correcto. Y siempre tenía razón. La guerra no es el camino correcto. Y si amas la guerra, fracasas en ella, a diferencia de alguien como Ender, que la odia tanto que hace cualquier cosa para vencer y ponerle fin.

—Odias la guerra para ganarla. Amas a tu enemigo para destruirlo. No me gustan las paradojas, siempre me dan la sensación de que los demás tratan de engañarme.

—En general se engañan a sí mismos. Pero estas, en realidad, no son paradojas. Alguien que cree que ama la guerra siempre se equivoca, porque la guerra destruye todo lo que toca. Descalabra las cosas. Cuando la guerra no se puede evitar, debes librarla de tal modo de revelar al enemigo que la guerra lo está destruyendo. Cuando este lo comprende, se detiene.

—Pero lo que hizo Ender fue matar al enemigo. Lo que funciona aún mejor.

—No —replicó el Gigante—. Él no se proponía matar. Recuérdalo: cuando luchó contra las Reinas Colmena, él pensaba que todo era adiestramiento. Pensó que Mazer Rackham lo ponía a prueba. Su objetivo era demostrarle a su maestro cuán destructivo era el proceso de prueba. Luchaba como si estuviera luchando contra los fórmicos, pero solo era implacable dentro de la simulación.

—Mató a ese chico en la Escuela de Batalla.

—Se defendió. En forma brutal y contundente. Pero su objetivo no era el homicidio. Solo quería mostrarle a Bonzo que la guerra que él insistía en librar era destructiva. En realidad amaba a ese chico. Admiraba su orgullo, su sentido del honor. Trataba de salvarlo de su propia destructividad.

—Creo que tú eras mejor comandante.

—Yo era más rápido que Ender. Era más implacable. —El Gigante suspiró—.

Pero en las batallas, vi que la actitud de Ender era la correcta. Y cuando al fin logré entender lo que él estaba haciendo, lo intenté. Pero yo no tenía la capacidad para amar a mi enemigo. Entendía a Aquiles bastante bien, pero no lo amaba. Hasta el final. Pero no tuve más opción que matarlo... Eso era lo que yo entendía. Aquiles no era Bonzo. Aquiles no se detendría porque alguien le mostrara que sus guerras eran destructivas. Su intención era destruir. Amaba la destrucción. Era realmente maligno.

—¿Qué habría hecho Ender con él?

—Lo que hice yo. Lo habría matado. O lo habría intentado. Aquiles era listo y rápido. Podría haber derrotado a Ender.

—Pero no podía derrotarte a ti.

—No sé si no podía. Pero no me derrotó.

Una y otra vez, durante la conversación, Cincinnatus quería preguntarle si había tenido miedo, confesar que él sentía miedo.

Pero no lo dijo. Hablaba, escuchaba, y regresaba al terror cada vez mayor de prepararse para una guerra que no estaba en condiciones de librar.

Empezó a tener pesadillas. Vídeos de los fórmicos se proyectaban en su mente, siempre destrozando a Ender, a Carlotta o al Gigante, mientras ellos le pedían a gritos que los ayudara y los salvara. Y en la pesadilla, él empuñaba armas potentes mas no podía apuntarles, no podía disparar, solo se quedaba de pie mirando morir a su familia.

Los tres dormían juntos en el laboratorio de arriba, pero cuando empezaron las pesadillas, Cincinnatus empezó a dormir en el Cachorro, o en otro lugar de la nave, cualquier sitio donde pudiera acurrucarse y dormir unas horas antes de que comenzaran los sueños.

Revisaba las armas una y otra vez, sabiendo que funcionaban bien; el que fallaría era el soldado.

Cuando empezaron a obtener imágenes visuales enviadas por las naves robot que despacharon por delante de la Heródoto, Cincinnatus estaba tan aterrado que no podía respirar. No podía creer que los otros no lo notaran. Pero no lo notaban. Lo seguían tratando con respeto cuando deliberaban sobre posibles estrategias. Y cuando empezaron a recibir las imágenes y vieron con claridad el tamaño de esa monstruosa nave estelar, mostraron su miedo sin tapujos: risas nerviosas, bromas tontas, declaraciones de espanto y temor. Pero Cincinnatus no mostraba nada, y seguían confiando en él.

Lo raro era que, aunque estaba consumido por su propio temor, la parte analítica de su cerebro seguía en plena actividad.

—No veo indicios de que el enemigo haya detectado nuestras naves robot —dijo Cincinnatus—. Más aún, no veo indicios de que estén haciendo ningún reconocimiento del planeta, aunque están en órbita geosincrónica.

—Quizá posean instrumentos que no tienen que penetrar la atmósfera —propuso Carlotta—. Nosotros los tenemos.

—Podemos determinar el contenido de oxígeno y así sabremos si es un mundo dominado por las plantas —añadió Cincinnatus—. Pero si nosotros quisiéramos instalarnos allí, enviaríamos naves para recoger muestras biológicas y determinar si la química de la vida es compatible con nosotros.

El Gigante murmuró reflexivamente.

—Los fórmicos no tuvieron que hacer eso —declaró— porque cuando ellos colonizaban, usaban un gas que reducía todas las formas de vida a una sustancia protoplasmática. Su estrategia consistía en liberarse de la flora y la fauna locales para reemplazarlas por una flora propia de crecimiento rápido.

—Entonces, cuando los fórmicos fueron a la Tierra, ¿no realizaron sondeos ni análisis? —preguntó Carlotta.

—Nosotros no detectamos ninguno —respondió Cincinnatus—. Estuve estudiando ese asunto en el último par de meses y los fórmicos no hicieron nada de lo que habríamos esperado. Ahora entendemos por qué, pero en la época no teníamos idea de su misión.

—Hablas en plural, como si hubieras estado allí —observó Ender.

—Nosotros los humanos. Nosotros los militares —aseveró Cincinnatus—. Tal como tú dices «nosotros» al referirte a los científicos en general.

—¿Estás diciendo que estos alienígenas son como los fórmicos? —preguntó Carlotta.

—No —replicó Cincinnatus.

—¿Cómo podrían ser iguales? —dijo Ender con impaciencia, como si la pregunta de Carlotta fuera tonta—. Piensa cuán diferentes eran los fórmicos de los humanos. Estos alienígenas tienen que ser totalmente diferentes de los fórmicos y de nosotros.

—Cincinnatus no se refería a eso —objetó el Gigante.

Ender y Carlotta miraron a Cincinnatus.

—Bien, ¿a qué te referías?

Cincinnatus miró al Gigante.

—¿A qué crees que me refería?

—Habla sin rodeos —le ordenó el Gigante—. No necesitas mi aprobación previa. Claro que eso implicaba que ya contaba con la aprobación del Gigante.

—Creo que estos alienígenas no son como los fórmicos —dijo Cincinnatus—. Son fórmicos.

Carlotta y Ender quedaron tan sorprendidos que Ender se rio y Carlotta soltó un chistido despectivo.

—Los fórmicos están muertos.

Cincinnatus se encogió de hombros. No importaba que le creyeran o no. De todos

modos, podía estar equivocado.

—Ayúdalos —propuso el Gigante.

—Esa nave no emite ondas de radio. No tiene naves robot ni sondas. Los motores funcionaron solo para poner la nave en órbita alrededor de la roca. Luego nada. ¿Eso sería posible en una nave humana?

—Nunca pensamos que fuera humana —aclaró Ender.

—Los tripulantes de esa nave no usan ondas electromagnéticas para comunicarse.

—Entonces tienen ansibles —opinó Carlotta.

—Es más que eso —sostuvo Cincinnatus—. Parece una nave fórmica. No como las que fueron a la Tierra, pero tiene la misma estética.

—No hay ninguna estética —objetó Carlotta.

—Es la apariencia fórmica. Carece de toda elegancia o proporción. Mira las aberturas. ¿Los adultos humanos podrían usarlas? Son bajas y anchas. Perfectas para que las obreras fórmicas puedan salir al exterior. Como las puertas de la superficie de las naves coloniales fórmicas. La expedición que enviaron a la Tierra usaba un modelo nuevo. Más pequeño y delgado que este. Y más rápido. No se aproxima a la velocidad de la luz tanto como la Heródoto, pero sí lo suficiente para obtener beneficios relativistas. Pero esta nave... ¿ves algo que pudiera lidiar con velocidades relativistas?

Carlotta se sonrojó.

—Ni siquiera pensé en ello. No. El escudo es de piedra, y no hay dispositivo de recolección. Tiene que llevar combustible suficiente para acelerar esa maciza piedra y luego desacelerar al final del viaje. Es una nave lenta.

—Es prácticamente una luna —comentó Ender.

—Durante la primera oleada de colonización, los fórmicos deben de haber despachado naves como esta —dijo Cincinnatus—. Enormes, porque tenían que mantener un ecosistema durante décadas de vuelo, no solo unos años. Con un escudo de piedra para sobrevivir a las colisiones con rocas, no a la radiación. Tienen que haber fundado sus primeras colonias con naves como esta.

—¿Cuánto hace que esta está viajando?

—Al diez por ciento de la velocidad de la luz... podrían tener combustible suficiente para eso, ¿no crees, Carlotta?

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente.

—Quizás hayan emprendido el viaje hace setecientos años, incluso mil. Mirad cuántas melladuras y cráteres tiene el escudo. ¿Cuántas colisiones representa eso?

—Es un largo tiempo para mantener un ecosistema cerrado —apuntó Carlotta.

—Si es realmente una nave fórmica —dijo Cincinnatus—, y si realmente ha estado viajando siete, ocho o diez siglos, pudo haber ocurrido cualquier cosa. Una

enfermedad. Pudieron haber agotado sus oligoelementos irrecuperables. Quizá llegaron a su destino original hace siglos, pero era inhabitable y siguieron viaje, en busca de otro mundo. Tal vez este sea el primero que hayan encontrado.

Carlotta meneó la cabeza.

—Cuando llegaron a la Tierra, los fórmicos bajaron a la superficie del planeta y comenzaron a modificarla. Aquí no están haciendo nada. Creo que están muertos.

—¿Entonces cómo han llegado a la órbita geosincrónica? Los fórmicos nunca desarrollaron ordenadores, porque tenían el cerebro de las obreras para almacenar y procesar datos. No tenían sistemas automáticos. Alguien detectó este planeta y condujo la nave hasta allí.

—¿Y por qué están inactivos? —preguntó Ender.

—Porque nos han visto —repuso Cincinnatus.

Ender hizo un gesto desdenoso.

—Vamos, cuando llegaron a la Tierra, había naves nuestras por todas partes, desde el cinturón de Kuiper hacia dentro.

—Pero para ellos nuestras naves no eran nada —dijo Cincinnatus—. Lentas. Ellos tenían naves estelares relativistas y nosotros nunca habíamos salido del sistema solar. Mas ahora, ¿qué acabamos de mostrar a estos alienígenas? Una nave estelar que se acerca a la velocidad de la luz más de lo que los fórmicos pudieron jamás, y ellos viajan en un arca antigua y prerrelativista. No se atreven a iniciar sus actividades. Están esperando para ver qué nos proponemos.

—Al menos —matizó el Gigante—, debemos suponer que eso es lo que hacen.

Cincinnatus sintió una pequeña emoción de triunfo. Quizás el Gigante hubiera deducido todo esto como él hizo, y probablemente más rápido. Pero daba por sentado que Cincinnatus había hecho las deducciones correctas, y los otros no.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Carlotta.

—Aún no estamos listos para hacer nada —respondió Cincinnatus. Vio que el Gigante sonreía—. Recuerda que los fórmicos se comunican mente a mente. Tiene que haber una Reina Colmena en esta nave, pues de lo contrario no tendría sentido enviar una colonia. Si es como la reina que fue a la Tierra, está esperando que la Reina Colmena de la Heródoto se comuniquen con ella.

—No —rebatía el Gigante—. Casi acertaste, pero pasaste algo por alto.

Cincinnatus sintió un rubor en el cuello. Pero comprendió de inmediato a qué se refería el Gigante.

—Me olvidaba. Por supuesto. Esta Reina Colmena tiene que haber estado comunicada con todas las reinas de las colonias establecidas, del mundo natal. Ellas sabían que ella estaba aquí y que iba a buscar otro planeta. Si murió y fue reemplazada por una hija, también conocen a la hija. La distancia no significa nada para ellos. Cuando esta Reina Colmena descubra que somos humanos, sabrá que

hemos matado a las demás reinas.

Ender asintió.

—Estamos en un gran brete, ¿verdad? Ella no reconoce nuestra nave porque ninguna reina vio este tipo de diseño. Así que cree que podemos ser alienígenas de otra especie. Pero en cuanto sepa que somos humanos, pensará que somos el enemigo más feroz e implacable que ha enfrentado nunca. Supondrá que planeamos matarla.

—¿Qué otra cosa podría creer? —preguntó Carlotta.

—A menos... —dijo el Gigante.

—¿A menos qué? —preguntó Carlotta.

Cincinnatus no sabía a qué se refería el Gigante.

—¿Quizás ella no sepa?

—No adivines —dijo el Gigante—. Piensa.

Fue Carlotta quien halló la respuesta.

—El Portavoz de los Muertos.

—Es un personaje ficticio —intervino Ender.

—Tus amigos científicos creen que es ficticio —aseveró el Gigante—. Millones de personas creen que La Reina Colmena es tan veraz como una escritura sagrada.

—¿Qué sabes sobre eso que no sepamos nosotros? —preguntó Cincinnatus.

—Sé quién es el Portavoz de los Muertos —respondió el Gigante—. Porque también escribió El Hegemón. Ahora publican los dos libros juntos, en el espacio humano. Conocí a Peter Wiggin y os aseguro que cada palabra que el Portavoz de los Muertos escribió sobre él en El Hegemón era cierta. Y cada palabra sobre tu madre. Todo verídico. Y fue igualmente fidedigno al escribir La Reina Colmena.

—¿Cómo es posible? —preguntó Carlotta—. Estaban todos muertos.

—No todos, al parecer —refutó el Gigante—. El Portavoz de los Muertos recurre a entrevistas.

—Eso es una fantasía —dijo Ender.

—Y eso es lo que opina un niño de seis años —sostuvo el Gigante—. Tengo más del triple de tu edad y sé de qué hablo. Tú no. Si has leído La Reina Colmena, sabes que se percataron de su error y lamentaron profundamente haber matado a tantos seres autónomos cuando fueron a la Tierra. Suponían que todos éramos obreras y matarlas a ellas significa tanto, moralmente hablando, como cortarle las uñas a alguien. Cuando comprendieron que cada uno de nosotros era un ser independiente e irremplazable, detuvieron la expansión por nuestro espacio y se replegaron. Solo que no tenían modo de avisarnos, pues no poseían lenguaje, y nosotros éramos sordos a sus pensamientos.

—Otro motivo por el cual La Reina Colmena tiene que ser ficción —opinó Ender.

—Así la guerra continuó, y los matamos a todos —dijo el Gigante—. La Reina Colmena de esta nave colonia habría conocido cada paso de su decisión. Cuando

descubra que somos humanos tendrá miedo de nosotros, sí, pues tendría que estar loca para no tener miedo... pero también estará llena de contrición y ansiosa de demostrar sus intenciones pacíficas.

—O quizá desee vengarse porque los humanos matamos a todas sus hermanas, aunque no habían vuelto a invadir la Tierra —planteó Cincinnatus.

—Es otra posibilidad —admitió el Gigante—. Y ha tenido mucho tiempo para pensar qué hacer con los humanos si se cruza con ellos. Puede ser una disculpa abyecta y servil. Puede ser una treta para inducirnos a ser vulnerables. Puede ser un ataque devastador en cuanto averigüe a qué especie pertenecemos.

—O todos los tripulantes de esa nave pueden estar muertos —añadió Cincinnatus.

—Olvidas que alguien la puso en órbita —objetó Carlotta.

—No olvido nada —replicó Cincinnatus—. Cuando ves algo que parece muerto, a veces es una treta, a veces es mero silencio, y a veces la cosa está muerta.

—Pues aquí estamos —dijo el Gigante—. Esa nave colonial puede estar rebosando de furiosos soldados fórmicos. Puede estar vacía. Puede contener una Reina Colmena que solo desea ser nuestra amiga.

—Bien, ¿qué hacemos? Si es realmente una nave fórmica —opinó Carlotta—, no podemos llamarla con nuestro código de identificación.

—Creo que la única opción es enviar un embajador —propuso el Gigante—. O, por decirlo con mayor precisión, un espía.

—¿Quién? —preguntó Ender.

Cincinnatus notó complacido que Ender no parecía muy ansioso de ofrecerse.

—Bien, yo no quepo en el Cachorro —dijo el Gigante—. Así que tendrá que ser uno de vosotros.

—Iré yo —anunció Cincinnatus—. Soy el más preparado si las cosas salen mal, y soy el más prescindible si las cosas salen muy mal.

Cincinnatus vio que Ender pensaba que era una pésima idea y que Carlotta tenía sus dudas.

Pero el Gigante la aceptó.

—Vuela en círculos alrededor de ellos y fíjate qué reacción obtienes —le indicó—. Aterrizas en la superficie. Si puedes abrir una puerta, ábrela e invítalos a inspeccionar. Muéstrales tu forma. Lárgate de allí si parece peligroso. Y si no obtienes ninguna reacción, lárgate de todos modos. Límitate a abrir una puerta. No entres solo. Haz todo lo que puedas para lograr que los habitantes de la nave, sean quienes fueren, salgan y comiencen a comunicarse, pero no hagas nada violento ni amenazador. Y no entres.

—No entraré —prometió Cincinnatus.

—Él entrará —rebató Ender—. No podrá evitarlo. Estamos hablando de Sergeant.

—Si crees que desobedeceré una orden, no me conoces en absoluto —dijo Cincinnatus.

—Él hará lo que deba hacer —sostuvo el Gigante—. Y si no lo hace, no le irá peor que a cualquiera de vosotros dos.

Ender y Carlotta no tenían respuesta para eso. El Gigante había hablado.

Ojalá no hubiera dicho más.

—Además —añadió el Gigante—, Cincinnatus no entrará porque la idea de entrar solo lo aterra.

Él lo sabe, pensó Cincinnatus con desesperación. Pude ocultárselo a mis hermanos, pero no al Gigante.

—Sé que lo aterra porque a mí me aterra —agregó el Gigante—. Alguien que no se aterre es demasiado estúpido para que le confíen un asunto tan importante.

Él me conoce, pensó Cincinnatus. Y aun así confía en mí.

—¿Entonces está bien si tengo que lavarme la ropa interior cuando regrese? —preguntó.

—Hazlo, por favor —respondió el Gigante—. Antes de presentarte ante mí.

5

Inalcanzable

Ender sabía que Sergeant pilotaba el Cachorro, rondando la nave alienígena. Por un rato había conservado su imagen en una esquina de su holopantalla. Pero lo distraía de los modelos genéticos que le acababa de enviar un equipo de investigación que ellos habían subsidiado a través de una de sus fundaciones.

Una nave alienígena. Interesante. Quizá vital para la supervivencia de la raza humana. Todo sucedía en tiempo real, de modo que las consecuencias de un error serían inmediatas e irreversibles.

Pero lo que Ender miraba también era inmediato. Miraba el fracaso y la muerte.

No había manera de revertir el aspecto de la Clave de Anton que hacía que el Gigante y sus hijos crecieran constantemente a lo largo de su vida sin revertir el proceso que permitía la formación continua de nuevas células y estructuras neurales a ritmo acelerado.

Aunque descubrieran un mecanismo para cambiar simultáneamente las moléculas genéticas de cada célula del cuerpo (y era improbable lograrlo sin lesiones ni pérdidas), no había modo de modificar su ADN en un solo paso que detuviera el gigantismo sin volverlos idiotas.

No idiotas. Normales. Pero esa posibilidad era insoportable. La activación de la Clave de Anton había sido el objetivo del experimento que había creado al Gigante y sus hermanos asesinados en el laboratorio ilegal de Volescu veintidós años atrás. Pero no se podía activar ni desactivar un solo aspecto. Era imposible separar los segmentos de proteína que cumplían las dos funciones primarias.

Sin embargo, un año atrás Ender había iniciado investigaciones con otro enfoque. En vez de revertir la Clave de Anton, o una parte, podían crear el código para patrones de crecimiento humano normal (crecimiento rápido en la primera infancia, desaceleración hasta una nueva racha de crecimiento en la pubertad, y luego estasis durante el resto de vida del organismo) e instalarlo en otra parte.

El problema era que el ADN era un plano, pero la célula que lo controlaba tenía que saber cómo leerlo. Con la Clave de Anton activada, la inserción de código para patrones normales de crecimiento enviaba señales conflictivas. Interferían entre sí. El resultado era una acumulación de proteínas de desecho en la célula, sin mecanismos de almacenamiento y eliminación. Mataba la célula en un día.

Y ahora Ender tenía la confirmación de que la inserción del código para crear rutinas de recolección de desechos también mataba las proteínas que requería la Clave de Anton. No había manera de realizar ambas tareas en el núcleo de la célula al mismo tiempo.

Ellos habían patrocinado investigaciones que habían obrado milagros médicos

para personas que padecían diversos trastornos genéticos. Habían hecho posible muchas mejoras y los efectos estaban cambiando la vida de millones de personas. Pero el objetivo primordial de las investigaciones era inalcanzable. Viajaban hacia el olvido a bordo de una nave estelar. Daría lo mismo que regresaran a casa para morir.

Quizá Sergeant tuviera razón. Quizás habría sido más piadoso provocar la muerte del Gigante cuando él todavía creía que sus hijos podían salvarse.

Ender cotejó los datos una y otra vez, buscando una falla, una pregunta que no hubieran hecho, una explicación alternativa, un mecanismo Rube Goldberg que pudiera compensar la catarata de errores que había derivado de sus complejos procesos.

Pero la ley de las consecuencias no deseadas atentaba contra el proyecto. En el genoma humano, nada hacía una sola cosa. Cada cambio que introducían causaba daños, y al compensarlos se causaban daños nuevos, hasta que resultaba tan improbable rehacer la célula de modo seguro y productivo que no valía la pena continuar.

—Ha llegado —murmuró Carlotta.

—Déjame en paz —dijo Ender.

—¿Arriesga su vida por nosotros y ni siquiera le prestas atención? ¿Tanto lo odias?

Arriesga su vida. ¿Qué vida? Pero Ender no se animó a decirlo.

En cambio, pasó a otra pantalla y allí estaba el Cachorro, adherido a la superficie de la nave alienígena cerca de un aparente punto de acceso. Ender amplió la imagen y ahora la nave robot mostraba a Sergeant saliendo del Cachorro con un traje de presión. Se pegaba a la superficie usando el magnetismo en vez del minigravitador del Cachorro, porque no querían arriesgarse a magnificar la gravedad del otro lado de la superficie de la nave. No sabían qué daño o caos podría derivar de ello. Trabajar con dispositivos magnéticos era engorroso y el movimiento resultaba lento y pesado, pero no causarían ningún daño.

No te molestes en ser tan cauto, Sergeant, hubiera querido decirle. Si pierdes la vida ahora, no será una gran pérdida. No tienes mucha vida por delante.

Ender sabía que eso era ridículo. Era solo la decepción transformándose en autocompasión y angustia. No era racional. No servía de nada. Cuatro personas insignificantes sufrían una enfermedad incurable que les acortaba la vida. Eso no significaba que no pudieran fundar una especie brillante de pocos años de vida. Quizá la evolución lograra lo que no había logrado la manipulación genética: encontrar mecanismos que les prolongaran la vida o minimizaran el gigantismo. Quedaban esperanzas.

Ahora lo que importaba era Sergeant y la nave alienígena.

Era fácil decirlo, pero era difícil reprimir la angustia.

¿Quién habría dicho que Sergeant, no Ender, terminaría por ser útil para los demás?

Sergeant tardó solo unos minutos en abrir la puerta.

—Parece que no usan herramientas para abrirla —dijo Sergeant. Hablaba en voz baja y quizá le temblara la voz.

¿Era posible que tuviera miedo?. Solo un giro y se abrió.

—¿Cuánto aire salió? —preguntó Carlotta.

—Nada —respondió Sergeant.

—Quizá no estemos dentro de la zona habitable —dijo Carlotta—. No es posible que se haya evaporado toda la atmósfera. No había ninguna brecha en el casco.

—Entra —indicó Ender.

—¡No! —intervino el Gigante—. No entres.

—No puede ver nada desde ahí —aclaró Ender—. Están vivos o están muertos. Si no lo averigua ahora, tendrá que regresar.

—Pero no solo —añadió el Gigante—. No puede entrar solo.

—Regresa —dijo Carlotta—, y yo iré contigo para respaldarte.

—Para ver quién me mata, querrás decir —replicó Sergeant y se rio. ¿Con nerviosismo?

—Envía una sonda —ordenó el Gigante.

—Solo hay cables y sensores —dijo Sergeant—. Esta no es una entrada, es un punto de acceso de mantenimiento. Probaré suerte con otra puerta.

—Bien —repuso el Gigante. Parecía aliviado.

—Hay un sitio probable delante de tu posición, a diez metros, y tres pasos a la izquierda —dijo Carlotta.

—¿Por qué es probable? —preguntó Sergeant.

—Tiene un cierre más complicado.

—Para proteger la integridad de la atmósfera —opinó Sergeant.

—Así parece.

—Lleva el Cachorro —agregó el Gigante.

—Son solo unos pasos —dijo Carlotta.

—Quizá necesite herramientas, y él no sabrá cuáles —sostuvo el Gigante.

—Y te conviene tenerlo cerca si necesitas huir de prisa —intervino Ender—. Cuando los malignos alienígenas salgan tambaleando para comerte.

—Esto no es broma —observó el Gigante.

—No estaba bromeando —aclaró Ender. Sentía un placer perverso y oscuro en provocar al Gigante. Pronto tendría que anunciarle el fracaso de esos análisis exhaustivos. La sentencia de muerte. ¿Por qué no un poco de humor patibulario?

Aparecieron palabras en la holopantalla de Ender. El Gigante quería decirle algo sin que los otros se enterasen.

SÉ LO QUE ENCONTRASTE, decía el mensaje. ERA OBVIO ANTES DE QUE INICIARAS ESTA RONDA DE ANÁLISIS.

—Podrías haberme avisado —respondió Ender en voz alta.

TE AVISÉ, dijo la pantalla. PERO NO QUISISTE ESCUCHAR.

—¿Avisarte de qué? —preguntó Carlotta—. ¿De qué estáis hablando?

Ender tecleó la respuesta: ASÍ QUE ME HICISTE PERDER TODO ESTE TIEMPO.

Ella oyó el tecleo.

—Ah, una conversación privada —comentó con desdén—. ¿El Gigante te está diciendo que te calles la boca?

ERA TU TIEMPO, SI QUERÍAS PERDERLO.

—Yo quería tener éxito —dijo Ender.

TUVISTE ÉXITO. AHORA LO SABEMOS CON CERTEZA.

—Ah, conque es terapia —dijo Carlotta—. ¿No puedes concentrarte en Sergeant? ¿Tienes que hablar de ti mismo? ¿No tienes sentimientos?

¿PUEDO MATAR A CARLOTTA, POR FAVOR?, tecleó Ender.

AUTORIZACIÓN DENEGADA.

Sergeant había regresado al Cachorro y se elevó a poca altura, deslizándose sobre la superficie hacia el acceso que Carlotta había localizado. Este se abría hacia dentro, así que no había un mecanismo visible.

—¿Golpeo? —preguntó Sergeant—. Solo se abre desde dentro.

—¿Hay algún tipo de cerrojo o dispositivo de activación? —preguntó a su vez Carlotta.

—Si son fórmicos, no lo necesitan —aseveró Ender—. La Reina Colmena sabría que necesitan entrar y haría que una obrera abriera desde dentro.

—Si rompo el sello hermético —dijo Sergeant—, puedo causar grandes daños en el interior.

—Es un diseño rudimentario que no tiene excusa —dijo Carlotta.

—La puerta interior podría estar abierta —formuló Sergeant—. No sabemos lo que sucede ahí dentro.

—Quizás haya cincuenta soldados armados hasta los dientes que esperan para destrozarte en cuanto abras la puerta —dijo Ender.

CÁLLATE.

Ah, el Gigante se estaba poniendo severo.

—Trataré de usar una palanca —anunció Sergeant—. Quizá se abra con la presión.

—Me parece improbable —dijo Carlotta con escepticismo.

Pero Sergeant ya había cogido una barra de la caja de herramientas externa del Cachorro.

—Cede un poco —informó al cabo de unos minutos—, pero creo que la puerta no tiene goznes. Parece que se desliza.

—Buen diseño —agregó Carlotta.

—Tironea para abrirla —indicó Ender—. Coloca magnetos de alta fricción y haz que el Cachorro tire.

—¿En qué dirección? —preguntó Sergeant.

—Prueba en ambos sentidos —respondió Carlotta.

Tardó diez minutos en instalar el malacate para tirar de la puerta en un sentido, luego otros diez minutos para cambiarla y tirar en sentido contrario.

—Esto no funciona —anunció Sergeant.

Ender se echó a reír.

—Venga, vosotros dos. ¡Pensad como fórmicos! Estás tratando de abrir la puerta como si estuviera diseñada para que pase un humano. Los túneles fórmicos son bajos y anchos.

Sergeant masculló unos insultos y reacomodó el equipo para que el Cachorro tirara hacia «abajo».

La puja contra la resistencia de una maquinaria interna llevó tiempo, pero logró abrirla.

—Esta vez salió una bocanada de aire —informó Sergeant.

—Pero no una corriente continua —dijo Carlotta.

—Es una esclusa —confirmó Sergeant—. Bien hecho, Carlotta.

Ah, conque Carlotta recibía elogios por encontrar la puerta, pero ni una palabra de agradecimiento a Ender por haber deducido en qué sentido se abría. Típico.

—Entra —indicó Ender.

Esperó que el Gigante interviniera, pero no hubo contraorden.

Sergeant se quedó encima de la entrada, sin hacer nada.

—Entra —repitió Ender.

—Primero estoy escaneando —dijo Sergeant.

—Si hubiera algo ahí dentro, habría salido con esa bocanada de aire —afirmó Ender.

Sergeant se arrodilló junto a la puerta, alzó los pies magnéticos y descendió en la esclusa.

—Vacía —anunció de inmediato. Todos pudieron comprobarlo en la pantalla que mostraba la imagen enviada por el casco de Sergeant.

—¿Es difícil abrir la puerta interior? —preguntó Carlotta.

—Hay una palanca —respondió Sergeant—. No sé si es eléctrica o mecánica. Grande para ser una cosa, pequeña para ser la otra.

—Haz la prueba —sugirió Ender.

—No —soltó el Gigante—. Provocaría un escape de atmósfera.

—Pues cierra la puerta externa primero —propuso Ender.

Silencio. Todos lo sabían: eso cortarían la ruta de escape de Sergeant hacia el Cachorro.

—No me gusta —objetó el Gigante.

—No aprenderé nada si no lo hago... —dijo Sergeant. De nuevo pareció que le temblaba la voz.

La puerta externa se cerró.

—Esa era eléctrica, así que quizá la interna también lo sea —añadió Sergeant—. No dañé el mecanismo al forzarlo.

—O quizá descubras que lo dañaste cuando intentes abrirla —sostuvo Ender.

ESTOY POR APAGAR TU EQUIPO.

Ender se levantó y fue a sentarse junto a Carlotta.

—Al Gigante no le gustan mis ideas —afirmó.

—A mí tampoco —replicó Carlotta.

—La estoy abriendo —informó Sergeant. No había pérdida de la calidad de la señal a través del casco.

La imagen enviada por el casco de Sergeant no mostró casi nada, ni siquiera cuando Carlotta la amplió hasta llenar el holoespacio.

—Enciende una luz —le indicó Ender.

—Luz adelante —dijo Sergeant con fastidio. ¿No le gustaba que Ender hiciera sugerencias obvias? Pobre chaval.

Ahora la imagen mostraba un túnel bajo, con túneles que se ramificaban en un par de direcciones.

—No hay comité de recepción —aseveró Carlotta—. Están todos muertos.

—O han tendido una trampa —objetó Ender—. Entra para comprobarlo.

La pantalla del ordenador de Carlotta quedó en blanco.

—¡Eh! —protestó Carlotta.

—Te lo advertí, Ender —declaró el Gigante.

—Venga —dijo Ender—. Están muertos, no hay peligro.

—Te equivocas —objetó el Gigante.

La pantalla volvió a encenderse. Era evidente que Sergeant se había internado en el túnel bajo. Tenía altura suficiente para que Sergeant estuviera sentado.

—Hubo movimiento hace un instante —añadió el Gigante—. Mientras me hacíais perder tiempo con vuestra conducta inmadura.

—La conducta inmadura de Ender —replicó Carlotta.

—Que tú acabas de igualar —afirmó el Gigante—. Sergeant está en un lugar peligroso y solo perdéis...

Movimiento en la pantalla. Mucho movimiento. Una docena de criaturillas saliendo de túneles laterales y yendo hacia Sergeant.

—Lárgate de allí —ordenó el Gigante.

La pantalla se zarandeo y giro vertiginosamente mientras Sergeant se arrojaba a la esclusa con los pies hacia delante.

Dos criaturillas lograron franquear la puerta casi cerrada de la esclusa. Una se arrojó hacia el cuerpo de Sergeant, la otra hacia el casco. Bloqueó uno de los visores, así que la imagen perdió profundidad y se aplanó.

—¡Abre la esclusa! —gritó Carlotta.

Sergeant tuvo la presencia de ánimo para recordar dónde estaba la palanca que controlaba la puerta externa.

—Aferra a uno de esos bichos y sostenlo —sugirió Ender.

—Eres frío como un témpano —comentó Carlotta, sin admiración. Pero era la medida atinada, y ambos lo sabían.

La criatura que bloqueaba los visores del casco echó a volar.

—Tengo al otro en el cuerpo —dijo Sergeant—. Está tratando de roer mi traje.

—Libérate de él —urgió el Gigante.

—No, ahora lo tengo agarrado del lomo, lejos de mí. Solo se está meneando. No es una criatura consciente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el Gigante.

—Porque es estúpido —respondió Sergeant—. Rápido pero obtuso, como un cangrejo.

—Regresa al Cachorro —ordenó el Gigante.

—Este bicho respira aire —dijo Sergeant—. O quizá le guste la presión atmosférica, porque ha dejado de menearse.

—Congelación instantánea —opinó Ender—. Buen modo de recoger especímenes. Salvo por la destrucción de cada célula del cuerpo.

—Aún podremos deducir mucho sobre él —añadió Carlotta—. Cuando Sergeant regrese.

—Querrás decir que yo podré deducir mucho sobre él —replicó Ender.

—¿Mantendrás en secreto lo que descubras? —preguntó Sergeant—. ¿O nos enteraremos todos?

—Está insufrible —agregó Carlotta—. No sé qué mosca le ha picado.

—Está celoso porque por una vez tengo una ocupación importante —refutó Sergeant.

Sus palabras eran hirientes porque eran ciertas.

—Me parece que las ratas se han adueñado del barco —dijo Ender.

—Oh, eso es demasiado. —Carlotta, furiosa, se puso de pie y encaró a Ender—. Sergeant arriesgó el pellejo mientras tú estabas cómodamente sentado y...

—Cálmate, Carlotta —ordenó el Gigante, esta vez por el interfono y no por el ordenador—. Ender no hablaba de nuestra nave.

Carlotta entendió al instante.

—¿Crees que esa criatura que Sergeant atrapó es solo una... alimaña?

—Quizás antes cumpliera otra función —respondió Ender—, pues de lo contrario no la llevarían a bordo. Pero ahora son alimañas.

—¿No es la primera línea de defensa?

—¿Defensa ante qué? —preguntó Ender—. Nada en esa nave sugiere que esperasen encontrar a nadie salvo su propia tripulación.

—Entonces... ¿las alimañas están fuera de control porque los amos de la nave han muerto? ¿Cómo han sobrevivido?

—Aún no lo sé —dijo Ender—. Pero esta es una nave generacional, no relativista. Debe de haber una ecología interna. Estas quedaron sueltas en la nave.

—¿Cómo sabes esto?

—Es lo que se puede deducir —repuso Ender.

El Gigante volvió a hablar.

—Me alegra ver que tu mente se dedica a la tarea que nos ocupa, Ender. Posterguemos toda nueva discusión entre vosotros dos hasta que Sergeant regrese con el espécimen.

—¿Ya has informado sobre esto al Congreso Estelar? —preguntó Sergeant, que ya estaba dentro del Cachorro.

—Los informes son automáticos —respondió Carlotta.

—No, no lo son —objetó el Gigante—. Cancelé todos los informes automáticos en cuanto localizaste esa nave, Carlotta.

—¿No les dirás nada sobre esta nave alienígena? —preguntó Ender, sorprendido.

—Ni siquiera les he dicho nada sobre este planeta —repuso el Gigante.

Carlotta estaba anonadada.

—¿Por qué no? Si esta nave es hostil...

—He almacenado toda la información. Si nos atacan, la enviaré de inmediato por ansible. Hasta entonces, es nuestro pequeño secreto.

—¿Tienes algún plan maestro en mente? —preguntó Ender—. En tal caso, deberías informarnos, porque en cualquier momento puedes morir de un infarto.

Carlotta lo abofeteó.

—¡No le hables así!

—Guárdate esas manos —rezongó Ender—. Es la verdad, y el gran Julian Delphiki puede afrontar cualquier verdad. ¿No es así, Padre?

—Tengo un plan —anunció el Gigante—. No des golpes, Carlotta. ¿Acaso tienes cinco años?

—Tengo seis —respondió tímidamente Carlotta.

—Entonces actúa como tal. Se supone que en primer grado los niños han aprendido que no deben pegar.

Esta comparación con niños comunes era tan insultante que Carlotta se sentó enfurruñada en su silla y examinó unos irrelevantes informes de mantenimiento.

—Creo que deberíamos aislar el espécimen —dijo Ender—. Por si es portador de alguna enfermedad alienígena.

—Hace tiempo que hemos confirmado que la biología fórmica es tan diferente de la nuestra que sus enfermedades no nos afectan, y viceversa.

—¿Y si han inventado algo nuevo en esta nave? —preguntó Ender—. ¿Y si los mató una peste?

—Entonces no nos afectará —repuso el Gigante.

—¿Y si no son fórmicos? —inquirió Ender—. Entonces al cuerno con tu certidumbre.

—No tiene importancia —afirmó el Gigante—. Si portaba un microbio, acaba de morir en el vacío del espacio.

—Hay virus que pueden sobrevivir en el espacio —objetó Ender.

—No podemos aislarlo, Ender —discrepó el Gigante—. Ya hay residuos en el traje de presión de Sergeant, y no tenemos medios para aislarlo. Correremos el riesgo. Nunca pensamos en equipar esta nave para vérnoslas con criaturas alienígenas. Nuestra misión no era explorar.

Ender sabía que el Gigante tenía razón. Ender había hablado en cuanto había sospechado la posibilidad de una enfermedad, pero no había pensado más allá. Chapucero. Lamentable.

—Quizá tengamos suerte —dijo Ender— y sea una peste que nos matará piadosamente a todos.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Carlotta.

El Gigante dio la respuesta.

—Ender acaba de descubrir que no hay modo de curar nuestro mecanismo genético de autodestrucción, a menos que perdamos nuestra capacidad intelectual. Y quizá ni siquiera así. Es imposible.

—Buen modo de anunciar la noticia —comentó Ender—. Así, de sopetón.

—Hace un mes traté de anunciarla con delicadeza y no me creísteis —dijo el Gigante.

—Entonces no hay esperanza —declaró Carlotta, consternada.

—Todos creceremos como el Gigante —le informó Ender—, y luego moriremos.

—Tenéis que poner mucha vitalidad en los próximos quince años —les aconsejó el Gigante—. Yo lo hice.

—Pero no estabas enlatado en una nave estelar a un billón de kilómetros de los seres humanos más cercanos —protestó Carlotta con amargura—. Esto no es vida.

—Sí que lo es —afirmó el Gigante—. Es la vida que tienes. Ahora, manos a la obra. Sergeant regresará en un minuto, y tenemos que descuartizar y analizar a esa

criatura. Y tened en cuenta esto, por favor: alguien o algo puso esa nave en órbita geosincrónica. Mientras no sepamos qué o quién lo hizo, no sabremos con qué peligro u oportunidad nos hemos cruzado.

6

Mostrar y contar

Cuando Bean les hablaba de ciencia, historia o ingeniería, le costaba permanecer delante de ellos. Después de todo, Bean había pasado la infancia aprendiendo sobre cuestiones militares, y su vida de adulto (si así podía llamarse) conduciendo tropas en combate, o tratando de permanecer un paso por delante de Aquiles. Resolviendo problemas del mundo real.

En la Heródoto no había tenido muchas ventajas sobre los niños. Con los tres consagrados a sus propias investigaciones, Bean debía conformarse con seguirles el paso y aprender mientras procuraba investigar temas que a ellos no les interesaban. Afortunadamente, los niños no lo tomaban como una carrera. Se tomaban el tiempo para jugar. Bean no contaba con ese lujo.

En todas estas inquietudes intelectuales, ellos le hablaban como iguales, y él les hablaba a ellos del mismo modo. Estaban aprendiendo juntos, enseñándose unos a otros. Y sentían esa igualdad. No tenían idea de que eran niños.

Lo llamaban el Gigante y trataban de esconderse de él. Entendía el deseo de intimidad. Entendía el resentimiento, y estaba de acuerdo con él. ¿Acaso él no había odiado a Volescu cuando entendió lo que el experimento le había hecho?

Ellos no entendían que sus reacciones eran pueriles. Se sentían como gente grande, no como niños. Los niños no entienden su propia puerilidad.

Pero no era que los niños sintieran emociones que los adultos no sentían. Los niños no habían aprendido a ocultar sus sentimientos como los adultos. No eran tan expertos en el arte de la mentira.

Sin embargo, su puerilidad no se limitaba a eso. No habían aprendido a limitar la influencia de sus sentimientos sobre sus actos. ¿No era esa la definición de la adultez? Querías una cosa pero hacías otra porque sabías lo que era correcto, y hacer lo correcto era más importante que hacer lo que querías.

Los niños no tenían una perspectiva de largo plazo. Pero si él los cuestionaba en este aspecto, quedarían desconcertados. Sostendrían que ellos sí pensaban en el largo plazo. Solo que no entendían cómo el «largo plazo» se aplicaba a sus decisiones inmediatas.

Y era natural. Aprenderían a moderarse y controlarse tal como siempre aprendían los niños, al tropezar con la conducta inmoderada y descontrolada de otros niños. Pero entretanto Bean temía por ellos. No le quedaba mucho tiempo de vida. Constantemente sentía sus trabajosas palpitaciones; se desvelaba pensando que su corazón estaba al acecho en su pecho. Moriría mucho antes de que tuvieran la madurez suficiente para dominar sus impulsos, mucho antes de que hubieran aprendido a llevarse bien.

Ellos creían que se entendían unos a otros, y en muchos sentidos se entendían. Pero ninguno era capaz de entender su propio carácter. Eran tan pequeños que aún creían que el motivo que conocían era el auténtico impulso de sus actos. Un adulto podía pensar: No, no diré eso, porque en realidad solo siento envidia de él y él no ha hecho nada malo. Pero el niño no tenía conciencia de la envidia, solo de la furia, así que lanzaba críticas, insultos y provocaciones, y el daño era irremediable. Se perdía la confianza.

Ellos no podían perder su mutua confianza. Tenían que contar unos con otros, o no tenían futuro.

Pero si podían permanecer con vida y seguían trabajando juntos, qué gran futuro les esperaba. Bean no podía explicarles lo que tenía en mente. Mejor dicho, podía explicarles, pero les arrebatría el resto de su infancia, y sentirían la opresión de saber que su futuro ya estaba trazado.

Tenían muy poco futuro como individuos, pero mucho futuro como fundadores y constructores de un nuevo tipo de especie humana.

Pero si no podían resolver el problema del gigantismo y la muerte prematura, la nueva especie estaba condenada a morir en cuanto comenzaran a saborear la vida adulta. Sería una especie atrapada en una infancia perpetua; una adolescencia, en el mejor de los casos. No, en el peor de los casos. Inestables, rechazando papeles impuestos por necesidades ajenas... ¿Cómo podías fundar una nueva civilización basada en los deseos de los adolescentes? Rara vez construían, solo rompían cosas.

Sin embargo, cuando se interesaban en un problema, era maravilloso observar el funcionamiento de su mente. Manos diminutas, pequeñas incluso para niños de seis años, manejando instrumentos, tecleando instrucciones, manipulando datos en el holoespacio; y esas mentes sacaban conclusiones apresuradas (y habitualmente correctas) y comprendían las implicaciones de esas ideas. Era como compartir la habitación con tres Newtons.

Newtons y Einsteins que tenían la egolatría absoluta de la infancia. Y siempre serían así.

Quizás el fracaso sea la mejor solución. Quizá, si no sobrevivimos, si las criaturas de esta nave nos destruyen, sea mejor para la raza humana. Porque mis hijos y yo estamos creando una raza de chiquillos poderosos, llenos de despecho, temor y autocompasión.

Lo único que puedo hacer es ayudarles a ver pautas de conducta mejores que las que ellos siguen naturalmente. Quizá las acepten, quizá no. No puedo controlarlo.

Por suerte, cada niño había escogido su propia especialidad. Mientras Ender analizaba el cadáver destrozado de la rata-cangrejo alienígena, Carlotta y Cincinnatus viajaban hacia la nave alienígena en el Cachorro, una y otra vez. No regresaron a la esclusa. En cambio, con Sergeant para protegerla por si la nave trataba de defenderse

y repeler su pequeña invasión, Carlotta abrió todas las escotillas de mantenimiento, hizo mediciones, analizó los circuitos y realizó todas las tareas que estaban a su alcance para deducir cómo funcionaba la nave y, en lo posible, hacerse una idea de lo que les esperaba en el interior.

Ambos proyectos estaban obteniendo resultados fascinantes; Bean los consultaba cada hora, y mantenía abiertos los canales de audio para responder por si decían algo, para que pensarán que los estaba vigilando.

Pero no era así. Él tenía su propio proyecto. Usaba los instrumentos y naves robot de la Heródoto para sondear el planeta que orbitaban.

Tenía una atmósfera de oxígeno. Eso significaba que en los grandes océanos se había producido la revolución bacteriana, y la imprescindible vida vegetal se había desplazado a tierra. El análisis de varias regiones no mostraba plantas con madera, sino plantas rastreras, helechos y hongos. En otros mundos, la gravedad de 1,2 g no había impedido el desarrollo de tallos de madera, que conducían a troncos macizos, así que la ausencia de madera sugería que era un mundo muy joven.

Y no había rastros de vida animal. Ni siquiera insectos ni gusanos, aunque quizás eso dependiera de la clase de sonda que él podía enviar.

Eso significaba que era posible instalar una colonia en el planeta, sin preocuparse por los animales nativos; por un edicto del Congreso Estelar, solo se requería que las plantas se conservaran como semillas, muestras y datos, no in situ; los animales lo cambiaban todo, y había que mantener grandes reservas, habitualmente continentes enteros, para permitir que la evolución siguiera su curso.

Pero los niños no podían saber que la presencia de la nave alienígena era fortuita, aunque si dos naves se cruzaban en el espacio, era mucho más probable que sucediera cerca de un planeta habitable. Bean ya se dirigía hacia allí. En cuanto los sensores de la nave determinaron que había un planeta con atmósfera en la zona de habitabilidad, había alterado levemente el rumbo para llevar la nave a esa región.

Si la nave alienígena no los hubiera atraído, Bean habría sugerido que se detuvieran a investigar con fines puramente científicos. Sabía muy bien que esos niños no podían pasarse la vida en esa nave. Necesitaban un mundo. Necesitaban un proyecto que les interesara. Necesitaban un lugar donde pudieran engendrar niños in vitro y criarlos tan pronto como los vientres artificiales de la nave pudieran producirlos.

Y pensar que Carlotta creía que tenía un mapa completo y un inventario completo de todo lo que había en la nave.

Pero Petra y Bean habían pensado desde un principio que, encontraran o no la cura para el fatídico gigantismo, sus brillantes hijos necesitaban un hogar, un lugar donde pudieran desarrollar a salvo su propio genotipo. Un mundo inexplorado.

Ojalá Bean supiera cuánto tiempo le quedaba. Hasta ahora lograba mantener su

cuerpo en funcionamiento, en general haciendo lo menos posible con las manos y las piernas, con solo el estímulo suficiente para que su sangre no se estancara. El ejercicio podía matarlo, pero también la indolencia. No podía permitirse morir hasta no estar seguro de que los niños se quedarían.

Había pensado que podría obligarlos, si era menester, averiando la nave. Ahora no sabía si desde la bodega podía causar daños que Carlotta no pudiera reparar. En vez de arrinconarlos, tendría que persuadirlos. Y no podía persuadirlos si no tenía planes que pudiera exponer, planes que tuvieran sentido y les resultaran atractivos.

La nave alienígena lo alteraba todo. Representaba una flora y una fauna potencialmente rivales con las que tendrían que lidiar. Si había seres inteligentes a bordo (colonos en sueño de estasis, aguardando la llegada) quizá resultara imposible que los niños crecieran y criaran familias a salvo.

Bean no viviría el tiempo suficiente para encontrar otro planeta. Y si moría antes de que hallaran un lugar donde pudieran echar raíces, quizá tuvieran que regresar a los Cien Mundos y perdieran esa oportunidad. Si sobrevivían hasta la edad adulta, su genoma se consideraría defectuoso. Quizá les prohibieran reproducirse; al menos así eran las leyes que se estaban gestando en los mundos más civilizados.

Petra había muerto tiempo atrás, pero eso no alteraba la promesa que Bean le había hecho. Habían convenido en que este era el mejor rumbo para los hijos antoninos. No pensaba cambiar de parecer ahora. Pero no podía impedir que los niños hicieran lo que quisieran. Podía modelar el mundo de ellos hasta cierto punto, ocultándoles información. Pero estos no eran niños comunes de seis años, dispuestos a creer en la magia y los fantasmas solo porque un adulto les contara historias. La única información que podía ocultarles era el secreto de sus planes e intenciones. Todavía tenía bastante poder sobre la nave, y sobre ellos, como para que sus planes e intenciones fueran decisivos en el entorno de los niños. Hasta que él muriese.

Al cabo de dos días de estudio, Ender tenía preparado su informe, y también Carlotta y Sergeant. Todos se reunieron en la bodega para mostrar y contar.

Ender fue el primero.

—Esta es una nave fórmica —les comunicó—. Las proteínas de la rata-cangrejo son el conjunto completo de las proteínas del mundo fórmico, sin adiciones. Pero hay una cosa rara. El ADN es casi idéntico al del genoma fórmico que recogimos y registramos al estudiar los numerosos cadáveres que dejó la guerra. Hay diferencias importantes, pero están localizadas. Es como si los fórmicos hubieran buscado una especie de neotenia perversa. Estas ratas-cangrejo parecen ser un atavismo deliberado que remite a una etapa primitiva de la evolución fórmica, con estas pinzas brutales injertadas, y un caparazón duro que es solo vestigial en los fórmicos adultos.

Carlotta y Sergeant entendieron las implicaciones de inmediato.

—Entonces las Reinas Colmena pueden modificar su prole —dijo Sergeant—.

Decidieron que algunos de sus hijos serían esos monstruitos.

—Dudo que los siguieran considerando sus hijos, si alguna vez lo hicieron —opinó Carlotta—. Las Reinas Colmena tenían bebés por millares, así que no tendrían empacho en considerar que algunos eran animales.

Bean se abstuvo de hacer la comparación obvia; no habrían apreciado la broma.

—¿Alguna idea de cómo se reproducen? —le preguntó Carlotta a Ender.

—Este ejemplar era hembra —respondió Ender—. Parecía totalmente capaz de reproducirse, mas no en gran escala, y no tenía ningún huevo en su interior.

—¿Pero era diferente de los demás? —le preguntó a Sergeant.

—Lo único diferente es que estaba más cerca —explicó Sergeant—. Se movían deprisa y se abalanzaban sobre mí. Solo tuve una impresión general de su tamaño, pero todos parecían iguales.

—Quizá fueran todas hembras, como las obreras fórmicas —opinó Ender—. O bien los había de ambos sexos, y el dimorfismo sexual es mínimo, como en los humanos. Lo que tiene sentido es que la Reina Colmena no quiere que estas criaturas tengan reinas dominantes propias. Así que todas son capaces de reproducirse.

—Se reproducen como ratas —añadió Carlotta.

—Debe de existir un factor que limita su población —dijo Sergeant—. O eso se proponía la Reina Colmena que los creó. Quizá no fue la Reina Colmena de esta colonia. Quizá se desarrollaron mucho antes y luego se reprodujeron naturalmente. Quizá los fórmicos no recordaran que las ratas-cangrejo empezaron como parientes suyos.

—¿Crees que son comestibles? —preguntó Carlotta—. No para nosotros, pero...

—Son carnosos —respondió Ender—. Tienes razón, esto podría ser ganado en pie.

—¿Entonces por qué les añadieron esas pinzas? —inquirió Sergeant.

—Una pinza trituradora —repuso Ender—. Podría partir cualquier hueso de nuestro cuerpo como una galleta. Creo que con el Gigante tendrían que valerse de la otra pinza, que parece ser para aferrar y desgarrar. Usan la primera para romper cosas y sostenerla mientras tiran y desgarran.

—Así que es un animal carnívoro —observó Bean.

—O come un tipo de fruta o nuez muy dura —aclaró Ender—. No podemos saberlo hasta que los veamos en su hábitat.

—Que en este momento es una nave estelar enorme —dijo Bean.

—¿Mi turno, entonces? —inquirió Carlotta.

—¿Has terminado, Ender? —preguntó Bean.

—Con los datos principales. Proteínas fórmicas, quizá derivadas de los fórmicos mismos. Sergeant es el que descubrió que son peligrosos, fuertes y rápidos. Y no sé cuánto tiempo un traje de presión resistiría contra ellos.

—¿Qué los mata? —preguntó Sergeant.

—Cualquier cosa. Su caparazón no los protege de cualquier cosa más fuerte que los dientes de animales pequeños. Podrían triturarse entre sí, y los puedes aplastar con una piedra del tamaño de un puño. Dinos tú qué armas deberíamos usar para mantenerlos a raya.

Sergeant asintió.

—En una nave no conviene usar balas. Me preguntaba si podríamos contenerlos rociándolos con un sedante.

—Necesitaría tener un espécimen vivo para ver qué los afecta —respondió Ender—. Pero hay sedantes que se han usado en especímenes de la fauna del mundo fórmico en varios mundos coloniales. Podría preparar un cóctel de sedantes que no afecten a los humanos.

—No quiero matarlos indiscriminadamente —declaró Sergeant—. Ahora que sabemos que derivan de los fórmicos, es posible que sean los que pilotan la nave.

—El cerebro es demasiado pequeño —opinó Ender.

—Pero podrían tener reinas —dijo Sergeant—. O una especie de mente colectiva que sea más capaz que cualquier individuo. No creo que debamos matarlos sin discriminación. Sigo pensando en los viejos vídeos de los fórmicos durante la masacre de China, en esa niebla ponzoñosa que reducía las criaturas vivientes a charcos y pilas de viscosidad protoplasmática.

—Tengamos preparados varios sedantes que se puedan utilizar como niebla —intervino Bean—. Y un buen plan de respaldo. Un pulverizador de ácido, por ejemplo. Si son conscientes o semiconscientes, y nos atacan para matarnos, dispararemos primero y los liquidaremos.

—La naturaleza de dientes y zarpas sangrientos. —Carlotta citó a Tennyson.

—No te pongas sentimental con criaturas que quieren matarnos —dijo Sergeant.

—No me he puesto sentimental —replicó Carlotta—. Me parece bien ensangrentar nuestras zarpas, si es lo que se requiere para sobrevivir. Somos todos hijos del Gigante, ¿verdad? No somos sanguinarios, pero tampoco reacios a matar cuando es necesario. No como ese blandengue cuyo nombre heredó Ender.

—Estás hablando de mi amigo —dijo Bean.

—No el nuestro —rebató Carlotta.

—Llegado el caso —aseveró Bean—, no tendrías un amigo más leal ni un protector más fuerte. Pero nunca lo sabrás, porque nunca os conoceréis.

—Hablas como si aún estuviera vivo —dijo Ender.

—¿Por qué supones que no lo está? —preguntó Bean.

—Porque han pasado más de cuatro siglos desde la guerra.

—No somos los únicos que saben usar el vuelo estelar para no envejecer al mismo ritmo de la raza humana.

—Pero nosotros estamos locos —declaró Sergeant—. Nadie que estuviera en sus cabales haría esto.

—Nosotros somos una nueva especie que lucha por sobrevivir —agregó Ender—. ¿Por qué el gran Ender Wiggin adoptaría una vida errabunda?

Bean no quería que la conversación siguiera por ese cauce. Tenía sus sospechas desde que había leído *La Reina Colmena*, pero no quería expresarlas en palabras, y menos cuando estaban tan cerca de una antigua nave colonial fórmica.

—Carlotta, ¿qué sabemos sobre su nave? —preguntó.

—Sin duda es tecnología más antigua. Y es tecnología fórmica... no hay escritura, pero hay códigos cromáticos. Muchos motores pequeños, por eso necesitan tantas escotillas de mantenimiento. Claro que tuvieron que eliminar muchas puertas en naves posteriores, cuando alcanzaron velocidades relativistas. Este diseño no serviría. Creo que construyen la nave en el espacio, añadiendo todo a un asteroide que esculpieron hasta darle la forma que vemos. Probablemente hayan fabricado la mayor parte de la estructura y el casco de la nave con el hierro, el níquel y demás metales del resto del asteroide. Pero no es la aleación impermeable que usaron en las naves que invadieron la Tierra hacia el 2100.

—Aún no lo necesitaban —opinó Sergeant—. A solo un diez por ciento de la velocidad de la luz.

—Exacto —dijo Carlotta—. Creo que esta nave zanja la discusión. —Se refería a una prolongada disputa entre los historiadores, acerca de la aleación increíblemente resistente que protegía las naves contra las que luchó la Flota Internacional en las guerras fórmicas. ¿La aleación se había desarrollado como defensa contra ataques enemigos? Eso implicaría que los fórmicos combatían entre sí en el espacio, o que se habían enfrentado a otra especie alienígena que los humanos aún no habían encontrado, o que habían ido a la Tierra con la intención de luchar con los humanos.

Por otra parte, si esa coraza adamantina solo era una protección contra la radiación mientras viajaban a velocidad cuasilumínica, sugería que los fórmicos no habían ido a la Tierra preparados para la guerra; esa armadura impenetrable era pura coincidencia.

Esta arca demostraba que los fórmicos enviaban sus naves coloniales sin defensas contra un ataque, solo un primitivo escudo contra colisiones frontales. Los fórmicos habían sido enemigos formidables durante la guerra, pero era casi seguro que no se proponían combatir cuando fueron a la Tierra.

—Es bueno saberlo —dijo Bean—. Afortunadamente, esa discusión nunca tuvo importancia, de todos modos. ¿Qué más?

—Las enormes columnas son estructurales. La nave se sustenta en la fuerza vertical de la roca, como un enorme rascacielos. Pero son columnas huecas. Son cohetes, y llevan combustible. No son radiactivas, hay muchos rastros de carbono.

Debe de ser un combustible muy eficiente: aunque la roca contenga grandes reservas de combustible, no pueden bajar con esta cosa a una superficie planetaria para procesar el combustible basado en carbono que utilizan.

—No necesitan mucho combustible —dijo Bean—. Es una nave generacional, así que no tienen que acelerar mucho. Combustión muy lenta hasta que llegan a la velocidad de crucero, y luego nada hasta la desaceleración.

—No hay modo de saber cuánto combustible les queda. Este planeta podría ser su última esperanza, aunque quizá solo sea una visita al pasar, para ver si les sirve. La maquinaria que examiné estaba envejeciendo, pero funciona bien.

—¿Cuánto calculas? ¿Mil años? —preguntó Bean.

—No. Diría que cien años. Creo que todo ha sido reemplazado una y otra vez durante la travesía. Hay indicios de que hubo muchas reparaciones a lo largo del tiempo. Pero ninguna es reciente.

—¿Alguna fecha firme?

—Solo estimaciones de deterioro. Hay piezas estructurales que nunca fueron reemplazadas, con melladuras y raspaduras debidas a múltiples extracciones y reinstalaciones de las partes funcionales. Mucho residuo de lubricación, pero nada reciente.

—Es decir que la nave sufrió un desastre hará cosa de un siglo —dijo Sergeant—. Algo que dejó a las ratas-cangrejo al mando.

—No hubo mantenimiento —agregó Carlotta—, pero todavía hay un piloto que sabe poner la nave en órbita geosincrónica.

—¿Algo más? ¿Además de las columnas?

—Me reservaba la mejor parte. La gran estructura con forma de tonel rodeada por las columnas alberga en su interior un gigantesco cilindro rotativo.

—Es decir que no rota toda la nave, sino un tambor que está en su interior. Es descabellado —opinó Ender.

—Es lo que pensé —afirmó Carlotta—. Pero los fórmicos no reaccionan ante la falta de peso como nosotros. Sus esqueletos son cartilagosos, no óseos, así que se pueden volver a llenar, mientras que nuestros huesos no. No creo que los fórmicos hagan rotar el cilindro para crear gravedad centrífuga para ellos... Es para el soporte vital.

—Plantas —dijo Sergeant.

—En un espacio de ese tamaño, podrían tener árboles. Árboles realmente altos —añadió Ender.

—Un bosque tropical —especificó Carlotta—. O incluso zonas múltiples para mantener toda una gama de bioformas útiles. Pueden volver a sembrar constantemente los vegetales con que se alimentan. Quizá las ratas-cangrejo formen parte del sistema de recolección. Un ecotat: un hábitat con un ecosistema completo,

para que toda la biota permita establecer la vida fórmica en el nuevo mundo.

—Quizá sus especies más invasoras —aventuró Ender—. Para ganar terreno rápidamente.

—Y desde luego genera oxígeno para la nave en tránsito —dijo Carlotta.

—De modo que ellos usan un gran tambor giratorio para hacer lo mismo que nosotros hacemos con nuestras bandejas bajo luz ultravioleta.

—Pero el resto de la nave no gira —aclaró Carlotta—. Abrimos una puerta de mantenimiento en un sitio donde pude descender y ver el movimiento del cilindro. Mi estimación es que la rotación les daría tres cuartos de gravedad en la superficie interior del cilindro.

—¿Es suficiente para superar la presión de la aceleración? —preguntó Bean.

—Depende de cuán graduales sean la aceleración y la desaceleración —respondió Carlotta—. Y quizás aumenten la rotación durante los cambios de velocidad.

—Solo pensaba que les evitaría tener que mover todo el suelo a la base del cilindro cuando aceleran —dijo Bean.

—Pero los demás compartimientos del lugar no tendrían gravedad, o bien su «abajo» estaría lejos de la masa de roca, en dirección a los cohetes —explicó Carlotta.

—Y los corredores —intervino Sergeant—. Los fórmicos deben atravesarlos en seis patas. Porque aunque nosotros somos bajos, no pude permanecer erguido en los túneles. Un humano adulto estaría de bruces y le costaría usar un arma.

—Así eran los túneles de Eros —dijo Bean—. A los fórmicos les gustan los techos bajos.

—Bien, tiene sentido en espacios sin peso —añadió Carlotta—. Siempre tienen una pared o un techo a mano.

—Pero como los corredores no tienen peso —dijo Sergeant—, podemos caminar por ellos en el otro sentido. Los túneles tienen anchura suficiente para que pasen dos fórmicos, así que la gente baja como nosotros puede permanecer erguida en las paredes. Solo tenemos que saltar sobre las entradas para ir a los túneles laterales.

—¿Puedes saltar con zapatos magnéticos? —preguntó Bean.

—Podemos graduarlos para darles poca intensidad. No tenemos que aferrarnos como en la superficie de una nave en el espacio. Solo necesitamos mantener los pies al alcance del piso.

—Habéis hecho un trabajo estupendo —manifestó Bean—. Sé que hay muchos más detalles en vuestros informes, y he copiado los datos mientras los juntabais. Creo que tenemos toda la información útil que obtendremos desde fuera, y de ese trozo de ese «rajo» que trajo Sergeant.

—Rajo —repitió Sergeant, riendo entre dientes—. Rata-cangrejo.

—Rima con tajo —agregó Carlotta.

—Le quedará rajo —dijo Ender—. Hasta que ellos mismos nos digan cómo se llaman.

—Ahora, cuando entréis, tenéis que recordar que quizá todas las criaturas de origen fórmico tengan un grado de comunicación mental —les aconsejó Bean—. Aunque solo compartan impulsos, deseos y advertencias, pueden transmitirse lo que necesitan saber. Si un solo rajo repara en vosotros, todos sabrán que estáis allí. Quizá posean el seso suficiente para tender emboscadas. Tenéis que estar alerta. Y si se pone peligroso, salid de ahí. No sois reemplazables. ¿Me entendéis?

Sergeant asintió, Carlotta tragó saliva, Ender puso cara de aburrido.

—Ender —señaló Bean—, parece que crees que no irás con los demás.

Eso lo despertó.

—¿Yo?

—Los tres —dijo Bean—. Yo iría en persona, pero conocéis mis limitaciones.

—Pero yo soy el experto en biología —objetó Ender.

—Precisamente por eso debes ir —dijo Bean—. Tres es el mínimo para la defensa, pero al margen de eso, si estás ahí puedes aprender cosas en forma directa en vez de esperar a que te las lleven para estudiarlas.

—Pero... no estoy entrenado para...

Sergeant lo miró con desprecio.

—Crees que no tienes por qué ensuciarte las manos.

—Estuve hasta los codos en sangre de rata-cangrejo —replicó Ender.

—Él no dice «ensuciar» literalmente —aclaró Carlotta—. Tú crees que nosotros somos desechables y tú eres irremplazable.

—Nadie es desechable —aseveró Ender—. Es solo que no serviré de mucho.

—Me venciste a mí —dijo Sergeant secamente—. No te hagas el indefenso.

—Está asustado —intervino Bean—. Eso es todo.

—No soy un cobarde —dijo Ender con frialdad.

—Todos estamos asustados —comentó Carlotta.

—Aterrados —añadió Sergeant—. Cuando esos malditos rajos me atacaron, me hice encima en mi traje de presión. Hay que estar loco para no tener miedo de entrar en territorio desconocido para vérselas con enemigos rápidos y otros enemigos potenciales sobre los que no sabes nada.

—¿Entonces por qué lo hacemos? —preguntó Ender—. La nave está muerta, no seguirá nuestro rastro hasta la Tierra. La raza humana no corre peligro. Preparemos nuestro informe y sigamos viaje.

Eso era lo que Bean más temía, la muy sensata idea de largarse de allí. Pero, conociendo a sus hijos, no quería defender la decisión que él prefería.

—Ender tiene razón —dijo—. No es preciso que investiguemos más esa nave.

Sergeant y Carlotta parecían decepcionados, pero también aliviados. No se

opusieron.

Pero Bean sabía que Ender seguiría hablando.

—Estupendo —añadió Ender—. El Congreso Estelar puede enviar una fuerza numerosa para que venga a explorar esta nave con soldados bien entrenados.

Esto irritó a Sergeant.

—Los soldados bien entrenados no podrían permanecer erguidos en los corredores, ni siquiera de costado.

—Quizás hagan estallar cosas y maten a todos los ocupantes —opinó Carlotta.

—Cuando lleguen aquí, no quedará nada para matar —dijo Ender—. El problema que empezó hace cien años quizá continúe. Cuando lleguen aquí, toda la nave estará muerta y será totalmente segura.

—¿Y eso te parece bien? —protestó Carlotta—. Ahora hay vida en esa nave, ¿y te parece que está bien permitir que muera?

—¿Qué crees que sucederá? —preguntó Ender—. ¿O piensas trasplantar un bosque tropical fórmico a la superficie de este planeta? Es solo un museo.

—Pero es un museo viviente —respondió Carlotta—. ¡Tenemos que consignarlo todo mientras esté con vida!

—Tenemos catálogos de la flora y fauna fórmicas de los mundos coloniales —dijo Ender.

—Pero nunca habíamos visto rajos —añadió Sergeant—. ¿Acaso sabíamos que los fórmicos hacían este tipo de manipulación genética?

—Sí —repuso Ender—. Tenían esos bichos de oro y esos bichos de hierro que comían metal, no recuerdo en qué planeta... Shakespeare.

—Un ejemplo —dijo Sergeant—. ¿Y crees que no vale la pena ir a copiar datos mientras todavía mantienen un ecosistema?

—¿Y arriesgaremos el pellejo por la ciencia? —preguntó Ender.

—No por la ciencia —aclaró Bean—. Por la supervivencia.

—No necesitamos biota fórmica para sobrevivir —objetó Ender.

Bean suspiró. Tenía que decirles lo que pensaba antes de morir. Y podía morir en cualquier momento.

—Es verdad que no podemos comer plantas y animales fórmicos —dijo—, no tal como son.

Todos captaron lo que implicaban esas palabras.

—¿Estás pensando en adaptarlos a nuestras necesidades proteínicas?

—Los carbohidratos son carbohidratos —explicó Bean—. He mirado los lípidos de los datos de Ender sobre los rajos. Creo que podemos digerirlos. Sobre todo si alteramos algunas de nuestras bacterias intestinales para realizar un par de transformaciones sencillas. Así que el verdadero problema está en las proteínas.

—¿Por qué querríamos ingerir proteínas fórmicas? —preguntó Carlotta,

mostrando cierto asco ante la idea.

—Porque en la base genética de la nave no tenemos una gama viable de vegetales y animales terrícolas.

—Ni siquiera sabía que teníamos alguna —dijo Carlotta.

—Pero la tenemos —dijo Bean—. Cultivos vitales, algunos animales clave... abejas para la polinización, por ejemplo. Pero no hay animales comestibles. Hay arroz, judías, maíz y patatas, pero quién sabe si pueden competir con las plantas nativas del planeta, o con la flora fórmica del arca.

—¿Por qué tendrían que competir? —preguntó Carlotta.

—Quiere que nos quedemos aquí —dijo Sergeant con voz neutra.

—Siempre tuviste la intención de traernos a este planeta —dijo Ender.

—Una vez que vi que estaba en la zona de habitabilidad, quería verlo —dijo Bean—. No hay cura. La pubertad todavía llega a la edad normal. La infancia biológica dura más de la mitad de vuestra vida, y no podréis vivir el tiempo suficiente para ver a vuestros nietos. Eso significa que vuestros hijos llegarían a ser padres sin contar con la guía de los padres de la generación anterior.

—Estoy por vomitar —dijo Carlotta—. No permitiré que ninguno de ellos...

—Claro que no —dijo Bean—. In vitro. Así fuisteis concebidos vosotros, queridos míos. Y a bordo hay varios vientres artificiales.

—¿Dónde? —barbotó Carlotta.

—Donde no podrás sabotarlos hasta que tengas madurez suficiente para entender que esta es vuestra única esperanza. No podéis salvar vuestra propia vida, yo no puedo salvaros, así son las cosas. Pero la especie aún puede sobrevivir porque sois listos. Aunque la madurez sexual llegue tarde en el periodo de vida de nuestra especie, la madurez intelectual llega increíblemente pronto. Tendréis años para educar a vuestros hijos. Podéis mantener altos niveles de civilización, tecnología, historia, razonamiento moral. Podéis sobrevivir.

—Pero nosotros habremos muerto... —dijo Sergeant.

—¿La vida a bordo es vida? —preguntó Bean.

—Siempre pensé que volveríamos a reunirnos... —Ender dejó morir las palabras.

—Con la raza humana —concluyó Bean—. ¿Cómo crees que resultará eso? Yo progresé porque era útil para ellos. Tenían que ganar una guerra, y si Ender Wiggin no hubiera llegado a ser el comandante que necesitaban, yo era la otra opción. Luego Peter el Hegemón me necesitó para combatir a Aquiles. Después de eso, yo era un fenómeno de circo. Un gigante. No me temían porque sabían que moriría de gigantismo. Y ya no cabía en un tanque ni en la cabina de un avión.

—Estás diciendo que nos matarían —dijo Sergeant.

—No sé qué harían. Quizás os estudiarían. Pero no os dejarían casar con humanos normales, ni os permitirían tener hijos que fueran antoninos puros.

—Leguminotes —dijo Ender—. Nos gusta más Homo leguminensis.

—Estoy conmovido —repuso Bean. El tono era burlón, pero lo decía de veras. Querían adoptar como propia una forma de su nombre—. Lo cierto es que necesitáis un mundo propio. Tenéis que reproduciros frenéticamente mientras sois jóvenes, para enseñar todo a vuestros hijos. Darles la oportunidad de resistir por su cuenta cuando el resto de la raza humana encuentre este planeta.

—Ya deben de tener planeado venir aquí —dijo Sergeant.

—No creo —objetó Bean—. No les he dicho nada sobre este lugar.

Tras un momento de pasmado silencio, Ender echó a reír, y también los demás.

—Eres una araña —opinó Ender—. Qué trama tan intrincada. ¿Cuándo nos lo pensabas decir?

—Cuando os viera dispuestos a escuchar —aclaró Bean—. Preferiblemente antes de mi muerte. Pero lo he grabado todo, por si acaso.

—No pienso hacerlo —intervino Carlotta—. Aunque nosotros no tengamos relaciones sexuales... y nunca las tendremos, jamás —miró con furia a sus hermanos—, nuestros hijos deberían tenerlas, y eso es repulsivo.

—No —dijo Bean—. No si se crían por separado. En la nave hay suficientes vientres para que cada uno de vosotros críe a un niño en una habitación aparte. Les daréis hermanos cada año. Sabéis que al cabo de un par de años tendrán inteligencia suficiente para ser útiles. Tendréis tres clases diferenciadas de niños que no se criarán como hermanos. No tendrán el rechazo instintivo al apareamiento dentro de la familia inmediata.

—¡Aun así serán hermanos! —insistió Carlotta.

—Hermanos y hermanastros, genéticamente hablando. Pero no es eso lo que te repugna. Los primates solo sienten repulsión por la idea de aparearse con una pareja con el que vivieron como un hermano directo criado por el mismo progenitor. Si no los conoces de ese modo, no hay rechazo.

—Entonces tendremos que mentirles —dijo Carlotta.

—Separarlos —matizó Bean.

—Mentirles —repitió Sergeant.

—Mentir es parte de la crianza de un hijo —concedió Bean—. Enmarcar el mundo en que viven vuestros hijos, diciéndoles solo lo que les conviene saber.

—Entonces eres un padre brillante —intervino Ender—. Totalmente brillante.

—Quieres decir que soy un campeón de la mentira —dijo Bean—. Sí, desde luego. Vosotros pasáis la mitad de vuestra vida mintiéndome a mí, y mintiendo entre vosotros. Para eso inventamos el lenguaje. Los pobres fórmicos nunca pudieron mentir sobre nada.

—Yo no soy mentirosa —insistió Carlotta.

—Eso es mentira —dijo Bean serenamente—. Pero no las llamemos mentiras.

Llamémoslas historias. Cuando suceden cosas, inventamos historias sobre ellas. Para explicar por qué sucedieron. En eso consiste la ciencia, y la historia: historias sobre por qué suceden o sucedieron las cosas. Nunca son ciertas... nunca son completas y siempre están un poco equivocadas, y lo sabemos. Pero son suficientemente verídicas como para ser útiles. Dudo que nuestra mente pueda aprehender toda la verdad sobre algo, pues las redes de causalidad se extienden demasiado para que una sola mente las abarque. En cambio, compartimos y heredamos las historias, las mentiras útiles, y cuando aprendemos más las mejoramos, o cuando necesitamos otras historias para nuevas circunstancias, las alteramos y fingimos que siempre las hemos contado de esa manera.

Ender hundió la cara entre las manos.

—Parece tan difícil...

—¿Mentir? —preguntó Sergeant.

—Criar hijos —respondió Ender—. El único progenitor que hemos conocido es pésimo para eso, y nosotros no seríamos mejores.

—Muchas gracias —dijo Bean—. Pero aclaremos que sois hijos muy duros de criar, y realmente no tuve mucha ayuda.

—Oh, has hecho todo lo que has podido —opinó Ender—. A eso me refiero. Hemos pasado cinco años contigo en esta nave. ¿Y qué sabemos? ¡No sabemos bastante! ¡No sabemos nada! Si murieses mañana, quedaríamos irremediabilmente rezagados.

—Tenéis el ansible. En los mundos humanos nuestra pequeña familia es increíblemente rica y tenemos agentes que trabajan para nosotros y ni siquiera saben que existimos. Todo eso continuará cuando yo haya muerto. Me he cerciorado de que todos sepáis establecer contacto con ellos y os he entrenado para que nunca deis a entender que no sois gente común en los Cien Mundos.

—Claro —intervino Sergeant—. Todos somos mentirosos con práctica y entrenamiento, a fin de cuentas.

—Tendréis todas las bibliotecas del mundo. Lo importante es que aprendáis cómo hacerlo. Cosechar. Mantener un ecosistema viable. No defecar en el agua para beber. Subsistir tan bien que tengáis superávits, así podréis dedicar tiempo a enseñar y aprender, a escribir y crear. A mantener la tecnología y mejorarla. Podéis hacerlo. O vuestros hijos podrán, y los hijos de ellos.

—Yo soy un niño —dijo Sergeant, y de pronto lagrimeó—. No puedo estar a cargo de otros niños.

—Siempre trataste de estar a cargo de nosotros —replicó Ender con cierta malicia.

—Pero no sois míos —refutó Sergeant—. No soy responsable de vosotros.

—Es hora de afrontar la adultez —declaró Bean—. Suficiente, pequeños. No

podéis asimilar todo al mismo tiempo. Y yo no puedo hacer que lo asimiléis. Pero por eso necesito que entréis en esa nave fórmica de inmediato, para que la dominéis y la controléis. Tendréis que adaptar las formas de vida que haya allí para que puedan coexistir con las plantas y los animales que vosotros y vuestros hijos puedan comer. Y luego habréis de sembrar ese mundo con el ecosistema que diseñéis e ir a vivir en él. ¿Tenéis idea de cuánto tiempo tomará todo eso?

—No creo que sea posible —opinó Ender—. Creo que los tres moriremos aquí, en el arca, mientras aún estemos preparando las plantas y los animales. Pienso que serán nuestros hijos, o los hijos de ellos, quienes sembrarán el planeta.

—Siempre que yo acceda a hacer todo eso —añadió Carlotta—. Soy la única que puede ovular.

—Venga —dijo Bean—. Sabes que existe la tecnología para transformar cualquier célula en un óvulo funcional. Los varones tienen X e Y. Si te pones terca, pueden llenar esos vientres con bebés con los que no hayas tenido nada que ver. Si no quieres tener ningún futuro genético, será tu elección. Pero, ya los dones o los niegues, no usarás tus óvulos para manipular a los demás.

Carlotta rompió a llorar, enfurecida.

—¡Así que ya planeáis hacerlo todo sin mí!

Bean estiró una mano, con gran esfuerzo. No se atrevía a tocarla directamente, por temor a lastimarla. Su mano era enorme, y el cuerpo de ella, muy pequeño. Pero Carlotta abrazó esa mano y lloró sobre ella. Estaba enfadada, pero era su hija.

—Pienso otorgaros a los tres la libertad de escoger por vuestra cuenta, sin que cada cual dependa del otro. Pero sería mucho mejor que los tres escogierais seguir adelante con la colonia. Sin pelear entre vosotros. En aras de esta maravillosa nueva especie, esta tribu maldita de semidioses efímeros.

—Lo dices como si fuera heroico —observó Sergeant.

—Sois el Zeus, el Apolo y la Hera de vuestra tribu —afirmó Bean.

—Afrodita —dijo Carlotta.

—Estupendo —concedió Ender—. ¡Eso dice la niña que afirma que nunca tendrá relaciones sexuales!

—Atenea, entonces —replicó Carlotta—. No quiero ser Hera.

Puro teatro. Aún eran niños y les gustaba dramatizar.

Sin embargo, aceptaban la situación. O al menos ponían la idea a prueba. Bean no sabía qué decidirían. Pero aún no se habían rebelado. Él había podido venderles la historia como un relato épico. Cuando lo vivieran, empero, no habría nada de heroico, solo rutina, dificultad, peligro, fracaso, pérdida y pesadumbre. Como en cualquier vida humana.

—Y recordad esto —añadió Bean—. Todavía sois humanos. Enseñad a vuestros hijos que ellos son humanos. Una especie humana distinta, pero estáis mucho más

cerca del Homo sapiens de lo que jamás estuvieron el Neanderthal y el Australopithecus afarensis. No dejéis que vuestros hijos consideren que los humanos son el otro, el enemigo, el alienígena. Os lo ruego.

—Aunque intentemos evitarlo, nuestros hijos pensarán así —objetó Sergeant.

—Transformadlo en su religión —aconsejó Bean—, en su fe. Inculcadles que los humanos serán bendecidos por aquello que vuestros hijos hagan de sí mismos. No os traje aquí para destruir la raza humana, sino para mejorarla.

—Es una historia noble —intervino Ender—. Pero creo que nos acabas de decir cuánto valen esas historias, y cuánto duran.

—Mientras sean útiles... —opinó Sergeant.

Un largo silencio. Bean no tenía nada más que decir por el momento. Debía darles libertad para pensar las cosas por su cuenta.

—Vayamos a invadir una nave alienígena —sostuvo Sergeant al fin.

—Me voy a comer algo basado en plantas amigas de los humanos —dijo Carlotta—, y luego me dormiré llorando, pensando en mis pobres bebés, criados por estos cretinos.

En el arca

Cincinnatus quiso probar el cóctel de sedantes en sí mismo antes de llevarlo al arca fórmica.

Ender puso los ojos en blanco.

—¿Acaso crees que no lo probé conmigo?

—Solo quería asegurarme de que el arma no funcionaría contra mí —respondió Cincinnatus.

—Ni siquiera tengo la certeza de que funcione contra el enemigo —añadió Ender.

—Está bien de un modo u otro —intervino Carlotta—. Recogí una partida de napalm.

—¡No pensarás seriamente en llevar fuego al arca!

Esta vez fue Carlotta quien puso los ojos en blanco.

—No tienes sentido del humor.

—No cuando se trata de armas —replicó Ender—. ¿Qué usarás como respaldo?

Cincinnatus señaló una escopeta que estaba apoyada contra la pared de la lanzadera de la Heródoto y que tiempo atrás habían bautizado el Sabueso, porque era mucho más grande que el Cachorro. Nunca la habían pilotado, ni siquiera la habían desprendido de la nave, así que el Gigante la conduciría a distancia. Los niños irían como pasajeros.

—¿Un arma de proyectiles? —preguntó Ender.

—Municiones de plástico —respondió Cincinnatus—. Penetrarán en sus caparazones y botarán en su interior. Contra las paredes, solo rebotarán.

—Y terminarán por alcanzarnos —dijo Ender.

Cincinnatus suspiró.

—Ender, mientras tú estudiabas los genes, yo estudiaba las armas y las armaduras. Nuestros cascos tienen visores, y usaremos guantes, chaqueta y pantalones. No puedo jurar que los rajos no lograrán carcomerlos, pero les llevará tiempo, y las balas de plástico que reboten y den en nuestros trajes se detendrán y quedarán pegadas, o se caerán. No pueden causarnos daño.

—Un arma muy selectiva —observó Carlotta.

—La herramienta indicada para este trabajo —añadió Cincinnatus—. Una vez mi hermana me enseñó ese principio.

—¿Cuál es nuestro objetivo? —preguntó Ender.

—Tenemos dos —repuso Carlotta—. Además de sobrevivir y regresar a salvo.

—Sé que tenemos dos objetivos —dijo Ender—. Quería saber cuál era nuestra prioridad.

—Primero tenemos que encontrar al piloto —respondió Cincinnatus—. El que

puso la nave en órbita representa el peligro más evidente. Solo una vez que controlemos el arca entraremos en el hábitat y veremos qué clase de biota mantiene el arca con vida.

Ender asintió con la cabeza.

Cincinnatus se sentía aliviado y sorprendido de que Ender no demostrara el menor interés en tomar el mando. De hecho, los dos le concedían el liderazgo a Cincinnatus. Costaba creer que solo unas semanas atrás estaban riñendo.

Pero también costaba creer que Cincinnatus hubiera propuesto en serio matar al Gigante.

Él recordaba que había sido totalmente sincero cuando lo propuso, aunque no lograba reconstruir los argumentos que había usado para persuadirse de que era la única solución.

Yo era tan irracional como cualquier príncipe que se obstina en deponer y matar a su padre el rey. Absalón, Ricardo Corazón de León... sin duda estaban tan convencidos como yo de la rectitud de sus actos. Y eran igualmente estúpidos.

Era hambre de acción. Y ahora tengo acción y tengo el mando, y estoy aterrorizado.

—Carlotta —dijo Cincinnatus—, quédate en el medio. Yo soy la vanguardia y Ender es la retaguardia.

—¿Proteges a la chica? —preguntó Carlotta despectivamente.

—Si hay alguien que puede entender la disposición interna del arca, eres tú —dijo Cincinnatus—. Todos lucharemos si es necesario, pero un ataque sorpresivo debería alcanzarnos a nosotros, no a ti, porque serás tú quien nos indique la dirección para localizar el timón del arca, o para llevarnos a un lugar seguro.

Carlotta asintió.

—Tiene sentido. Por un segundo pensé que querías jugar a ser el hombre protector.

—En absoluto —dijo Cincinnatus—. Respeto tu androginia secreta.

—Como yo respeto la tuya —replicó Carlotta.

Mientras hablaban, se habían puesto la armadura. Cincinnatus les ayudó a sujetarlas. Había usado láseres para reducir las al tamaño de ellos, así que les sentaban bien, pero las correas eran improvisadas y poco prácticas.

—Creo que estamos listos, Padre —anunció Cincinnatus.

La voz del Gigante llegó por los altavoces de la cabina.

—Sujetaos a una pared. No quiero preocuparme por vuestras sacudidas mientras estoy maniobrando.

—¿Conque planeas mostrarnos tu habilidad de gran piloto? —preguntó Ender.

Cincinnatus se cercioró de que todos estuvieran apoyados contra las paredes de la cabina, de donde salieron agarraderas para sostenerlos. La lanzadera estaba diseñada

para transportar cargamento, y no tenía asientos. Las paredes podían sostener cualquier cosa que se apoyara en ellas, fueran personas u objetos.

—Vaya —comentó el Gigante—. Hace tiempo que no tengo la oportunidad de pilotar una máquina estupenda como el Sabueso.

Después de la experiencia de zamarrearse en el Cachorro, Cincinnatus sintió la debida admiración por la destreza del Gigante. El Sabueso se desprendió de la Heródoto, y avanzó. No hubo brincos ni cambios súbitos de dirección. Una parábola elegante, una maravilla de eficiencia, y de pronto se encontraron encima de la esclusa del arca, todavía abierta.

Desde el vientre del Sabueso, un tubo retráctil se extendió y creó un sello hermético contra la superficie del arca, rodeando la puerta de la esclusa. Los niños observaban en una holopantalla del frente de la cabina. Sintieron la correntada de aire del Sabueso entrando en el tubo y en la esclusa abierta.

—La FI usaba estos tubos de abordaje, que se extendían desde el flanco de la nave, para que los equipos de asalto pudieran entrar erguidos en la nave enemiga —dijo el Gigante por el interfono—. Pero una vez que Ender Wiggin nos enseñó que la puerta del enemigo está hacia abajo, los nuevos modelos tenían el tubo debajo para que pudiéramos caer sobre la nave enemiga.

—¿De qué sirve? —preguntó Cincinnatus—. En gravedad cero, podemos orientarnos como queramos.

—Los humanos suelen conservar una orientación residual, refleja. Uno se orienta deliberadamente del modo más útil. ¿Por qué no contar con un equipo que te ayude?

—¿Y el resultado duradero del genio de Ender Wiggin es que los tubos de abordaje salen de abajo y no de los flancos?

—Eso y el exterminio de los fórmicos —replicó Bean—. Y la seguridad de la raza humana, y un montón de mundos coloniales fórmicos que quedaron a disposición de los humanos. Supongo que no es gran cosa. Y menos a los ojos de niños que crecieron en el universo que Ender Wiggin transformó.

—Ender el Xenocida —murmuró Ender.

—Vuelve a decir eso a bordo de mi nave —repuso el Gigante— y te cambio el nombre.

—Sugiero Bob —se burló Cincinnatus.

—No soy yo quien lo llama Xenocida —aclaró Ender.

—Acabas de hacerlo —observó el Gigante.

—Así lo llama ahora toda la raza humana. Por culpa de ese libro, La Reina Colmena.

—El Portavoz de los Muertos realmente perjudicó la reputación de Ender Wiggin —intervino Carlotta.

—Estamos conectados —dijo el Gigante—. Cuando abráis la puerta interna de la

esclusa, Cincinnatus tomará el mando.

Primero Carlotta bajó por el tubo y verificó que la esclusa externa pudiera cerrarse detrás de ellos, por si un accidente separaba el tubo de la superficie del arca. La cerró y la abrió dos veces. Luego los llamó, y Cincinnatus y Ender bajaron a la esclusa por el tubo, llevando sus escopetas, con los tubos de sedante en la espalda y los pulverizadores sujetos a las muñecas.

Cincinnatus encendió la pantalla del casco, y tras efectuar un reconocimiento, el ordenador del casco comenzó a analizar y etiquetar los rasgos distintivos de la esclusa. Esa era la parte fácil, pues Carlotta ya había programado toda la información después de la primera incursión de Cincinnatus. Mientras se internaban en el arca, Carlotta describía verbalmente todo lo que requiriese una descripción, para que los cascos pudieran crear mapas sobre la marcha, y todos vieran los mismos nombres para todo.

A Cincinnatus le interesaban los sensores de calor y movimiento que le indicarían adónde apuntar y con qué velocidad se aproximaba el blanco. Se apostó frente a la puerta interna de la esclusa. Esperaba que hubiera una docena de rajos alrededor de la puerta, dispuestos a atacar en cuanto se abriera. Es lo que él habría hecho, si hubiera estado a cargo de la defensa del arca.

Claro que eso suponía la capacidad para comandar a los rajos. Como Ender había observado, era probable que ahora los rajos fueran salvajes, tan peligrosos para el piloto como para los niños que estaban invadiendo la nave. Quizás el piloto estuviera encerrado en alguna parte, y considerase que Cincinnatus y su equipo eran sus libertadores.

—Soy el gran dios Quetzalcóatl, y he regresado.

—¿Qué? —preguntó Carlotta.

—Jugaba a ser Cortés —repuso Cincinnatus—. Lamento haber movido los labios.

—Me pareció que estabas subvocalizando —dijo Carlotta—. Mi casco trató de traducir tus palabras y no pudo. Solo entendió «soy el gran dios».

—Quetzalcóatl —intervino Ender—. La serpiente emplumada, que regresa a su pueblo al cabo de una larga ausencia.

—Con pulverizadores de sedante y escopetas de munición blanda —añadió Cincinnatus—. Abre la puerta, Carlotta, por favor.

La puerta se abrió.

No hubo movimientos.

Cincinnatus entró en el corredor, orientándose para permanecer erguido en ese espacio angosto. Para los fórmicos, habría aparecido de costado, de pie sobre la pared. Eso no cambiaba nada. Probó sus zapatos magnéticos.

—Magnetismo cinco —murmuró.

Los otros repitieron esa orden, sintonizando las botas para que se adhirieran al

«piso» con menos firmeza.

En una esquina de la pantalla de Cincinnatus, el retrovisor mostraba que Ender se había orientado en la dirección opuesta: lo que para Cincinnatus era techo para Ender era piso. Cincinnatus pensó en regañar a Ender por hacerse el gracioso, pero comprendió que era inteligente no tener lo mismo arriba y abajo. Si algo intentaba atacar a Cincinnatus desde arriba, Ender lo vería como saliendo del piso. Sería más fácil verlo y dispararle.

En su visita anterior, Cincinnatus había visto rajos casi de inmediato. ¿El hecho de que aún no aparecieran significaba algo?

Oyó el murmullo del Gigante en su oído.

—Di por sentado que el ecotat tendría días de la misma longitud que el mundo natal de los fórmicos. Si tu ingreso anterior fue en el mediodía fórmico, ahora estáis entrando a medianoche.

—Si son nocturnos, es como si fuera de día, y da lo mismo —murmuró Ender.

—Si se alimentan en el crepúsculo, esto es el alba —dijo Cincinnatus—. Y estamos fregados.

—Aún no veo a ninguno —observó Carlotta.

—Todos recibimos los mismos datos del instrumental —afirmó Cincinnatus—. Hablemos solo cuando haya algo importante que decir. Vale también para ti, don Gigante.

—Huelo la sangre... —dijo el Gigante.

—De un inglés —concluyeron los niños, evocando el viejo cuento de Jack y las habichuelas.

Se hallaban en un corredor que recorría el perímetro del arca. Eso significaba que volvería sobre sí mismo.

—¿Necesitamos un túnel que nos lleve al centro del arca? —le preguntó Cincinnatus a Carlotta.

—Aquí no habrá ninguno —respondió ella—. El cilindro del ecotat está dentro de esta sección. ¿Lo sientes girar?

—Solo una leve vibración —observó Ender—. Sospecho que la rotación no tiene fricción en el perímetro.

—Colchón de aire —dijo Cincinnatus.

—Fluido lubricante —afirmó Carlotta—. Entubado. O billones de cojinetes de bolas.

—Irrelevante —añadió Cincinnatus—. Me disculpo por mi «colchón de aire».

Volvieron a guardar silencio.

—Creo que debemos ir hacia delante —dijo Carlotta—. El timón podría estar a popa o a proa, pero esto fue diseñado para proteger a una Reina Colmena, y ella debería de estar cerca de la roca.

—No —opinó Ender—. Es decir, sí. La Reina Colmena debería de estar en el punto de protección máxima, pero no, su ubicación no tiene nada que ver con el timón.

Cincinnatus comprendió enseguida. La Reina Colmena de esta nave habría visto a través de los ojos de cada obrera fórmica. Podía estar en cualquier parte.

—Lo lamento. Sí, tienes razón —concedió Carlotta—. Tengo que dejar de pensar como humana.

—Entonces repito la pregunta —dijo Cincinnatus.

—Por el modo en que funcionaban los controles, me pareció que nos dirigíamos hacia popa desde la proa. Reduplicación redundante. Entiendo que hay un conjunto completo en cada uno de los tubos. En tal caso, el timón estaría en el centro, hacia delante.

Cincinnatus evocó el sitio donde estaba la esclusa y la dirección en que él los había guiado por el corredor perimétrico.

—¿Eso significa que es hacia arriba?

—Desde tu posición, sí —dijo Carlotta—. Abajo para Ender.

—Escoge un pasaje, Car —pidió Cincinnatus.

—Odio que me digan Car —murmuró ella.

—«Lotty» te gusta menos —susurró Ender.

—Todavía te oigo —dijo Cincinnatus—. Durante esta misión, tienes un nombre monosílabo.

—«Car» es demasiado contundente —repuso Ender—. Creo que ella es «Lot».

—Lot —repitió Carlotta.

—Ahora silencio, por favor —dijo Cincinnatus.

Pasaron bajo dos pasajes ascendentes pero Carlotta no les indicó que subieran. Al fin llegaron a una gran abertura a la izquierda.

—Este es uno de los tubos —informó.

—¿No son toberas de cohete? —preguntó Cincinnatus.

—Pero todos los controles se encuentran entre el tubo y el casco —respondió Carlotta—. Al menos echemos un vistazo.

El pasaje estaba cerrado desde el corredor perimétrico, un cierre hermético, para que una brecha en el casco no absorbiera el aire de los pasajes que iban a lo largo de la nave. Se abría con una palanca, como el de la esclusa.

En el interior había un espacio con forma de medialuna. Los cadáveres resacos de cuatro obreras fórmicas estaban tirados como muñecas rotas, con algunas extremidades quebradas y desparramadas. Cincinnatus dio un respingo.

—No creo que hayan muerto aquí —declaró Ender casi de inmediato—. Quizá fueron arrojados aquí por la fuerza de la desaceleración cuando el arca se aproximó al planeta. Ya estaban totalmente secos por entonces... todas estas roturas son recientes,

y hace un siglo que han muerto.

—Así que murieron cuando murió la Reina Colmena —opinó Cincinnatus.

—Supuestamente —añadió Ender—. Es lo que hacen los fórmicos.

—Los rajos no los comieron —dijo Carlotta.

—Supongo que no pueden mover las palancas —aventuró Cincinnatus.

—No tienen inteligencia suficiente para entenderlas —aclaró Ender—. Pero sí tienen la fuerza y la destreza.

Cincinnatus miró el pasaje ascendente. A diferencia del tubo perimétrico, este corredor tenía asideros y tubos que se podían usar como escalerilla. Tenía sentido: cuando la nave aceleraba o desaceleraba, los fórmicos los necesitarían porque sería como subir cuesta arriba.

Ahora, en cero g, Cincinnatus volvió a adoptar una orientación lateral y se introdujo en el tubo. Carlotta lo siguió, y Ender volvió a entrar cabeza abajo.

Pasaron por varios recintos similares a aquel por donde habían entrado, pero luego encontraron otra puerta cerrada y al otro lado el tubo comenzaba muy por encima del que acababan de dejar.

—Para compensar —murmuró Carlotta—. Para que nada pueda caer a lo largo de toda la nave.

—¿Qué longitud tiene? —preguntó Ender.

Nadie se molestó en responderle. Todos sabían que la nave fórmica tenía mil doscientos metros de longitud desde el punto en que los tubos entraban en la roca hasta los orificios de las toberas en la popa. El cuarto delantero de cada tubo estaba separado del casco, que tenía una cintura que se angostaba desde allí hasta la roca. Allí abandonarían el tubo y volverían a desplazarse hacia dentro.

Al parecer habían cerrado este tubo para impedir que entraran los rajos. No encontraron más cadáveres, y tampoco ningún elemento hostil. Pero cuando salieron del tubo a otro corredor perimétrico, las cosas cambiaron.

El aire estaba lleno de desechos que flotaban como motas de polvo en un haz de luz. Tardaron un momento en verificar que eran fragmentos de cuerpos. El sensor térmico del casco le mostró a Cincinnatus que había seres vivos más allá de la curva del corredor, en ambas direcciones, pero ninguno en la línea de visión.

Ender entró y se puso a recoger fragmentos flotantes para examinarlos.

—Trozos de rajo, pero también de otras criaturas. Alas de insecto, realmente grandes. Muchos fragmentos de esqueleto, una piel que no reconozco.

—¿El bote de basura? —preguntó Carlotta.

—El comedor de los rajos —respondió Ender—. No son pulcros para comer. Los fórmicos nunca dejarían un estropicio que enturbiara la visibilidad.

El casco de Cincinnatus lo alertó.

—O bien nos huelen o bien detectan nuestro calor —anunció—. Tenemos

compañía. En ambas direcciones.

Al instante Ender se adhirió al «techo» y miró a lo largo del tubo; tras cerciorarse de que Ender hacía su trabajo, Cincinnatus miró hacia el otro lado.

—Primero usa el pulverizador, En, pero no seas tímido con la escopeta si no cejan. Lot, fíjate hacia dónde vamos desde aquí.

—¿Podemos desplazarnos en una u otra dirección? —preguntó Carlotta—. No veo ningún pasaje desde aquí.

—En mi dirección —dijo Cincinnatus—. En, quédate cerca; Lot, ¿puedes sujetar a En para arrastrarlo? No quiero que se abra ninguna brecha.

Sabía que Carlotta obedecería, engancho un cable de tres metros, de su cinturón al de Ender. No tuvo tiempo para verificarlo, de todos modos, porque los rajos irrumpieron en tropel a través de los desechos, botando de la pared al piso y al techo, desperdigando un vendaval de huesos y conchillas, de alas y trozos de piel. Era como si varios tornados entrelazados subieran corredor arriba.

Corredor arriba. De inmediato Cincinnatus entendió cuán útil era la doctrina de Ender Wiggin, «la puerta del enemigo está abajo». Cayó de espaldas y apoyó los pies en las paredes, en la parte angosta, y disparó el pulverizador entre las piernas, hacia abajo.

El sedante, si funcionaba con los rajos, tenía que ser muy rápido. Brotó de la boquilla en una fina niebla, pero a tal velocidad que llenó el corredor hasta diez metros adelante. El olor era muy tenue.

Naturalmente, la niebla sedante no detuvo el avance de los rajos; Cincinnatus preparó su escopeta para disparar, apuntando hacia abajo entre las piernas, mientras esperaba para ver en qué estado se hallaban los rajos al llegar.

Aún estaban botando en las paredes, pero ahora veía que no era un movimiento controlado. En vez de aterrizar sobre las patas, cualquier parte de sus cuerpos golpeaba la pared, y llegaban de cola y no con las mandíbulas delante.

—El sedante está funcionando —anunció Cincinnatus.

—Bien —repuso Ender.

—Sigamos andando —añadió Carlotta.

Cincinnatus sintió cierto resentimiento (¿Quién está al mando aquí?), pero de inmediato comprendió que ella estaba en lo cierto, y que él ya tenía que haber dado esa orden.

Se reorientó para poder volver a caminar por el corredor. Los rajos narcotizados que venían de la dirección de Ender le acribillaron la espalda mientras otros rajos lo golpeaban de frente. Los trajes amortiguaban el choque, pero no del todo. Quedarían magulladuras, y cuando se estrellaron contra la máscara de Cincinnatus, el impacto le echó la cabeza hacia atrás. Avanzó a buen paso, disparando sedante cada diez metros. Ender no disparó. Se internaron en el residuo de la rociadura de Cincinnatus, mientras

el chorro original de Ender custodiaba el pasaje a sus espaldas.

Cincinnatus pasó frente a una puerta hermética a la derecha, que conducía al centro del arca. Estaba seguro de que Carlotta la elegiría, porque no estaba abierta y quizá no hubiera rajos. En efecto, ella la abrió con la palanca y no había desechos en el interior, aunque buena parte empezó a entrar junto con la niebla.

—La próxima vez espera a que yo te cubra antes de abrir una puerta —le ordenó Cincinnatus con severidad.

—Lo siento. La próxima vez, lo haré —respondió Carlotta.

Cincinnatus pasó junto a ella y examinó el corredor. Vacío. Nada. Ni calor ni movimiento.

Vio que Ender trasponía la puerta y Carlotta la cerraba. La cantidad de desechos que había entrado era relativamente leve, y Cincinnatus encabezó la marcha por el corredor con paso enérgico.

—Aún no he matado a ninguno —dijo Ender—. A menos que se mueran cuando se estrellan contra las paredes.

—¿Y nadie nos ha seguido por la puerta? —preguntó Cincinnatus.

—Despejado —respondió Ender.

—Tenemos una buena caminata hasta el centro de la nave —añadió Carlotta.

Al cabo de un trecho, el corredor desembocó en una enorme cámara que parecía un emparedado. Cincinnatus se obligó a reorientarse para ver la habitación como la habrían visto los fórmicos. El espacio entre el piso y el techo era de solo un metro, pero ambas superficies tenían ondulaciones. Y ambas superficies estaban llenas de cavidades. Profundas.

—El dormitorio —dedujo Carlotta.

Debía de estar en lo cierto. Cada cavidad tenía la profundidad suficiente para que una obrera fórmica se acostara a dormir. La superficie blanda y orgánica los protegería de la tensión de la aceleración. Cincinnatus metió una mano en el interior y apretó. Se rompió. Debía de haber sido flexible, pero se había secado. Quizá los fórmicos humedecieran sus celdas mientras dormían, para mantenerlas elásticas. Pero ahora las paredes se desmenuzaban al apretarlas.

Era una marcha difícil. El calzado magnético era inútil, y rompía el piso o el techo cuando trataban de apoyarse. Pero Cincinnatus pronto aprendió a aplicar solo una presión leve con las manos para deslizarse a un ritmo regular. Solo tocaba las camas cuando tenía que eludir las ondulaciones, de lo contrario flotaba. Echó un vistazo y vio que los demás no se demoraban. No importaba si imitaban su técnica o la habían aprendido por su cuenta. Avanzaban a buen paso.

Algunas celdas contenían cadáveres fórmicos. La mayoría estaban vacías.

—¿Adónde nos dirigimos, Lot? —preguntó Cincinnatus—. Esto no termina nunca.

—Quizás haya una estructura cerca del centro. Este recinto debe de albergar centenares y...

—Unos tres mil —añadió Ender—, si es igual todo en derredor. Un poco menos, según lo que haya en el centro.

Cincinnatus no se sorprendió de que Ender, fuera de peligro por el momento, procesara información sobre el modo en que vivían los fórmicos en vez de concentrarse en la misión. Pero, en definitiva, esa era la misión de Ender. Cuando no estaban en alerta de combate, estudiaba el modo de vida de los organismos del arca, mientras Carlotta estudiaba la maquinaria y la configuración del piso. Cincinnatus permanecía atento, pero al parecer no había peligro.

El casco lo guiaba en línea recta hacia el centro, indicándole el rumbo cada vez que se desviaba para evitar las ondulaciones del techo y del piso. Dadas las circunstancias, iban a muy buena velocidad, así que cuando apareció una pared de metal, no pudo frenar. Solo logró ladearse para aterrizar con los pies delante, absorbiendo el impacto con las rodillas arqueadas. Los zapatos magnéticos estaban sintonizados en baja potencia para sostenerlo, y rebotó, aunque a menor velocidad.

—Magnetismo doscientos —dijo Cincinnatus.

Entretanto, él y Ender chocaron (Carlotta le había errado por poco) y destrozaron las camas fórmicas que los rodeaban mientras esperaban que los zapatos magnéticos los atrajeran hacia el metal del centro. Ambos estaban cubiertos de copos de material cuando lograron adherir las botas a la pared de metal.

—Magnetismo cinco —dijo Cincinnatus, para poder moverse de nuevo.

El centro tenía aberturas regulares, sin puertas. Cincinnatus se lanzó por la primera cuando Carlotta le dio su aprobación.

Se encontraron en un largo corredor que se dirigía hacia el eje de la nave. Esta vez el tubo tenía vías en lo que los fórmicos considerarían el piso y el techo. Era comprensible; un vehículo no se adheriría a raíles que solo corrieran a lo largo del piso. Desplazaban algo por esos raíles, y en forma regular. Cincinnatus vio que las vías de metal estaban lustrosas por el uso constante.

—Los trenes aún funcionan —anunció Carlotta.

Como si hubiera esperado esa frase, Ender lanzó una advertencia desde la retaguardia.

—Apretaos contra los rincones, aquí viene el tren.

Cincinnatus cayó al «piso» por donde caminaba y se estiró. Poco después, una vagoneta se desplazó por los raíles. Unos tirantes sujetaban las ruedas a ambos conjuntos de raíles. El chasis de la vagoneta era como una jaula de alambre, y estaba llena de material orgánico. ¿Plantas? No, se contorsionaban, apretándose contra el alambre. Pero no salía nada.

No eran rajos, ni siquiera se les parecían. Eran criaturas blandas, como babosas,

pero con un cuerpo más ancho y pelos. O cilios. ¿Orugas? Quizá las analogías con la fauna terrícola fueran improductivas y engañosas. En todo caso, era trabajo de Ender.

Cincinnatus siguió la vagoneta pero no trató de igualar su velocidad. El vehículo era automático. Se preguntó si circularía en un bucle o invertiría la dirección y regresaría por aquí en busca de otra carga.

No regresó, y al cabo de un rato Cincinnatus llegó a un sitio donde los raíles se curvaban hacia el interior desde el centro. Luego siguió los raíles y llegó a la parte trasera de la vagoneta, que se había detenido sobre una abertura. La abertura conducía a un sitio que despedía un olor nauseabundo.

A través del alambre Cincinnatus vio que algo estaba limpiando la jaula. Era un rajo.

Pero no comía nada, solo desprendía a las babosas que se aferraban. Después la abertura se cerró, el tubo quedó nuevamente a oscuras salvo por la luz del casco de Cincinnatus, y la vagoneta continuó en la misma dirección en vez de retroceder. Conque era un bucle. Y había entregado la carga.

Cincinnatus los reunió alrededor del lugar donde había estado la abertura. No había ninguna palanca visible para abrir la puerta.

—¿Y ahora qué, Lot? —preguntó—. Había al menos un rajo del otro lado, pero no comió las babosas, solo las arrancó.

—¿La pinza parecía diseñada para eso? —preguntó Ender.

—No es lo que ahora nos preocupa, pero... sí —contestó Cincinnatus—. Quizá los rajos fueron diseñados para esta tarea.

—Entretanto —dijo Carlotta—, creo que podemos imitar la señal que indica al sistema que hay una vagoneta, para que la puerta se abra. Es mecánica. Mira, la rueda pisa un pedal y la presión activa un interruptor. —Miró a Cincinnatus—. ¿Estás preparado para que la abra?

—Ten la niebla preparada —le indicó Cincinnatus a Ender. Pusieron las boquillas en posición para rociar la abertura—. Os advierto que este lugar apesta. Ahora, Lot.

Carlotta abrió la puerta.

El hedor fue como una bofetada, y empeoró cuando entraron en el recinto, que era húmedo y caluroso.

Había media docena de rajos en las cercanías, pero estaban ocupados arreando a las babosas por una rampa de metal que subía en suave declive. Uno de ellos reparó en Cincinnatus y se volvió para enfrentarlo, pero no lo atacó. Al contrario, regresó y movió la palanca que cerraba la puerta. Pero Cincinnatus, Carlotta y Ender ya estaban dentro de la cámara.

No, no era una cámara. Era una caverna. A diferencia del dormitorio de las obreras fórmicas, este espacio tenía techos altos. Varios metros, quizá cinco. Aquí el material orgánico que ya conocían formaba estalagmitas y estalactitas, pero ahora era

esponjoso y elástico, y las cavidades eran mucho más angostas.

Los rajos empujaron a las babosas rampa arriba, hacia el medio de la caverna. Allí había una plataforma, alumbrada por una luz tenue y difusa. Ese espacio era el centro del recinto.

El tufo empeoraba a medida que se desplazaban por la rampa, pero poco a poco se acostumbraron. Los cascos empezaron a limpiar el aire dentro del visor, y eso ayudó un poco.

Las babosas se adherían a la rampa y los rajos se aferraban a los bordes. Los zapatos magnéticos permitían que los niños permanecieran erguidos.

—Es como una sala del trono —dijo Carlotta.

—Estas son cámaras de desove —dijo Ender—. Es el recinto de la reina.

Pero no había huevos. En cambio, a medida que se acercaban a la plataforma del centro, las cámaras de desove estaban más llenas de una viscosidad marrón con estrías verdes. Putrefacción. El cieno de la decadencia.

Al final de la rampa, las babosas eran empujadas a la plataforma. Pero como ya estaba cubierta de babosas, la mayoría muertas, las nuevas rodaban por los costados, cayendo en el cieno de abajo de la rampa con un ruido sordo. Las babosas nadaban como anguilas, pero no había dónde ir, salvo cámaras llenas de cieno.

—Están alimentando a la reina —dijo Ender—. Solo que ella no está.

Cincinnatus había llegado a la plataforma. Avanzó hacia el centro abriéndose paso entre las babosas. En el punto focal de los haces de luz, una pared baja impedía que las babosas entraran en un círculo de tres metros de anchura en pleno centro.

Dentro de esa pared, despatarrado y extendido sobre más material orgánico, estaba el cadáver gris y reseco de una criatura alada que debía tener por lo menos el tamaño del Gigante.

—La reina está —dijo Cincinnatus—. Pero no tiene hambre.

En la sala de pilotaje

Carlotta odiaba a la Reina Colmena, aunque estuviera muerta. Como las reinas podían comunicarse perfectamente con sus hijas, no necesitaban ningún sistema especial. La reina podía pilotar la nave desde cualquier parte. Y el piloto podía estar en cualquier parte, sin necesidad de contacto visual ni de instrumentos, porque todo lo que la reina sabía gracias a sus hijas era conocido por todos los demás.

En consecuencia, Carlotta no podía encontrar el timón siguiendo los circuitos de un sistema de comunicación interna, ni buscando fuentes de señales de radio. El timón no tenía por qué estar en un sitio que tuviera acceso a imágenes visuales.

Se plantó frente a la reina muerta mientras Ender tomaba holoimágenes del cadáver.

—No lo toques —dijo Ender—. Se hará polvo.

—Supongo que entonces no podemos interrogarla —opinó Carlotta.

—Adelante, pregúntale lo que quieras —replicó Sergeant.

Carlotta ya no tenía ganas de bromear.

—Alguien pilotaba esta nave, y no era ella. Pero no puedo hallar el sistema de comunicaciones porque no hay ninguno.

Ender no prestaba atención a esas preocupaciones.

—He obtenido todas las imágenes posibles y están guardadas en la Heródoto. Así que tomaré una muestra.

—¿No dijiste que se haría polvo?

—Seré cuidadoso —prometió Ender.

—Supongo que él pensó que le daríamos patadas —dijo Sergeant.

—No me importa vuestra rivalidad, chicos —le dijo Carlotta a Sergeant—. Hemos encontrado el corazón de la nave, y es un depósito de cadáveres putrefactos que estaban destinados a alimentar a la reina.

—Es un sistema tan resistente que sigue funcionando aun cuando la reina se ha ido. —Ender no podía ocultar su admiración. Mejor dicho, su orgullo. Como si él mismo hubiera diseñado el sistema—. Sin robots, ni ordenadores, solo animales engendrados para cumplir una tarea.

—Como nosotros —intervino Sergeant.

—El Gigante fue engendrado —añadió Ender—. Nosotros nacimos.

—Solo una continuación del experimento —objetó Sergeant—. Pero nuestro diseñador no era tan talentoso como las Reinas Colmena.

Carlotta vio que Ender realmente actuaba con delicadeza: alzaba fragmentos resacos de varias partes del cadáver sin alterar nada, sin siquiera apretar hacia abajo. Solo recortaba un fragmento y lo alzaba, y lo metía en bolsas con cierre automático.

Entonces cayó en la cuenta de lo que había dicho Sergeant, y vio que Ender también había caído en la cuenta, porque apartó la mano del cadáver y se puso a pensar.

—Los fórmicos eran talentosos en genética —dijo Carlotta.

—Pero no tenían laboratorio —agregó Ender—. No aquí, al menos. O el laboratorio eran los ovarios de la reina. Por un acto de voluntad, ella podía decidir cuándo poner un huevo que llegaría a ser una nueva reina. Y presuntamente, crear un huevo que llegaría a ser un rajo en vez de una obrera.

—No puede haber sido un acto reflejo —opinó Sergeant—. Ella tenía que planear lo que hacía, al menos cuando fabricaba rajos.

—Y mientras ella hacía eso, ¿quién pilotaba la nave? —preguntó Carlotta.

—Ella —respondió Ender.

—¿Y quién cuidaba el ecotat, y quién se encargaba del mantenimiento, y quién se comunicaba con las Reinas Colmena de otros mundos?

—Ella —dijo Sergeant—. Las reinas son más listas que nosotros.

—Vale, son como sistemas multitarea —admitió Carlotta—, pero ¿de veras veía y oía toda la información sensorial de sus obreras al mismo tiempo, igualmente bien? ¿O concentraba su atención donde era necesario? Tiene que haber un límite a su capacidad para subdividir la atención.

—¿Por qué tiene que haber un límite? —preguntó Ender.

—Finge que soy tan lista como tú por un minuto, y piensa conmigo, por favor —pidió Carlotta—. No es que las obreras fórmicas no tengan cerebro. Y mira: ella está muerta, pero el sistema sigue funcionando.

—No son los fórmicos, son los rajos —aventuró Ender—. Perros pastores.

—Pero pudo ordenar a las obreras fórmicas que hicieran estas tareas, ¿verdad? ¿Cuál era la ventaja de crear una especie autorreplicante que se encargara de ellas?

Sergeant y Ender entendieron.

—No puede subdividir su atención infinitamente —declaró Sergeant—. Necesita que ciertas tareas automáticas continúen sin que ella tenga que pensar ni decidir nada.

—Esta era una tarea tediosamente repetitiva —dijo Carlotta—. Pero el mantenimiento de la nave requiere que entiendas lo que haces. ¿Tenía que controlar simultáneamente a cada obrera fórmica que hacía cada trabajo? ¿O las obreras actuaban por su cuenta una vez que sabían qué trabajo hacer?

—Estás diciendo que las obreras fórmicas no eran solo una extensión de su mente —comentó Sergeant—. No eran como manos y pies, sino como hijas muy obedientes.

—Alguien pilotaba esta nave —opinó Carlotta— y ella no estaba para controlarlo. ¿Y si alguna obrera fórmica sobrevivió a su muerte? Si ella no las controlaba por completo, si tenían autonomía para aprender su tarea y realizarla aun cuando la reina no prestara atención, las obreras podían continuar aunque ella

muriese.

—No —objetó Sergeant—. Lo que dices tiene sentido, pero sabemos que cada obrera fórmica murió cuando murieron las reinas. Había equipos de asalto en algunos planetas fórmicos cuando Wiggin mató a las reinas, y los soldados humanos informaron de que todos los fórmicos dejaron de luchar al mismo tiempo. Dejaron de correr, dejaron de hacer todo. Se acostaron a morir.

—Pero se acostaron —dijo Carlotta.

—Cayeron —matizó Sergeant.

—Yo leí los mismos informes —dijo Ender—. Se acostaron. Algunos conservaron signos vitales durante media hora. Así que Carlotta tiene razón. Ciertos sistemas corporales de las obreras continuaron funcionando un rato después de la muerte de las reinas.

—¿Y si esta reina, sabiendo que iba a morir, dio instrucciones a algunas obreras para que siguieran pilotando la nave? —preguntó Carlotta.

Los otros asintieron.

—No podemos saber qué mecanismo hace que los fórmicos mueran cuando muere la reina —dijo Ender—. Quizás haya una excepción.

—Encontremos el timón y veamos —propuso Sergeant.

—Ese es el problema —aseveró Carlotta—. No sé cómo encontrarlo. ¿Tenemos que probar todas las puertas de este lugar?

—Estás diciendo —inquirió Sergeant— que si las obreras tenían cierto pensamiento autónomo, y la reina no tenía que encauzar información constantemente, de los observadores fórmicos a los pilotos fórmicos, entonces podría haber sistemas de recepción de datos.

—O la hija que servía como piloto en cierto momento estaría en una posición donde podría ver. Al menos, ver cuadrantes e indicadores. Tenía que saber cuándo estaba a cierta distancia del planeta. Y si la reina no le enviaba esa información constantemente, habría instrumentos que yo podría rastrear.

—¿Por qué no localizar los mecanismos de activación de todos los cohetes? —preguntó Ender—. El piloto tiene control directo sobre ellos... Necesita controlarlos para timonear la nave.

—Porque es la parte más peligrosa de la nave —repuso Carlotta—. El rastreo de instrumentos no es intrínsecamente peligroso, pero el rastreo del mecanismo de activación, sí. El piloto podría estar esperando que nos acerquemos a ese sistema para freírnos.

Era vagamente incómodo asociar a una hembra con una violencia brutal. Pero todos los fórmicos que la raza humana había visto o conocido eran hembras, y eran sumamente peligrosas. ¿Qué había dicho Kipling? La hembra de la especie es más

mortífera que el macho. Así era con los fórmicos, sin duda.

—Cualquier cosa que nos matara dañaría la nave —señaló Ender.

—Tienen sistemas redundantes por doquier. Pueden absorber ciertos daños. Nosotros, no.

—Empecemos con el método de abrir todas las puertas. Si hallamos el sistema de compilación de datos, podemos rastrear los circuitos —dijo Sergeant.

—Es una nave grande —añadió Ender—. Hay muchas puertas.

—Pero la mayor parte de la nave es el cilindro del ecotat —señaló Sergeant.

—Tiene más de un kilómetro de diámetro —dijo Ender—. Aquí los rajos se portan bien, pero en muchos otros lugares habrá rajos salvajes. Nuestra provisión de sedantes no es infinita, y los efectos se desgastan. Esto parece un videojuego donde todos los tíos malos de pronto vuelven a la vida y te atacan al mismo tiempo. Final del juego.

Carlotta echó una ojeada al mar de podredumbre que la rodeaba.

—Hogar, dulce hogar —dijo—. Estoy tratando de ver esto como lo veía ella cuando estaba viva. Esos orificios eran como vientres para sus huevos. Esas babosas eran traídas aquí para alimentarla a ella y sus bebés.

Ender señaló hacia arriba.

—No te olvides del techo.

Carlotta miró arriba. Protuberancias fibrosas colgaban de los puntos más altos. De muchas de ellas pendían pelotas del tamaño de melones.

—¿Qué es eso? —preguntó Carlotta.

—Capullos. Sin duda están todos muertos, pero voy a llevar uno al laboratorio para estudiarlo, si puedo —repuso Ender—. Todo lo que está en el piso fue contaminado por esa sopa bacteriana de descomposición. Pero las larvas que se encerraron en su capullo podrían contener material genético limpio que puedo estudiar.

—No es nuestra prioridad —opinó Sergeant.

—Tampoco es una cuestión menor —objetó Ender—. Obviamente tenemos tiempo para detenernos a charlar. Juntemos un par de muestras antes de salir de la Sala de la Asquerosidad.

—¿Piensas llevar una babosa? ¿Y las bacterias? —preguntó Sergeant.

—Ya junté muestras de eso cuando veníamos hacia aquí.

—Tenías que ser nuestra retaguardia, no un naturalista saltarín —rezongó Sergeant.

—Nada nos atacaba desde atrás —explicó Ender—. Las reinas no son las únicas que pueden hacer multitarea.

—Chicos —intervino Carlotta—, ¿así será toda nuestra vida? ¿Vosotros dos dando tarascones?

—Aclaremos una cosa —dijo Ender—. Una sola persona ha dado tarascos y no soy yo. Acaté todas las órdenes sin quejarme; no critiqué nada. Pero Sergeant está emperrado en sorprenderme en falta. Aún no lo ha logrado. Como bien dice Carlotta, las reinas eran expertas en genética, y trabajaban en su propio genoma para crear los rajos. Todo lo que he reunido aquí puede enseñarnos una ciencia que la raza humana no ha desarrollado por su cuenta. Podría salvarnos la vida.

—Podría —replicó Sergeant.

—Otro tarascón —señaló Ender—. No digas «chicos», Carlotta, di «Sergeant».

—Tenemos que encontrar al piloto —dijo Sergeant—, y no nos separaremos.

—Quince minutos —pidió Ender—. Baja un capullo de un tiro y Carlotta y yo lo atajaremos.

—¿Con qué? ¿Con niebla sedante? ¿Con una escopeta? —preguntó Sergeant con aire triunfal.

—Con el cincel láser que te escondiste en el morral —repuso Ender.

Carlotta no lo había notado. Ender no pasaba nada por alto.

—Conque tienes un arma más letal que las nuestras. ¿Es así, Sergeant? —preguntó.

—Pensé que era posible que nos las viéramos con una reina viva —respondió Sergeant.

—¿Y solo tú tendrías los medios para matarla? —preguntó Ender.

—Creí que nunca provocabas ni criticabas —replicó Sergeant.

—Basta —ordenó Carlotta—. El Gigante está escuchando todo lo que decimos. Estamos perdiendo tiempo al discutir si podemos perder tiempo. No podemos. Pero recoger un capullo no es una pérdida de tiempo, así que hagámoslo y luego vayamos a buscar el timón.

Los dos varones se irritaron pero no podían discutir con ella. El recordatorio de que el Gigante estaba escuchando contribuyó a calmarlos.

—Y aquí se comprueba que ambos sois tan estúpidos que duele —dijo Carlotta—. Aquí dentro la ilusión es tan lograda que os engañó a los dos.

—¿Qué ilusión? —preguntó Sergeant.

—La ilusión de la gravedad —respondió Carlotta.

Los miró triunfalmente mientras ellos comprendían: el capullo no caería cuando lo cortaran.

—Pero los otros capullos cayeron —objetó Ender tímidamente.

—Durante la desaceleración —aclaró Carlotta—. La nave giró y los cohetes lanzaron un chorro hacia arriba para detener esta gran roca. Fue entonces cuando cayeron los capullos.

—Pero todo este líquido... —dijo Sergeant—. Se adhiere al piso.

—Se adhiere a los orificios destinados a los huevos —prosiguió Carlotta—. No es

líquido, sino viscoso. La mayor parte del viaje se realiza en gravedad cero. Si los huevos y las larvas necesitan líquido para crecer, tiene que ser gelatinoso para ser estable, pues de lo contrario la reina se ahogaría en él.

Ender estaba extrapolando, como era su costumbre.

—La reina necesita un entorno similar al de su hogar —dijo—. En un planeta, el líquido podría ser agua, las larvas treparían al techo para preparar sus capullos. Así que le dan a este lugar el mismo aspecto y funcionan del mismo modo aunque no haya gravedad.

—Ahora eres un genio —intervino Sergeant— pero ni siquiera pensaste en ello hasta que Carlotta...

Sergeant se calló cuando Carlotta se interpuso entre él y Ender, fulminándolo con la mirada.

—Magnetismo cero —continuó Sergeant, y en un instante echó a volar hacia el capullo más próximo. Cortó el tallo diestramente con su pistola láser y luego descendió sosteniendo el capullo por el tallo tronchado.

Ender guardó el capullo en un saco expansible y lo puso en el maletín de muestras.

—Gracias —dijo.

—Ahora harás de niñera de esa cosa para que no se dañe —observó Sergeant—. Lo cual significa que no contribuirás mucho a la lucha.

—Sergeant —dijo Carlotta—, Ender aprendió mucho del cadáver de rajo destrozado que llevaste en el Cachorro; puede aprender del ADN de un capullo aplastado. Así que no hará de niñera, sino que cumplirá con su deber.

—Iba a hacer de niñera —replicó Sergeant— hasta que tú dijiste eso.

Ender palmeó su maletín de muestras. Con fuerza.

—Eh —dijo—. Andrew Delphiki, a la orden, comandante.

Sergeant no pudo contener una sonrisa.

—Tú ganas —respondió—. De acuerdo, Carlotta, ¿adónde quieres ir?

—Mi temor es que nos equivoquemos de puerta y dejemos entrar un grupo de rajos salvajes —declaró Carlotta—. Atacarían a las nuevas babosas y harían papilla a los rajos obreros si intentaran interponerse.

—Si los sedamos, creo que quedarán pegados al llegar a esta sopa bacteriana —opinó Ender—. Si no se ahogan, se disolverán.

—Causaremos el menor daño posible —dijo Sergeant—, pero no tiene sentido salir por donde vinimos, porque los raíles vuelven al punto de partida.

Carlotta estaba de acuerdo, pero aún no sabía hacia dónde ir.

—Me pregunto si el timón se encontrará en el eje, donde sería equidistante de todos los cohetes y sensores, de modo que todos los controles y conexiones tendrían la misma longitud, o en un borde, donde tendría ventanas.

—Si tiene ventanas —opinó Sergeant—, estará lo más adelante posible, para tener máxima protección respecto de la roca.

—¿Pero de qué sirven las ventanas que miran en una sola dirección? —preguntó Carlotta—. Esta nave tiene simetría circular, no hay parte inferior ni posterior, como en nuestras naves.

—¿Entonces el timón tiene ventanas en todas partes? —preguntó Ender.

—Aun en el punto más angosto, debajo de la roca, el diámetro es de casi novecientos metros —respondió Sergeant—. Es una sala de control bastante grande.

—¿Entonces nos olvidamos de las ventanas? —preguntó Ender.

—No —repuso Carlotta—. Las cinco columnas se duplican entre sí. Redundancia. Creo que hay cinco salas de control, y todas tienen controles que conducen a todas las máquinas, y todas tienen ventanas, para tener visión aunque fallen los sensores externos.

Sergeant cabeceó.

—Y las salas de control están aisladas entre sí, para que los daños que sufra una no causen pérdida de atmósfera en las demás.

—Quizá los pilotos se escondan de los rajos salvajes en una sola de las salas de control —dijo Ender.

—Entonces vamos hacia delante —propuso Sergeant—, luego buscamos salas de control en el perímetro, centradas entre los tubos.

—El mejor panorama —añadió Carlotta.

—Si las obreras fórmicas también comieran estas babosas —dijo Sergeant—, ¿habría un sistema de distribución que llegara hasta allí?

—No lo creo —opinó Ender—. La reina se queda con los huevos y le llevan el alimento. Pero las obreras cogen su comida entre un turno y otro.

—Entonces son todos corredores, sin raíles —dedujo Carlotta.

—La pregunta es cuán adelante estamos ahora —dijo Sergeant.

Buena pregunta. Habían recorrido un largo trecho por el túnel de la vagoneta.

—Mapa —ordenó Carlotta.

Un modelo tridimensional de la nave surgió a medio metro, frente a su visor. Claro que allí no había nada. Era solo una ilusión creada por el visor. El visor podía ver adonde ella miraba, y aproximó la imagen cuando ella chasqueó los labios. La alejó cuando ella chasqueó la lengua.

—Estamos más adelante que la parte trasera de la roca —dijo—. La reina está rodeada de roca, arriba y en los flancos. Cualquier cosa que tenga ventanas estará a popa de este lugar.

—Entonces pasamos junto al timón al venir hacia aquí —dedujo Sergeant, frustrado.

—Es bueno saber lo que aprendimos aquí —añadió Carlotta—. La reina muerta,

la función de los rajos, todo esto.

—Y estábamos en un túnel —añadió Ender—. Solo podemos ir a donde nos conduce el túnel.

Sergeant, sin responder, encabezó la marcha hacia una de las cinco puertas del perímetro.

—¿Por qué escogiste esta? —preguntó Carlotta.

—Ta te ti, suerte para ti —repuso Sergeant.

En la puerta, volvieron a encontrar la nube de desechos y un par de feroces rajos. Un disparo de gas, y Carlotta volvió a cerrar la puerta. En la próxima puerta fue igual, y esta vez Sergeant la atravesó, cerraron la puerta y se abrieron paso con la niebla por un pasaje que conducía a popa: abajo, tal como los corredores estaban orientados para los fórmicos; a la derecha, tal como ellos estaban orientados mientras caminaban a lo largo de la pared del túnel ancho y bajo para permanecer erguidos.

En el pasaje flotaban restos orgánicos de rajos salvajes.

—¿Qué encuentran para comer? —preguntó Carlotta.

—Todos los restos son pedazos de rajo —repuso Ender—. Se comen entre sí.

—Algo tiene que llevar nutrientes al sistema —dijo Sergeant desdeñosamente.

—Alguien está vaciando la despensa —añadió Ender—. Había cinco rampas que conducían de la tarima de la reina a cinco puertas que eran estaciones de vagoneta. Pero la única que tenía babosas activas era aquella por donde entramos. Pero eso no significa que el sistema esté distribuyendo babosas en los cinco vagones. Los rajos salvajes podrían estar comiendo cuatro quintos del suministro de comida en el comienzo de las vías.

—Apuesto a que las babosas vienen del ecotat —dijo Carlotta—. Allí es donde comienza la recolección. Pero las babosas no tienen esqueleto para flotar en los túneles.

—Todo se aclarará oportunamente. Por ahora concentrémonos en nuestra tarea —sugirió Sergeant.

En ese momento estaban en un nivel que, según el mapa de Carlotta, estaría a popa de la intersección entre la roca y el casco.

—Si hay ventanas, podrían comenzar aquí.

—Máxima protección —dijo Sergeant—. Probemos suerte en este nivel.

Rociaron el corredor con niebla e iniciaron el recorrido. Había puertas pero todas conducían al interior, hacia el eje.

—Quizá nos equivocamos y la sala de control está en el eje —opinó Carlotta.

—Echemos un vistazo —propuso Sergeant.

Ocuparon sus posiciones habituales en la puerta, y Carlotta la abrió.

Parecía que todos los rajos de la nave se le hubieran venido encima. Carlotta fue lanzada hacia la pared opuesta. Sergeant y Ender gatillaron los pulverizadores sin

cesar pero los rajos tardaron varios segundos en caer aletargados, y en ese tiempo dos clavaron sus pinzas bajo el visor de Carlotta. Si hubieran entendido la anatomía humana, podrían haberle cercenado la carótida, pero en cambio buscaron el lugar blando debajo de la mandíbula. El dolor era lacerante.

Carlotta trató de alejarse a rastra, pero algo le había agarrado la pierna y no la soltaba.

Sergeant. Era Sergeant, que la sostenía. Todos los rajos que habían salido de esa cámara estaban inertes, flotando y rebotando con la fuerza de su ímpetu original. Ender aún rociaba la habitación con niebla. No salía nada.

—Qué estropicio —murmuró Sergeant—. ¿Quién hubiera dicho que esta chica tenía tanta sangre en su interior?

Parafraseando a Macbeth. Trataba de distraerla. O de lidiar con su propio miedo. Ella intentó quitarse el casco pero Sergeant se le adelantó, tironeando un poco cuando se le atascó a la altura de las orejas. A Carlotta le habría dolido si no le estuvieran golpeando la mandíbula con un martillo.

En un minuto, él le había puesto una almohadilla coagulante y la anestesia empezaba a surtir efecto.

—¿Aún puedes usar la lengua? —preguntó Sergeant—. ¿Puedes hablar?

Carlotta lo intentó. La anestesia le insensibilizaba un poco la lengua, pero podía moverla.

—Puedo hablar —respondió.

—Mascullas un poco pero está bien; las conexiones funcionan.

—Bastardos rajos rajantes —dijo Carlotta, o intentó decir.

—Gracioso —repuso Sergeant.

Así que le había entendido. O al menos había entendido su intención.

—¿Misión cancelada? —preguntó ella.

—¿Estás loca? —dijo Sergeant—. Veamos cómo estás dentro de un minuto, cuando los medicamentos surtan más efecto. ¿Dónde está tu estúpido hermano?

Frente a mí, quiso decirle ella, pero no tenía sentido insultarlo cuando él estaba cuidando sus heridas.

En ese momento Ender regresó.

—¿Cómo se encuentra?

—Solo una herida en la carne, bajo la mandíbula. La garganta está intacta, y los medicamentos la habrán curado en un par de horas.

—Ojalá supiera cuánto duran los sedantes —dijo Ender.

—¿Qué hacías ahí dentro? —preguntó Sergeant.

Carlotta comprendió que Ender había entrado en la cámara de donde habían salido los rajos.

—Es una cámara de reproducción. Estaban protegiendo su prole.

—¿Alguna reina? —inquirió Sergeant.

—En realidad parecen focas... las madres rodeadas por sus cachorros. Una habitación enorme.

—¿Para qué era la habitación? —preguntó Carlotta. Sonó como un borbotón de consonantes y vocales, pero aun así sus geniales hermanos le entendieron.

—Creo que es el centro de control —repuso Ender—. Todos los circuitos pasan por allí. Hay conductos por doquier, llenos de cables y alambres, y muchas puertas de mantenimiento.

—¿Los rajos han causado algún daño? —indagó Sergeant.

—Ninguna puerta estaba abierta —respondió Ender—. Yo cerré las que abrí. Los rajos no son tan listos como para abrir puertas de mantenimiento.

—Quizá fueron programados para no abrir puertas —opinó Sergeant.

—Pero supieron juntarse ante la que abrimos nosotros —dijo Ender.

—Nos oyeron llegar —añadió Carlotta.

—Probablemente —convino Sergeant—. Un ataque contra los cachorros y las mamás. Tenían que deshacerse de nosotros.

—Es seguro que el piloto no está allí —manifestó Ender.

—¿Y el timón no estaba? —preguntó Sergeant.

Ender no se molestó en responder.

Carlotta pensó: ¿Qué, crees que los rajos tropezaron con los controles y pusieron la nave en órbita por casualidad?

Pero luego se dijo: Quizás hubiera una rutina automática en la maquinaria, de modo que un tropezón con un control podía surtir ese efecto. Más aún, ¿y si no había piloto, solo un programa orbital automático?

No, no había ordenadores. Las reinas no tenían ordenadores. Todo era biológico, mecánico y eléctrico, pero no electrónico. Cuando las reinas querían que algo funcionara automáticamente, creaban una forma de vida para ello.

Se le había despejado la cabeza. Había superado el estado de shock. Habían sido quince minutos. Podía sentir que las lesiones de su piel y sus glándulas salivares se estaban sanando. Estiró la mano hacia el casco.

Sergeant intentó contenerla, pero solo un instante.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Claro —respondió ella. Se puso el casco, y recibió un informe sobre el progreso de su curación.

—Buen trabajo de emergencia, Sergeant. —Era la voz del Gigante—. Buen reconocimiento, Ender. Carlotta, eres dura de pelar.

—Ojalá —dijo ella.

—Vamos antes de que se despierten —propuso Sergeant—. Aún creo que este puede ser el nivel donde está el timón. Si todos los controles pasan por el eje, tienen

que venir de alguna parte y conducir a alguna parte. Quizá sea este nivel.

Pero no lo era. Era en el próximo nivel de popa, al que llegaron una hora después. También aprendieron que el efecto de la mezcla sedante duraba más de una hora, porque ningún rajo se despertó. Por lo que sabían, quizá la niebla fuera letal y no despertaran nunca.

Carlotta era capaz de reconocer la puerta de una sala de control. Estaba en el piso bajo sus pies, y era excepcionalmente ancha y alta. La puerta tenía ventana, y había luz del otro lado. Una luz brillante. Luz solar. Estaban en el lado de la nave que daba hacia el sol.

—No es aquí —dijo—. Tiene que haber un modo de tapar la luz solar cuando entra por las ventanas, y no está tapada. Pero será una sala como esta, un poco más lejos.

Tardaron un rato en recorrer la nave. Rociaban los corredores al avanzar, porque había desechos, aunque muchos menos. Y luego Carlotta reparó en algo y les pidió que se detuvieran.

—Este sedante también surtirá efecto en los pilotos. Tienen que estar biológicamente emparentados con los fórmicos, aunque no sean fórmicos. Tenemos que esperar a que se disipe la niebla antes de abrir una puerta.

—El sistema de ventilación es lento —comentó Ender.

—Quizá convenga que reciban una pequeña dosis de sedante —propuso Sergeant—. No un chorro pleno, sino lo que se filtre del corredor.

—No les gustará —opinó Carlotta.

—Si están dormidos, no les importará —replicó Sergeant.

—Y nos dará la oportunidad de mirarlos sin que ellos nos miren —añadió Ender.

—Y sin que saquen la nave de órbita y obliguen al Gigante a seguirnos —dijo Sergeant.

Carlotta admitió que tenían razón, pero aun así no le gustaba. Abrieron la próxima puerta, a una quinta parte del recorrido alrededor de la nave, y la luz del sol no era tan directa. Un timón, en efecto, con varios asientos con forma de fórmico y paneles de control. Muchos medidores y pantallas que consistían en filas de luces. Y asientos frente a las ventanas, para apostar observadores.

Pero no había un alma en la sala. Ni siquiera un cadáver.

—Al menos, queda demostrado el concepto —añadió Sergeant—. Ahora sabemos que las salas de pilotaje están dispuestas simétricamente alrededor del casco, y no escondidas en el eje.

—Y sabemos que los fórmicos querían mirar, no solo recibir los datos de la Reina Colmena —dijo Ender.

—O así era como ella recibía los datos —matizó Carlotta.

—Es posible —concedió Sergeant—. Observadores en todas las salas de pilotaje,

pero pilotos en una sola.

—Vamos a encontrarla —propuso ella.

A Sergeant no pareció importarle que fuera Carlotta quien diera la orden. Él encabezó la marcha por el corredor. No necesitaban rociar más. La niebla que habían arrojado originalmente aún se difundía por el corredor a toda la nave. En una concentración más pequeña, no era tan rápida. Aún había rajos que agitaban las patas y las mandíbulas. Pero Sergeant y Ender no echaron más. Estos rajos no trataban de atacar, sino de permanecer despiertos. Y no lo lograban.

La tercera sala estaba oscura. El lado nocturno. Pero cuando Carlotta apuntó su linterna a la puerta, observó que el metal estaba lustroso cerca de los umbrales inferiores. La puerta se había usado mucho en años recientes.

Se pusieron en posición. Carlotta se alejó del lugar donde la puerta se abriría (había aprendido la lección) y movió la palanca. La puerta se abrió.

No salió nada. Dentro no se oía el menor sonido.

Sergeant entró y bajó flotando hacia las ventanas, barriendo la sala con la luz del casco.

—Ningún movimiento —dijo en voz baja—. Pero hay una fuente de calor.

Carlotta bajó a la sala.

Ender vaciló en la entrada.

—¿Vigilo aquí? —preguntó.

—Entra y cierra la puerta —le ordenó Sergeant—. Quizás hayamos encontrado a nuestros pilotos.

Carlotta se dirigió a la pared con ventanas y siguió a Sergeant mientras él caminaba hacia el puesto de control del timón.

Pequeñas formas inmóviles con colores iridiscentes se aferraban al tablero de mandos. Eran más pequeñas que Carlotta, la mitad de su talla, pero más largas que los rajos. Tenían alas, de ahí la iridiscencia. Sin pinzas. Los dos brazos delanteros de cada lado parecían estar fusionados, y se separaban solo cerca de la punta. Pero la Y formada por las puntas de los pies podía manipular palancas y controles. Y las mandíbulas eran de fórmico, y también podían manipular objetos.

Los ojos no estaban situados normalmente. Se hallaban en la parte superior de la cabeza, no sobre tallos, pero tampoco insertados en el cráneo. Se movían siguiendo a los tres niños que se acercaban.

—¿Qué son? —preguntó Carlotta en voz baja—. ¿Las reinas crearon criaturas destinadas a pilotar?

—No lo creo —murmuró Ender—. Mira qué delgados son. Y parecen débiles. Y las patas traseras tienen garfios. Y tienen ojos en la parte superior de la cabeza. No fueron diseñados para pilotar.

—¿Para qué, entonces? —preguntó Sergeant.

—No fueron diseñados —respondió Ender—. Salvo por la evolución.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque están hechos para adherirse a algo. Esos garfios traseros no son para caminar. Y parece que las alas funcionan. Vuelan... por eso son tan delgadas.

—Pero tienen cabeza grande —dijo Carlotta.

—¿Son inteligentes? —preguntó Sergeant.

—Bastante —repuso Ender—. Lo suficiente para poner una nave en órbita.

—¿Y para entender lo que decimos? —inquirió Sergeant.

—Quizá, si tuvieran oídos —respondió Ender—. Pero los fórmicos no tienen órganos de audición, solo perciben vibraciones. Saben que emitimos ruidos, pero no saben por qué.

—¿Fórmicos? —preguntó Sergeant—. ¿Estos son fórmicos?

—Seguro —aseveró Ender.

—¿Por qué no murieron cuando murió la reina? —preguntó Carlotta.

—Una pregunta interesante —dijo Ender—. Quizá no reaccionen como las obreras. Quizá, cuando muere una reina, ellos permanecen con vida para adherirse a la sucesora.

—¿Adherirse? —inquirió Carlotta—. ¿Son parásitos?

—Parásitos útiles —afirmó Ender—. Creo que estos son los machos fórmicos. Se pasan la vida adheridos a la Reina Colmena. Así ella puede aprovechar sus genes cuando es necesario.

—Pero ella era enorme —opinó Carlotta.

—Dimorfismo sexual —añadió Sergeant.

—Esperad —dijo Ender—. Creo que no conviene acercarse más. Ese está por echar a volar.

Carlotta también lo notó. Estaba extendiendo las alas, y erguía los ojos.

—¿Hay alguna esperanza de comunicarse con ellos? —preguntó.

—Espero que estemos comunicando que no somos una amenaza —dijo Ender—. No los señaléis con la mano. Bajad las escopetas.

—No —objetó Sergeant.

—Tienes razón —admitió Ender—. Pero vosotros dos retroceded, ¿sí? Dejad que yo entre solo y desarmado.

Carlotta accedió de inmediato; un momento después, Sergeant llegó a la misma conclusión. Ender empujó su escopeta, que flotó lentamente hacia Sergeant. Se quitó el casco y lo lanzó hacia Carlotta. Luego rodó sobre su espalda.

Carlotta comprendió que había puesto los ojos hacia arriba, como los fórmicos. Atajó el casco y lo sostuvo.

Ender mantenía los brazos a los costados mientras flotaba hacia el tablero de mandos donde aguardaban los fórmicos. Carlotta comprendió que usaba los brazos

como alas, y los mostraba plegados contra el cuerpo. Imitaba la postura de ellos. ¿Era así como los fórmicos expresaban sumisión? ¿Ellos se sometían a nosotros, y ahora Ender se somete a ellos?

Cuando Ender se acercó, los fórmicos comenzaron a moverse. Eran muy pequeños. Enganchados a diversos controles (controles que no estaban diseñados para que los usaran ellos, como Carlotta comprobaba ahora), tres de los cinco extendieron las extremidades hacia la cabeza de Ender.

Carlotta oyó el jadeo de Sergeant.

—No te entrometas. —La voz del Gigante se oyó como un murmullo por los cascos—. Es un riesgo que tiene que correr.

Carlotta no pudo menos que admirar la quietud de Ender mientras los machos fórmicos le tocaban la cabeza y lo detenían. Esas pinzas con forma de Y, las bocas tan cerca de la cara. El dolor residual de su mandíbula le recordaba que era peligroso permitir que unos alienígenas se te acercaran a la cabeza.

Los tres fórmicos que lo sostenían bajaron la boca hacia la cabeza de Ender. Los otros dos parecían vigilar.

Apretaron la punta de la mandíbula contra la cabeza de Ender.

Ender soltó un gemido, casi un grito.

Sergeant se puso en movimiento.

—No —ordenó el Gigante.

Carlotta aferró a Sergeant y lo hizo retroceder hasta que las botas magnéticas volvieron a adherirse al piso.

Ender suspiró de nuevo. Y de nuevo. Luego habló en un susurro urgente.

—No los lastiméis —dijo—. Me están mostrando.

—¿Mostrando qué? —preguntó Carlotta, tratando de no alzar la voz, de no demostrar su miedo. ¿Quién sabía cómo interpretaban los fórmicos los sonidos que lograban percibir?

—Todo —respondió Ender—. Cómo han vivido desde que murió la reina.

Zánganos y obreras

Ender nunca había experimentado semejante pérdida de control de su propia mente. Aun en una pesadilla, cuando nada sucede como uno quiere, las imágenes vienen de alguna parte. Uno sabe lo que está viendo.

Pero las imágenes que empezaron a cruzarle la mente en cuanto lo tocaron los machos fórmicos eran caóticas y extrañas. A veces ni siquiera sabía lo que veía.

¡Más despacio! Tenía la sensación de que su mente les gritaba, pero ellos no reaccionaban. Entrevió escenas diversas. La Reina Colmena con vida. Los pequeños machos volando en torno a ella, y aterrizando sobre ella. La reina ahuyentaba a algunos, pero ayudaba a otros a acomodarse mientras se adherían. Imágenes de la reina llevando babosas a la boca de los machos con sus propias manos.

Ender lo experimentaba como si él mismo se alimentara de babosas. Las olía, veía que se meneaban, y parecían deliciosas. Se le hacía agua la boca. Estaba famélico.

En cuanto algo empezaba a tener sentido, sin embargo, la imagen cambiaba. ¿Ellos sabían que había entendido y seguían adelante? Si comprendían que él los entendía, ¿por qué no accedían a su pedido de ir más despacio?

Porque lo estás expresando en palabras, idiota.

Ender trató de visualizar a alguien que se movía despacio, pero las imágenes de ellos predominaban sobre las suyas. Luego, desesperado por comunicarse, trató de sentirse cansado. Como lerdo, con los párpados pesados.

Sintió la punzada de una emoción fuerte que lo habría desesperado si hubiera estado adormilado. La emoción no era furia sino vigilancia. Le enviaban lo que querían hacerle sentir.

Dominaban inequívocamente ese intercambio.

Intentó otra cosa. Tomó una imagen que ellos le daban (esta vez parecían ser rajos que rebotaban en un corredor) y trató de inmovilizarla. Quietos. Esperad.

Le enviaron la imagen de nuevo, y de nuevo la inmovilizó. La examinó.

Y esta vez entendieron. La imagen siguiente no vino como recuerdo puro en movimiento, sino como un momento petrificado.

No es que no tengan lenguaje, pensó Ender. Pueden barbotar, pueden dejarse llevar por las emociones, pueden ralentizar y hablar metódicamente. Las imágenes no son aleatorias. No estoy recibiendo una descarga de memoria completa. Envían imágenes, pero también deseos y reacciones. Y notan lo que estoy haciendo en mi propia mente, y responden a eso.

Quizás este tipo de comunicación tuviera su gramática, y él hablaba con el equivalente de un acento extranjero. No importaba, mientras le hablaran despacio.

Ahora vio la imagen de una Reina Colmena, alta y majestuosa, sintió la devoción

que ellos sentían, y también el hambre. Necesitaban estar cerca de ella.

Estaba cubierta de zánganos. Si Ender no la hubiera visto sin los machos, habría pensado que los lomos de ellos eran el vientre de la reina, pues la cubrían por completo.

Luego sintió que se transformaba en uno de los zánganos. De nuevo la imagen de ella alimentándolo, pero cuando la Reina Colmena le llevó una babosa a la boca, la soltó. La babosa quedó fuera de su alcance.

El mundo parecía oscilar; la que oscilaba era la Reina Colmena. Luego ella se recostó, encorvándose dentro del círculo de su zona exclusiva. Mientras se echaba hacia abajo, la reina procuraba no aplastar a ningún macho. Los protegía, amándolos hasta el final.

Entonces Ender sintió que algo vital se extinguía en su mente. Comprendió que la calidez y la luz que había experimentado siendo un zángano era la mente de la Reina Colmena. Y ahora había desaparecido.

Los machos se desprendieron, uno por uno. Siendo uno de ellos, Ender comprendió que era hora de buscar una nueva reina. Ella no los había devorado, así que eran muy valorados y se les permitía ayudar a una nueva reina a sembrar la colmena.

Se elevaron en el aire y volaron. Los rodeaba la presión constante de las babosas y los rajos que subían por las rampas.

Pero había algo más. Obreras fórmicas, debilitándose. A diferencia de la reina, no bajaban al suelo. Flotaban a la deriva, subían, caían, impulsadas por los remolinos de aire de la cámara de la Reina Colmena.

Estas imágenes de fórmicas moribundas le llegaban como fotos fijas, una tras otra: no era igual que cuando él era un zángano adherido, ahora era un zángano volador.

No había reina. Solo obreras fórmicas: todas agonizando. Todas muertas.

Los zánganos volaban en círculos, exploraban. Ender comprendió que todos ellos se enviaban imágenes. Era una cacofonía visual, casi ininteligible. Pero ellos eran diestros para filtrarlas.

Ender entendió que el caos que había sentido antes se debía a que cada zángano enviaba su propia versión del mensaje y sus recuerdos a la mente de Ender al mismo tiempo. Él no había tenido la presencia de ánimo para rechazar ninguna. Ender comprendió que, cuando las cosas empezaron a transcurrir con más lentitud, era porque habían designado a uno de ellos para hablar en nombre de todos. Ahora un solo zángano le proyectaba imágenes en la mente. Pero como había experimentado la busca desesperada de una nueva reina, mientras cada zángano proyectaba imágenes en la mente de los demás, eso era lo que enviaba a Ender.

De nuevo Ender trató de detener la imagen, pero el zángano siguió adelante. Tuvo

una sensación de pérdida, de vacuidad. No era solo la muerte de la reina. Los zánganos tenían imágenes de cada parte de la nave, y Ender reconoció muchas de ellas. Pero cada visión tenía un final abrupto; quedó momentáneamente ciego.

Comprendió lo que decían en su lenguaje visual. Los zánganos habían participado en la conexión de la reina con todas las obreras fórmicas. Eran las mentes más entrelazadas con la de ella, y la reina compartía todo con los zánganos.

Entendían la nave. Estaban habituados a observar cualquier parte de la nave en todo momento. Cuando ella muriese, podrían seguir en contacto con las obreras. Pero estas murieron con la reina. Lo único que les quedaba a los zánganos era la visión de los demás, y como todos estaban en la misma sala, todos veían lo mismo. La reina muerta. Rajos arreando a las babosas rampa arriba. Obreras muertas.

Fueron a una puerta. Nunca habían abierto una con sus propias patas. Pero todos tenían el recuerdo de estar dentro de la mente de una obrera cuando ella abría la puerta. Sabían dónde estaba la palanca y lo que se sentía al moverla. Solo que era dura. La mano del zángano patinó dos veces sobre la palanca, y para Ender, como en una pesadilla, fue como si hubiera patinado su propia mano.

Pero al fin abrieron la puerta y salieron. Uno de ellos se detuvo para cerrar. Ender fue ese zángano por un instante; luego fue otro.

Todos tenían el mismo destino: el timón. Ender sabía cómo percibían ese lugar. Era el trabajo más vital de toda la colonia. Al margen de lo que hiciera la reina en cada momento, algún zángano siempre miraba por los ojos de la obrera que estaba sentada al timón, observando sus decisiones, sus actos. Siempre había un zángano que participaba en la conducción de la nave, en la salud de la nave.

Ender reparó en algo y tiritó. Así como los zánganos tenían su mente autónoma, independiente de la mente de la reina aunque estuvieran estrechamente ligados, la obrera fórmica de los controles también tenía su mente autónoma, su propia voluntad. Ella pilotaba la nave. La Reina Colmena había impartido una orden (una imagen de lo que quería) pero la obrera realizaba la tarea por su cuenta. Entendía la tarea. Los zánganos no la controlaban; estaban dentro de su mente y observaban, y a veces hacían sugerencias, pero era ella quien lo hacía.

Las obreras fórmicas no eran meras extensiones de la mente de la reina. La potente mente de la reina prevalecía, y no tenían más opción que obedecer. Y cuando la Reina Colmena no prestaba atención a la piloto fórmica, algún zángano vigilaba.

¿Por qué? Porque la Reina Colmena lo deseaba.

¿Y por qué lo deseaba? ¿Qué temía que ocurriera si ellos no vigilaban?

Ender no tenía manera de expresar la pregunta. Solo podía adivinar. Si las obreras fórmicas tenían mente propia, quizás hubiera algunos individuos que podían resistir el poder de la mente de la reina. Quizás hubiera obreras libres.

Al pensar en obreras libres, comprendió que las obreras que obedecían sin chistar

a la reina eran esclavas. Eran sus hijas, pero ella se negaba a permitir que pensarán por su cuenta.

Aun así, la obrera había pilotado una nave estelar. No entendía los aspectos astrofísicos y matemáticos, pero entendía los planes y las órdenes de la reina, y los llevaba a cabo usando su propia mente, sus propias aptitudes, sus propios hábitos y experiencias.

Los malinterpretamos por completo, pensó Ender. Creíamos que la Reina Colmena era la mente de toda la colonia. Pero no lo era. Tenían voluntad propia, como los humanos, si bien ella tenía el poder para imponerles obediencia. Y cuando ella no vigilaba, vigilaban los zánganos.

Los zánganos también tenían mente propia, más poderosa que la mente de las obreras fórmicas. Tenían una capacidad de conexión mental que ni siquiera la Reina Colmena poseía.

¿Cómo lo supo Ender? Porque los zánganos lo sabían y estaban orgullosos de ello. Porque observaban mientras él pensaba estas cosas, las interpretaban y las respondían.

Luego Ender ya no intentaba gritarles con la mente. Ahora comprendía las cosas sin palabras, o con meros fragmentos de oraciones que no estaban aisladas; imágenes y sentimientos le cruzaban la mente, y se preguntó si así pensábamos todos. La mente profunda, la mente que es más antigua que el lenguaje (una mente similar a la mente de la Reina Colmena): los humanos la tenían. El lenguaje era un estrato posterior, tan estentóreo que habitualmente silenciaba todos los demás pensamientos de la mente humana.

Cuando pienso sobre el pensamiento, mis pensamientos se convierten en palabras. Es el lenguaje que me habla. Pero el lenguaje vino del exterior. Yo creo controlarlo, pero me controla a mí. Como la Reina Colmena en la mente de los zánganos, el lenguaje pasa a formar parte del ruido de fondo, del aire que respiro, de la gravedad; siempre está ahí.

Hasta que se va.

El lenguaje actúa en la mente humana tal como la Reina Colmena actúa en la mente de los otros fórmicos. Nos moldea sin que sepamos que nos está moldeando. Cuando la reina proyectaba un deseo en la mente de una obrera, la obrera lo sentía como propio. De la misma manera, las mil voces del lenguaje configuraban los pensamientos de Ender, sin que él fuera consciente de que el lenguaje lo modelaba. Solo cuando el lenguaje enmudecía y luego regresaba, él era consciente de lo que hacía al regresar.

Pero no había ninguna sutileza en el control que la Reina Colmena ejercía sobre sus hijas obreras. Era imperiosa. Ellas eran devoradas. Y aun cuando solo los zánganos vigilaban la mente de una obrera, prevalecían sobre ella. En cierto sentido,

los zánganos tenían una presencia más fuerte en la mente de las obreras, pues consagraban toda su atención a la tarea inmediata.

Cuando las obreras murieron, los zánganos quedaron solos. Habían perdido a la reina. A diferencia de las obreras, ellos no la vivían como una fuerza sofocante, sino como un ser luminoso, un ángel en la mente. Ella los amaba, y ellos no lo olvidaban ni por un instante. Pero además de perder a la reina, habían perdido a las obreras. Habían perdido la visión de toda la nave.

Por eso fueron al timón. Era la tarea más importante. Ya no podían ver lo que sucedía. Pero tenían que ver, y como no había ninguna reina hija a la cual adherirse, para restaurar la red de visiones, los zánganos fueron al timón por su cuenta.

Una vez allí (es decir aquí, comprendió Ender) sacaron los cuerpos de las obreras de sus asientos y los dejaron flotar. Los zánganos recordaban todas las tareas que las obreras realizaban mientras los zánganos estaban en la mente de ellas, y llevaron a cabo esas tareas. Vigilar los instrumentos. Mirar por las ventanas.

Seguían vigilando. Monitoreando. Porque era menester realizar esa tarea. No se preguntaban si tenía sentido realizarla, sin una reina que repoblara la nave de obreras. Hacían lo que había que hacer, mientras tuvieran la capacidad de hacerlo.

Al principio intentaron hacer el mantenimiento, pero pronto desistieron, pues los rajos que debían realizar el trabajo de limpieza estaban volviéndose salvajes. Su tarea consistía en comer todo lo que estuviera derramado o muerto en los corredores. Cuando murieron la reina y sus obreras, se dieron un atracón de fórmicos muertos en toda la nave. Era su trabajo. Los zánganos incluso les permitieron entrar en el timón para que despedazaran y consumieran los cuerpos de las obreras.

Con el exceso de alimento, la población de rajos proliferó; cuando terminaron de devorar a todos los fórmicos muertos que pudieron encontrar, los rajos seguían allí.

Tenían una misión inscrita en los genes: eran pastores y carroñeros. También estaban entrenados para defecar únicamente en el ecotat (al aire libre, en la naturaleza, en la perspectiva de ellos). Cuando terminaron de consumir a los fórmicos muertos, descubrieron que su población se había expandido con demasiada celeridad. No había comida suficiente. Se estaban muriendo de hambre.

La Reina Colmena nunca habría permitido semejante cosa: su mente tenía tanto poder que cuando se concentraba en los rajos podía matar a los sobrantes con solo fijarse en ellos.

Pero aunque los zánganos podían escudriñar la mente de los rajos, no tenían el poder destructivo de una reina. Y los rajos eran tan estúpidos que los zánganos no podían controlarlos. Los rajos no podían recibir y recordar una orden.

Y así los rajos se volvieron salvajes. Mejor dicho, solo algunos se volvieron salvajes, pero al cabo de varias generaciones, los salvajes eran los únicos que aún se reproducían en los corredores de la nave.

Los zánganos comprendieron lo que sucedía a tiempo para cerrar la cámara de la reina y la sala de pilotaje. También cerraron las puertas que conducían «afuera», al ecotat.

Esto desquició a los rajos. Al no contar con una provisión de cadáveres y no tener acceso a las babosas, enloquecieron, y empezaron a devorarse entre sí, a comer a sus parejas, a su propia prole.

Pero en su frenesí irrumpieron en cuatro de los tubos destinados a las vagonetas. Los rajos que estaban dentro del ecotat juntaban babosas y las cargaban en las vagonetas, pero en realidad alimentaban a los rajos salvajes. Solo una vagoneta seguía llevando babosas innecesarias al cubil de la reina. Los rajos lo permitían porque recibían abundante comida de las otras cuatro. Sus mentes diminutas no pensaron en buscar más.

Ender percibía todo esto a través de las visiones y sentimientos que le proyectaban en la mente. Libraba una lucha constante por entender lo que veía, pero nunca perdía de vista la vehemencia con que le «hablaban» los zánganos a través de su delegado.

Sabían quién era él. Es decir, sabían quiénes eran los humanos. Recordaban la pesadumbre de la Reina Colmena cuando experimentó la pérdida de las otras reinas, cuando la flota humana arrasó el mundo natal de los fórmicos siglos atrás. Ender no sabía si eso significaba que estos mismos zánganos estaban vivos en aquella época, o solo experimentaban los vívidos recuerdos que la reina tenía de la tragedia. Quizá los zánganos mismos no lo supieran.

Lo importante era que los zánganos necesitaban algo de los humanos que habían ido a su nave.

Al fin comprendió lo que querían. Danos la Reina Colmena.

¿Qué Reina Colmena? Expresó la pregunta pensando en una reina y luego adoptando una actitud inquisitiva. No dio resultado. En realidad, era el mismo mensaje que le enviaban ellos. ¿Dónde está ella?

Probó de otra manera. Proyectó una imagen de sus hermanos y de él, y mostró que ellos también buscaban a la reina. Los mostró explorando la Heródoto sin encontrar nada. Esperaba que entendieran el mensaje: nosotros no tenemos reina.

En respuesta, recibió una nítida imagen en la mente. Un joven bajo el cielo abierto de un planeta, llevando un capullo como el que Ender tenía en su maletín de muestras.

—Quieren un capullo —dijo Ender—. Traed el capullo que conseguimos y dádselos.

Los zánganos lo soltaron y su mente regresó. No, su mente siempre había estado allí. Solo había perdido el control hasta que los zánganos lo liberaron. Se sentía pequeño y vacío. Nunca se había sentido como un niño, pues su vida giraba en torno

a niños del mismo tamaño, y del Gigante, que no era comparable con nada. Ahora Ender conocía la soledad de estar encerrado en la propia mente, cuando la única compañía era la prepotencia del lenguaje.

Ender abrió los ojos y maniobró para mirar mientras Carlotta abría el maletín y sacaba el capullo.

Los zánganos volaron hacia el capullo, lo cogieron, lo llevaron al centro de la sala, se apretaron contra él.

Al cabo de un rato, lo soltaron y volaron juntos hacia un rincón, donde formaron un enjambre, pero no del modo normal. Se chocaban entre sí, con tanta rudeza que magullaría a un humano. Golpes y más golpes.

Ender comprendió: están de duelo. Están muy tristes.

El capullo seguía flotando. Ender se acercó, lo agarró, lo volvió a guardar en el maletín.

En cuanto cerró el maletín, un zángano regresó hacia él, volando tan deprisa que Ender pensó que lo atacaba. Llegó a ver que Sergeant, siempre alerta, apuntaba la niebla hacia el zángano, pero Ender ni siquiera tuvo que decirle que no. Carlotta estiró una mano para contenerlo.

El zángano aterrizó y estableció contacto. Un nuevo caudal de imágenes cruzó la mente de Ender, mas ahora no eran confusas. El zángano comunicaba angustia y hambre, pero no estaba furioso. Tampoco lo estaban los demás zánganos, pues Ender notó que participaban en el mensaje.

El capullo que les había ofrecido Ender estaba vacío. Muerto. Era solo uno de los capullos de la cámara de la Reina Colmena, y todos habían muerto con la reina.

Pero ellos sabían que existía una reina viva que nunca había estado en la nave. La necesitaban ahora. Un humano la tenía, e incluso podían mostrarle a Ender su rostro, pero Ender ignoraba quién era.

Le mostraron el interior del ecotat, todas las plantas, los pequeños animales. Árboles, insectos, hierbas, flores, raíces, trepadoras, enredaderas, todo dentro del cilindro.

Le mostraron obreras fórmicas que cargaban plantas y animales en los grandes vehículos insectoides de aterrizaje y los lanzaban a través de la atmósfera. Los vehículos se abrían y las obreras los descargaban, plantaban cosas, reduciendo la flora y la fauna nativas a una viscosidad protoplasmática semejante al líquido hediondo del cubil de la reina.

Eso era lo que hacían en la Tierra durante la masacre de China. Transformar todas las formas de vida nativas en una sopa rica en nutrientes que luego usaban para criar plantas y animales fórmicos.

Pero en cuanto quedó claro que Ender entendía, el zángano mensajero hizo desaparecer las obreras.

Luego, otra imagen del vehículo de aterrizaje abriéndose. Esta vez no salía una obrera fórmica, sino un zángano. Pero no volaba. Reptaba por la superficie. La gravedad del planeta lo aplastaba. Se estaba muriendo.

Necesitaban una reina. No pueden vivir en la superficie de un planeta si no están adheridos a una reina.

De nuevo le mostraron al joven con el capullo, si bien esta vez el capullo se abría bajo un sol brillante en un planeta rebosante de vida, y del capullo salía una reina.

Ender borró esa imagen. No tengo una reina en capullo para daros. En cambio, trató de mostrarles imágenes de Sergeant, Carlotta y él descargando cosas, plantando cosas. Pero el zángano que lo tocaba rechazó la imagen y la borró. La reemplazó por la imagen de cientos de obreras fórmicas formando enjambres sobre la superficie del mundo, cuidando campos, acarreando cargas, construyendo cosas, y luego borró a las obreras.

Por algún motivo no podían aceptar la idea de que los humanos plantaran su flora y su fauna en el planeta.

No, no, Ender no comprendía. Estaba pensando como humano. Ellos le mostraban que todo el asunto no tenía sentido para ellos si no había una reina para poblar el mundo.

Ender estaba aprendiendo a dominar el lenguaje de imágenes, y les repitió la imagen de las obreras moribundas en el momento de la muerte de la Reina Colmena. ¿Por qué? Les hizo la pregunta con gran urgencia. ¿Por qué morían las obreras fórmicas?

Le respondieron mostrándole la reina muerta.

¿Por qué la muerte de la reina causa la muerte de las obreras?

No sabía si le entendían. Ellos volvieron a mostrarle la reina muerta.

Ender probó suerte con una yuxtaposición. Recordó a la reina muerta y los fórmicos moribundos, pero los contrastó con los enjambres de zánganos. Obreras agonizantes, zánganos vivientes, obreras agonizantes, zánganos vivientes, siempre con actitud apremiante e inquisitiva.

Los zánganos observaron estas imágenes, su pregunta, hasta que él la repitió varias veces.

El mensajero lo soltó y se retiró a un rincón mientras los demás aguardaban.

—¿Qué les dijiste? —preguntó Sergeant—. ¿Los hiciste enfadar?

—Saben que este capullo está muerto —respondió Ender—, y quieren uno vivo.

—Vaya, abracadabra —intervino Carlotta—. ¿Acaso creen que somos brujos?

—Creen que en alguna parte hay una reina viva en un capullo. Un humano la tiene. Lo vi... conocen su rostro, y es siempre el mismo rostro. Cuando vieron nuestra nave y supieron que éramos humanos, pensaron que traíamos ese capullo con nosotros. Pensaron que eso era lo que yo tenía en el maletín.

—Lamento defraudarlos —dijo Sergeant—. ¿Por qué pensaban que una reina había sobrevivido en un capullo?

Entonces los dos que tenían puesto el casco se callaron para escuchar.

—El Gigante se está riendo —observó Carlotta.

—Ponte el casco —le propuso Sergeant—. Querrás oír esto.

—Eso les indicaría que he terminado de hablar con ellos, y no es así.

Sergeant suspiró, pero Carlotta se acercó a Ender, se puso al lado. Ahora oía débilmente la voz del Gigante.

—Es el Portavoz de los Muertos —dijo el Gigante—. El Portavoz de los Muertos tiene ese capullo. Esa Reina Colmena está viva en su interior. Por eso pudo entrevistarla y escribir el libro.

Conque La Reina Colmena se basaba en la verdad, a fin de cuentas. Y estos fórmicos lo sabían porque todas las reinas estaban en contacto constante entre sí.

Pero no los zánganos, comprendió Ender. Desde que había muerto la reina, los zánganos solo tenían contacto entre ellos. Sus poderes mentales eran mucho mayores que los de las obreras, pero no igualaban la capacidad de la reina para proyectar su control mental y su contacto a través de distancias inconmensurables. Los zánganos necesitaban estar cerca.

El zángano mensajero regresó y aterrizó en su cabeza.

Ahora tenía otro mensaje. Ender vio la vida de estos zánganos en el último siglo. Antes había veinte. Solo quedaban cinco.

Ender vio la muerte de cada uno. Eran dolorosamente similares. Abrían la puerta, y mientras la mayoría de los zánganos luchaba contra los rajos atacantes, algunos echaban a volar, esquivando a los rajos. Iban al ecotat y entraban por un portal que solo ellos conocían. Los rajos salvajes no podían atravesarlo.

Dentro del ecotat, juntaban todas las babosas que podían y luego regresaban, volando lentamente, cargados con las babosas.

Al aproximarse al timón, se arrancaban un par de babosas y las arrojaban cerca de la horda de rajos que acometía contra la puerta. Los rajos se ponían a comer frenéticamente. Mientras estaban distraídos, la puerta se abría de nuevo y los zánganos entraban con las babosas restantes.

En ocasiones un rajo se daba cuenta y daba un brinco, lanzando un zarpazo. Los zánganos perecían con los siglos, uno por uno. Y a medida que quedaban menos zánganos, era más difícil combatir contra los rajos de la puerta, y más peligroso.

Interrumpieron las expediciones al ecotat. En cambio, entreabrían la puerta y la cerraban al instante. Luego luchaban contra los rajos que entraban, los mataban, los pelaban, los comían.

Pero la carne era repulsiva, y además perdían más zánganos al enzarzarse con los rajos que entraban. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se habían

animado a hacerlo. Habían ayunado. Dos zánganos habían muerto de hambre. Los demás comieron sus cuerpos. No era algo extraño entre los fórmicos, pues la reina comía los zánganos que ya no le resultaban útiles, y luego hacía que un huevo empollara un zángano y lo ponía en reemplazo del que había comido. En una palabra, los zánganos eran deliciosos.

Así era como habían sobrevivido estos cinco.

Ender metió la mano en el maletín de muestras y sacó las dos babosas que había juntado. Aún estaban vivas; Ender tenía un claro recuerdo de las imágenes de los zánganos alimentándose de babosas, así que ahora pensó en ellas como deliciosas, aunque los humanos no podían metabolizar la mitad de las proteínas de sus cuerpos ondulantes.

El zángano mensajero dejó que los demás se alimentaran primero. Los zánganos eran pequeños, y Ender notó que aun un trozo de babosa era una comida sustanciosa.

Guardaron buena parte de ambas babosas para el zángano que hablaba con el humano. Él comió último y comió mejor.

Mientras comían, Ender sintetizó lo que había aprendido.

—Creo que esa comida les salvó la vida —dijo.

—Un poco cruel para las babosas —opinó Sergeant.

—Creo que sabrían mejor con canela —añadió Carlotta.

Ender no prestó atención a las bromas. No existía el sentido del humor fórmico, y en ese momento se sentía muy fórmico.

—Para ellos no tiene sentido sembrar este planeta si no tienen una reina. Y no tenemos ninguna para darles.

—Al menos podemos conseguirles comida —dijo Sergeant—. Y domesticar a esos rajos salvajes. Más aún, podemos matarlos, si lo desean. La nave es de ellos, así que los rajos son de ellos, y si quieren matarlos, podemos sedarlos y exterminarlos. Así los zánganos ya no correrán peligro en la nave.

—Haré el ofrecimiento —afirmó Ender—. Pero sus vidas seguirán sin tener sentido.

—También las nuestras —concluyó Sergeant.

10

El Gigante se mueve

Mientras ellos estaban en el arca, Bean solo podía guardar silencio. Había ejercido el mando tantas veces en campaña que lo sacaba de quicio ser un observador mudo. El problema era que todo lo que se le ocurría a él también se le ocurría a Cincinnatus o a uno de los otros niños.

Los cascos proyectaban sus datos a un ordenador de la Heródoto y construían un modelo tridimensional de sus movimientos en la holopantalla del ordenador primario de Bean. La imagen nunca estaba completa: aquello que los cascos no habían observado quedaba en blanco. Pero sus movimientos empezaron a construir un mapa del arca. Todo muy útil.

Cuando los rajos atacaron a los niños desde su cámara de reproducción y dos de ellos metieron las pinzas bajo el visor de Carlotta, Bean estuvo a punto de morir. Su corazón bombeó con esfuerzo y luego se quedó ominosamente quieto. Se activaron un par de alarmas. Bean sospechó que el dolor lacerante que sentía en el hombro y el brazo izquierdos era un presagio del fin.

Pero automáticamente se inyectaron drogas en sus venas, y su pulso volvió a la normalidad.

Sería irónico que los rajos me mataran a mí solo por no poder dejar de mirar a los niños.

Tenía miedo por ellos; estaba orgulloso de ellos. En cinco de sus seis años, solo habían conocido a un gigante y a sus hermanos, y no tenían idea de cuán pequeños parecían. Las palabras que pronunciaban aún lo asombraban. La hondura de su análisis, la rapidez de su pensamiento. Si yo hablaba como ellos en las calles de Rotterdam, no es de extrañar que sor Carlotta me rescatara. Mi lugar no estaba en esas calles.

Y estos niños estarían totalmente fuera de lugar en una escuela primaria de Estados Unidos, o matando tiempo en Finlandia hasta cumplir los siete. Carlotta podía obtener un diploma de ingeniera; Ender podía obtener un doctorado, pues gran parte de su trabajo calificaría para una tesis si Bean lo guiaba para que lo redactara adecuadamente. Cincinnatus podía ingresar en cualquier academia militar del mundo y ser un cadete sobresaliente, salvo por el pequeño detalle de la edad y el tamaño, y el hecho de que ningún adulto lo seguiría.

Pero los adultos habían seguido a los niños en la tercera guerra fórmica, la última. Bean había sido uno de esos niños. Había enviado hombres a la muerte y, a diferencia de Ender, lo sabía.

Pero enviar soldados voluntarios y adultos a la batalla con elevado riesgo de muerte era una cosa. Enviar niños de seis años, aunque fueran brillantes... máxime si

eran brillantes, la única esperanza de su nueva especie... Eso era inmoral.

Pero Bean los había enviado, porque sabía que debían ponerse a prueba. Cuando Bean muriese, serían responsables de una potente nave estelar y, si Bean se salía con la suya, también del arca fórmica así como de un nuevo planeta. Ahora él sabía que estaban preparados.

Pero lo enervaban las cosas que Ender informaba sobre su conversación con los zánganos. ¡Cuán pronto había aprendido a hacerse entender por un pueblo sin lenguaje! Cuánto coraje había demostrado al dejarles entrar en su mente. Pero luego le habían contado cosas imposibles. ¿Las obreras fórmicas tenían mente autónoma? ¿Las reinas las reprimían? Esto ni siquiera se insinuaba en La Reina Colmena, el libro de Ender Wiggin. O bien su hijo Ender había entendido mal, o bien la reina que su amigo Ender Wiggin llevaba de mundo en mundo en su capullo le había mentado.

¡Ender, pobre diablo! ¿Cómo te encontraron? ¿Cómo pusieron en tus manos el tesoro de su especie? ¿Y por qué aceptaste la responsabilidad? La Reina Colmena había cambiado la opinión de la mayoría de la gente, así que ahora Ender Wiggin era llamado «Ender el Xenocida» y su victoria se conocía como un nefando crimen de guerra. Ender Wiggin soportaba (mejor dicho, causaba) todo esto para hacer las paces con un pueblo que creía haber destruido por completo.

Pero cuando encontraron a Ender Wiggin, cuando él escribió La Reina Colmena, la reina con la que él hablaba estaba enterada de la existencia de esta arca. La reina que iba a bordo de la nave aún no había muerto. Pero a Ender Wiggin se le dio a entender que la única superviviente de la especie fórmica estaba en sus manos. ¿Cuántas antiguas naves colonizadoras como esta había? ¿Cuántas otras habían enviado los fórmicos durante los años en que la Flota Internacional se abría paso hasta sus mundos coloniales conocidos? Era posible que los fórmicos ya tuvieran cien mundos, y solo estuvieran esperando el momento oportuno.

Una cosa era segura: Bean tenía que hablar personalmente con esos zánganos. Tenía que saber lo que ellos sabían, pues parecían saber todo lo que sabía la reina.

O quizá no. Quizás ella solo los usara para que le ayudaran a pilotar la nave, a controlar a las obreras. Quizá les ocultara un sinfín de secretos. ¿Por qué les contaría todo? Ella mantenía una comunicación estrecha con otras reinas, pero ¿por qué lo haría con seres inferiores, con herramientas, con esclavos?

Aun así, Bean tenía que saber lo que sabían los zánganos. No porque no creyera en el informe de Ender, sino porque el niño carecía del contexto que Bean podía aportar a esa conversación mental.

El problema era que Bean no podía pretender que los zánganos fueran a él. ¿Qué abandonarían su nave? La responsabilidad por esa nave los había mantenido con vida durante un siglo después de la muerte de la reina. Aun ahora, vivían solo con la esperanza de salvar la nave, encontrando otra reina. No abandonarían la nave. ¿Qué

podía ofrecerles Bean?

Si quería averiguar la verdad sobre las Reinas Colmena, tendría que ir a ellos.

En la nave, los niños accedieron al pedido de los zánganos y decidieron eliminar a los rajos salvajes. Quedaban muchos rajos domésticos con vida en el ecotat y la cámara de la reina. Al encontrar y matar a todos los rajos salvajes, los niños volvían soportable la vida de los zánganos. Podían darse un atracón de babosas. Su deuda de gratitud con los humanos (mejor dicho, los antoninos, los leguminotes) sería considerable.

Siempre que los fórmicos pudieran sentir gratitud. ¿Acaso los zánganos también los engañaban?

Los niños tardaron un par de horas en limpiar la nave, mientras los zánganos los guiaban a cada guarida de rajos salvajes. Con esto, Bean aprendió algo más; las aptitudes mentales de los zánganos les permitían detectar la mente diminuta de los rajos. ¿De qué serían capaces las obreras individuales, si la reina las hubiera dejado en libertad? ¿Tenían aptitudes mentales comparables a las de los zánganos? ¿Podían «hablar» entre sí? ¿O la reina siempre detectaría una conversación y le pondría fin?

¿Por qué morían cuando moría la reina? ¿Por qué no morían los zánganos? En todo caso, ellos dependían más de la reina, pero echaron a volar cuando ella se acostó para morir. Solo murieron las obreras. ¿Por qué?

Tantas preguntas...

—Misión cumplida —dijo Cincinnatus—. Solicitamos permiso para regresar a la Heródoto.

Bean hubiera querido decir: Sí, muy bien hecho, ven a mis brazos, mi brillante niño. Pero necesitaba más información si quería hacer lo que debía hacer antes de morir.

—¿Estáis muy cansados? —preguntó—. Ha sido un largo día.

Cincinnatus consultó a los otros.

—Cansados, sí, pero... ¿Qué tienes en mente?

—Dos cosas —respondió Bean—. Las muestras de Ender. Necesita obtener muestras de los zánganos. Suficientes para analizar su genoma y compararlo con el genoma del capullo muerto. Así podremos comparar el macho con la hembra, el zángano con la obrera.

—Quieres saber por qué los zánganos no murieron —afirmó Ender.

—Quizá fuera una enfermedad que solo afectaba a las hembras. Pero en tal caso, ¿por qué las obreras no murieron hasta que murió la reina, y luego todas de golpe?

—Quizá ya estuvieran muriendo —dijo Ender—. Eso estaba fuera de la perspectiva de lo que ellos me contaron.

—Pero los zánganos no murieron —observó Bean.

—Trataré de hacer una biopsia en alguna parte del cuerpo que contenga su

genoma. Quizá guarden alguna reliquia de los muertos.

—¿Los que se comieron?

—Cada especie tiene sus reglas —dijo Carlotta, casi reflexivamente.

—Y tú también, Carlotta —señaló Bean.

—No tendrías que haber hablado —opinó Cincinnatus.

—Ya tenía planeado esto —declaró Bean—. Mientras Ender consigue sus muestras, Carlotta, necesito que pienses en un modo de llevarme al ecotat.

Los niños callaron.

—No —dijo Carlotta.

—Tienen que haber construido el arca pensando en sacar grandes cantidades de plantas y animales para trasladarlas a la superficie del planeta. No sé con qué medio planeaban hacerlo, pero puedo usarlo para entrar.

—Eso te matará —intervino Ender.

—Atracaréis el Sabueso en la bodega de la Heródoto. Con ambas puertas abiertas y la gravedad desactivada, hasta un niño de seis años podría empujarme hasta el Sabueso.

La broma del «niño de seis años» no les causó gracia.

—Padre —dijo Cincinnatus—, estás demasiado frágil. ¿Qué puedes hacer aquí que no puedas encargarnos a nosotros?

—Aportar mis conocimientos a mi conversación con los zánganos —respondió Bean con franqueza.

—¿No podemos llevarlos allá?

—Ni siquiera insinúes esa posibilidad —dijo Bean—. Si les sugieres que salgan del arca, quizá sospechen que intentamos robarla. Aunque fueron ellos quienes lo pidieron, acaban de ver cómo exterminasteis a los rajos salvajes. También compartían, a través de la reina, el recuerdo de la muerte de las otras Reinas Colmena en la tercera guerra fórmica. ¿Por qué no sospecharían que os proponéis matarlos?

—Si mueres en el camino... —empezó Carlotta.

—Pude haber muerto hace un año. O dos. Celebro cada minuto que obtengo, mientras pueda ser testigo de vuestro crecimiento.

—El gigante se está poniendo sentimental —observó Cincinnatus.

—Procura no ahogarte en el charco de sus lágrimas —añadió Ender.

Viejas bromas, costumbres de la familia.

—Sabéis lo que quiero que hagáis. Si muero en el intento de obtener más datos para vosotros, que así sea. Os las apañaréis sin ellos, o con el tiempo aprenderéis a hallarlos por vuestra cuenta. Pero quizá no muera, y debemos contar con ello. Creo que os complacerá saber lo que yo aprenda, si vivo para aprenderlo.

Otro silencio. En la holopantalla, Bean vio que se quitaban los cascos. Pensaban que así él no podría oírlos. El candor de los niños.

La conversación fue breve, pero consistía principalmente en buscar modos de lograr que el Gigante cambiara de parecer.

Cuando volvieron a ponerse los cascos, Bean los apremió.

—Tenéis trabajo por delante —dijo—. Carlotta, regresa con un plan para meterme en el ecotat, o no regreses. Ender, consigue una muestra.

—¿Y yo? —preguntó Cincinnatus.

—Quédate con Ender para protegerlo. No creo que Carlotta corra ningún peligro.

—Me niego —dijo Cincinnatus—. Permaneceremos juntos. Todos observaremos mientras Ender consigue su muestra de los zánganos, si puede. Luego acompañaremos a Carlotta.

—Llevará más tiempo. Ya estáis cansados.

—Como dijiste, ahora la nave es segura. Podemos dormir aquí y volver a comenzar mañana, si es necesario.

Cincinnatus tenía razón. Bean no podía decirles que estaba ansioso de que terminaran esas tareas y regresaran, porque quizás él no estuviera vivo mañana o pasado mañana. Les había dicho que él no moriría.

—El Gigante está pensando —observó Cincinnatus.

—Las vibraciones atraviesan el vacío del espacio y me dan ganas de orinar —añadió Ender.

—¡Otra vez! —protestó Carlotta.

—Creo que es socialmente correcto hacerte encima cuando los alienígenas entran en tu mente por primera vez —dijo Ender—. Si no lo era, lo es ahora.

Son tan inmaduros... Y tan adultos... El peso de una especie sobre sus hombros. Niños haciendo chanzas, provocando a su padre viejo y tullido.

—Haced lo que debéis hacer, y comunicaos conmigo en cuanto terminéis —ordenó Bean.

—Di «por favor» —dijo Carlotta.

—Di «sí, señor» —replicó Bean.

Una breve pausa.

—Sí, señor —obedeció Carlotta.

—Ahora déjate de fastidiar, por favor —dijo Bean.

—Eso no cuenta —protestó Carlotta.

—Es el único «por favor» que escucharás. —También Bean podía hacer chanzas.

Al final, los zánganos resolvieron ambos problemas. Cuando Ender les pidió muestras, se quitaron solemnemente retazos de piel. Si les dolía, no lo demostraron. Y condujeron a Carlotta a la zona de carga.

Tenía un buen diseño. Una segunda rueda, casi del mismo diámetro pero mucho más pequeña en profundidad, estaba unida al extremo delantero del gran cilindro del ecotat. Podía acoplarse con el ecotat, o podía liberarse, reducir la velocidad y

detenerse en relación con el resto de la nave. Era el equivalente móvil de una esclusa.

En los bordes, las vagonetas entraban en la rueda desde los cinco rieles que conducían a la cámara de la reina. Una vez que la vagoneta estaba dentro de la rueda, esta empezaba a girar hasta coincidir con la rotación del ecotat. Entonces se abrían puertas hacia el ecotat, y los rajos domesticados que había allí las llenaban de babosas. Cuando cerraban la puerta, la rueda dejaba de sincronizarse con el ecotat y volvía a unirse a la nave.

El cargamento era otra cuestión. Encima de los raíles (más cerca del eje que del nivel del piso dentro del ecotat) había cinco enormes puertas de seis metros cuadrados que se sincronizaban entre la rueda y el ecotat. Pero al otro lado de la rueda las cinco entradas daban a una enorme bodega. Sin rotación, ese espacio carecía de peso. Así, objetos mucho más largos que la profundidad de la rueda se podían cargar en las dársenas que rodeaban las grandes puertas.

La bodega, a su vez, era accesible a través de dos esclusas aún más grandes. Carlotta hizo que los cascos tomaran medidas minuciosas, y llegaron a la conclusión de que el Sabueso podía caber en la mayor de ambas esclusas.

—Podemos meter la nave en la zona de carga, y luego trasladarte, sin peso, a través de las puertas de carga al ecotat —informó Carlotta.

—Entonces no es imposible —dijo Bean—. Hasta puede que sobreviva.

—No sobrevivirás —añadió Carlotta—. La fuerza centrífuga del interior del ecotat produce un fuerte efecto gravitatorio. El triple de lo que experimentas ahora. Cuando entres en el ecotat, estarás bien, sin peso. Pero luego tendrás que bajar al suelo. Si te dejamos caer, no irás a la misma velocidad que el piso del cilindro y el golpe te matará. Pero puedes bajar por las escalerillas que usan los fórmicos. Así adquieren gradualmente la rotación del cilindro y cuando llegan al suelo ya están sincronizados. ¿Tienes ganas de usar una escalera?

—¿Los fórmicos pueden ralentizar la rotación? —preguntó Bean.

—Podemos preguntar, pero... escogieron esta velocidad de rotación por un motivo. Es adecuada para las plantas.

—Y tú no crees que arriesguen las plantas.

—La biota forma parte de su misión. No podemos pedirles que alteren la gravedad que necesitan las plantas cuando ni siquiera les entregamos la Reina Colmena encapsulada que ellos creen que tienen los humanos.

—Quizá ya estén leyendo nuestras imágenes mentales —interrumpió Ender.

—Yo no tengo ninguna imagen en la mente —dijo Carlotta.

—Sí que las tienes —refutó Ender.

—¿De veras? —dijo Bean—. De acuerdo, haced lo siguiente. Pensad en vosotros de pie junto a mí. Del tamaño que sois, y del tamaño que soy yo. Vosotros junto a mí, y yo tendido aquí en la bodega. Imaginad eso.

—Lo imaginamos como tú dijiste —replicó Carlotta—. No teníamos opción.

—¿Qué se logró con eso? —preguntó Cincinnatus.

—Pensadlo —propuso Bean.

Lo pensaron. Cincinnatus fue el primero en comprender.

—Ahora caigo —dijo—. Tienes el mismo tamaño respecto de nosotros que la Reina Colmena respecto de ellos.

—Casi —matizó Bean.

—Y eres nuestro padre —añadió Ender—, así como la reina era la madre de ellos.

—Pero no eres nuestra pareja —objetó Carlotta—. Ni por asomo eres una reina.

—Ni siquiera finjáis que lo soy —indicó Bean—. Dejad que vean los tamaños, decid que soy vuestro único progenitor vivo, y que solo puedo ir al arca si reducen la velocidad de rotación del ecotat. Decidles cuánto deben reducirla. Que ellos deduzcan lo que sucederá con el suelo y las raíces.

—Preguntarán cuánto tiempo deben reducir la rotación —afirmó Ender—. Porque afectará los patrones de crecimiento.

—Decidles que debe permanecer lenta hasta que yo muera o regrese a esta nave. Decidles que no me queda mucho tiempo de vida, pero que quiero reunirme con ellos en el arca antes de morir. Si todavía estoy con vida después de hablar con ellos el tiempo suficiente, regresaré aquí y podrán volver a la rotación normal.

—¿Cuánto tiempo es «suficiente»? —preguntó Ender.

—Detesto esta idea —murmuró Carlotta.

—Hasta que comprenda todo lo posible sobre lo que pasó con la reina. Decidles que necesito saber por qué murió, para estar seguro de que no os envenenaréis cuando os trasladéis al arca.

Los tres quedaron consternados.

—Ya os dije que ese planeta es vuestro futuro —aseguró Bean—. Necesitáis mudar el laboratorio al ecotat y crear bacterias intestinales que digieran las proteínas alienígenas y las hagan útiles para vosotros y vuestros hijos. Cuando podáis vivir cómodamente dentro del ecotat fórmico y con lo que produce, estaréis preparados para colonizar el planeta.

—¿Y si no queremos? —dijo Cincinnatus.

—Querréis hacerlo —dijo Bean—, porque querréis que vuestra especie sobreviva, y no hay mejor oportunidad en ninguna otra parte. Ya hemos mantenido esta conversación. Solo que ahora la mantenemos donde los zánganos pueden ver las imágenes que cruzan vuestra mente.

—¿Por qué crees que los zánganos aceptarán? —preguntó Ender—. Su especie está agonizando... Ellos son los últimos, sin esperanza de reproducción.

—Decidles que soy vuestro padre. Un macho. Y cuando yo muera, deben adoptaros y ser vuestros padres. Enseñaros todo lo que saben. Decidles que en

realidad no somos humanos... que somos diferentes del resto de la especie. Así, cuando pobléis ese planeta, lo haréis como una nueva especie sensible, y siempre consideraréis a estos zánganos vuestros padres.

—No creo que tengan el concepto de adopción —objetó Ender.

—Claro que sí. ¿No recuerdas? Dijiste que cuando la Reina Colmena murió sin haberlos devorado se sintieron honrados, porque serían heredados por la nueva reina. Solo que no pudieron encontrar ninguna.

—Eso no es adopción, eso es un nuevo matrimonio —dijo Cincinnatus.

—Se aproxima bastante —aclaró Bean—. Decídselo. Tratad de hacerles ver analogías entre su especie, sus vidas, y la nuestra. Permitidles entender que sois pequeños y que tendréis una vida muy corta. Que necesitáis toda la ayuda posible para sobrevivir.

—¿Por qué no? —añadió Carlotta—. Ni siquiera estaremos mintiendo.

—No conocisteis a la Reina Colmena, pero a través de ellos podéis llegar a ser como hijos de la reina —añadió Bean.

—Ya entendimos, Padre —dijo Ender—. No tienes que darnos un libreto.

Entonces los niños negociaron con los zánganos, que esta vez tocaron a los tres. Después ellos dijeron que era asombroso, porque podían percibirse unos a otros a través de los zánganos. Eso les permitía ensamblar sus imágenes, unificarlas. El plan se llevó a cabo, con el acuerdo de los zánganos y los niños.

Luego los niños regresaron. Bean volvió a pilotar el Cachorro, y en esta ocasión lo atrató sobre la zona de carga. La Heródoto estaba diseñada para eso, y pronto las puertas se abrieron y un techo mucho más alto se irguió sobre Bean.

Él no había notado cuán claustrofóbico se había sentido todos esos años, cuánto lo oprimía ese techo a medida que aumentaba de tamaño. Pero cuando lo quitaron, sintió que su ánimo mejoraba. Estaba casi de buen humor.

Los niños, no. Tenían miedo de matarlo por accidente durante el traslado.

—No es justo que nos hagas cargar con esa culpa —dijo Carlotta.

—Ninguna culpa —negó Bean—. Prefiero morir haciendo algo y no quedarme aquí como un melón.

Ellos nunca habían visto un melón creciendo en el suelo.

Debían hacer ciertas tareas antes de la transferencia. Bean insistió en que primero trasladaran todo el equipo de laboratorio. También les mostró las bodegas secretas y les enseñó a usar los vientres artificiales, aunque sin insertar nada dentro de ellos.

—La fertilización in vitro es una práctica común, tal como la extracción del huevo —explicó Bean—. Podéis aprender sobre ella a través del ansible. Los vientres no son tan comunes porque son ilegales en muchos mundos.

—¿Por qué? —preguntó Carlotta.

—Porque son antinaturales —respondió Bean—. O porque privan a las madres

sustitutas de un modo de ganarse la vida. Muchos motivos, pero todos se reducen a uno: los vientres artificiales sugieren que las mujeres no son necesarias, y eso molesta a muchas mujeres.

—Pero las mujeres aún producen los óvulos —afirmó Carlotta.

—Siempre hay modos de soslayarlas —dijo Bean—. Y también hay modos de soslayar a los hombres. Ninguno de los dos sexos necesita al otro para la reproducción. Pero varias sociedades han intentado prescindir de este proceso, y la evolución termina por ganar. Crece el descontento y la sociedad vuelve al apareamiento o la gente se marcha hasta que solo queda un puñado de fanáticos. Es la raza humana, Carlotta. No pidas que tenga sentido.

Bean observó y trató de no inquietarse mientras los zánganos enseñaban a los niños a construir laboratorios herméticos dentro del ecotat. Era una tecnología bien conocida en el arca, porque cuando llegaran a la superficie del planeta les llevaría tiempo encontrar o cavar túneles y cavernas. Tuvieron que usar el plano de una cámara provisoria para la reina, porque ningún otro espacio tenía altura suficiente para que entrara el equipo de tamaño adulto.

En cuanto el laboratorio estuvo instalado y en funcionamiento, Ender decidió no participar más en los preparativos para el traslado de Bean.

—Creo que el genoma fórmico puede ayudarnos. Y no solo a digerir alimentos.

Así, Cincinnatus y Carlotta se encargaron de todos los preparativos. Hablaron seriamente de tratar de confeccionar un traje de presión para Bean.

—Por si se rompe algún sello y perdemos atmósfera —aclaró ella.

Bean se echó a reír.

—Mi querida Carlotta, eres tan compasiva... Pero si se rompe un sello, moriré. Si viajas al espacio, depositas tu fe en las máquinas, y esperas que funcione.

—Pero si...

—Carlotta, el traje de presión me mataría aunque pudieras hacerlo funcionar. Crea presión, que no es lo mismo que una atmósfera normal. No es posible. Así que moriría de todos modos, y luego tendrías el problema de sacarme del traje para que mi materia corporal pueda añadirse al ecotat.

Carlotta rompió a llorar.

—Padre —dijo Cincinnatus—, eres muy sensible a los tiernos sentimientos de tu hija.

—¿Acaso Carlotta pensaba que me enterrarían? ¿Me cremarían? ¿Me expulsarían al espacio? Tú mismo lo dijiste, cuando planeabas eliminarme... mi cuerpo alberga demasiados recursos.

—Eso fue antes de que nos topáramos con el arca —explicó Cincinnatus—. Y no estoy orgulloso del niño que yo era entonces.

—Aún eres el mismo niño —afirmó Bean—. Siempre pensando con antelación.

Impaciente. No lo digo para criticarte, pero no lo olvido, y menos los puntos en que tenías razón.

—No eran muchos.

—En general, vosotros tres tenéis razón con más frecuencia que la mayoría de los humanos, y aprendéis de vuestros errores.

—El Gigante dice que soy un idiota, pero que soy superior al idiota común.

—Ni más ni menos —añadió Bean.

Bean había pensado que podría efectuar el traslado en pocos días, pero Carlotta fue metódica y lenta, y ponía todo a prueba. También insistió en sacar muchos ordenadores de la Heródoto para activarlos y conectarlos en red dentro del ecotat. Y luego la gran cuestión.

—Quiero trasladar el ansible —declaró.

Bean no había previsto eso.

—Posiblemente —dijo—. Pero tu red funciona bien entre ambas naves. Puedes tener acceso a los sistemas humanos de comunicaciones desde allí.

—Pienso construir otro —afirmó ella—. Un sistema redundante. Lo necesito para no tener que ir de un lado al otro para trabajar en él.

—La tecnología del ansible es un secreto celosamente guardado —dijo Bean.

—Ender y yo copiamos esa tecnología hace años —explicó Carlotta—. Pensamos que te enfadarías si te lo contábamos.

—Copiasteis las partes de esa tecnología que se podían copiar —añadió Bean—. Os observé mientras lo hacíais.

—Pero nosotros descubrimos el resto después, y también lo copiamos. Mientras dormías. Reconoce mis méritos.

Así que demoraron más de lo que pensaba Bean, quien se sintió inquieto mientras el ansible estaba en tránsito, más preocupado por esa máquina que por sí mismo. El ansible era su contacto con la raza humana. Era el contacto de Bean con su último amigo vivo, Ender Wiggin, aunque nunca se hablaban ni se enviaban mensajes. Quizás Ender Wiggin nunca pensara en Bean, o quizá creyera que había muerto diez años atrás. Wiggin se ocultaba de todo el mundo, de «Ender el Xenocida». Ahora era un portavoz de los muertos. Nadie sabía que él era el Portavoz de los Muertos. Lo consideraban uno más entre los numerosos portavoces itinerantes. Era una misión apropiada para él. Pero Ender Wiggin se concentraba en las personas vivientes y los muertos recientes a los que debía dar voz. No tenía tiempo para su pasado. Más aún, era probable que estuviera huyendo de ese pasado. Bean sospechaba que no sería un acto amistoso darse a conocer a Ender Wiggin. Ender se preguntaría qué quería. Ender lamentaría que se hubiera comunicado con él.

Pero si la Reina Colmena le había mentado, si La Reina Colmena se basaba en mentiras, Ender dedicaba su vida a proteger un fraude, buscando un hogar para una

reina que tenía sus propios planes y no se los revelaba.

Si eso resultaba ser cierto, Bean hallaría el modo de enviarle el mensaje a Ender, aunque no le revelara la identidad del remitente.

Al fin llegó el momento de emprender el viaje.

Le había costado bastante entrar caminando en la Heródoto cuando llevó a los bebés a bordo y dejó a Petra y los demás hijos, pues sus hijos normales aún eran chiquillos que estaban aprendiendo a hablar y gatear. No le había importado mucho la inutilidad de las ampliaciones que se habían intentado. Sabía que la mesa más alta y la silla más grande pronto dejarían de servirle. No pensaba fabricar otras. Sabía desde el comienzo que terminaría tendido de espaldas o de costado en la bodega, con la menor gravedad posible.

Pero había entrado caminando. Ahora Carlotta redujo la gravedad a cero y activó el gravitador que había improvisado en el Sabueso. Lo alzó muy despacio. Ella y Cincinnatus se elevaron con él, haciéndolo rotar lentamente en el aire, y cuando llegó al piso acolchado del Sabueso, se posó suavemente.

Bean estaba aterrado. En un tiempo la falta de peso le resultaba casi normal, pero con este tamaño, la sensación de caída que venía con la ingravidez (era como bajar por una montaña rusa, pero una y otra vez) no era una mera emoción, era como la muerte. No sobreviviría a una auténtica caída. Si se tropezaba y caía de bruces, se le partirían los huesos frágiles y no se recobraría nunca. Los cuerpos humanos no estaban diseñados para tener cuatro metros y medio de altura.

El plan de Carlotta era perfecto, y Cincinnatus y ella lo ejecutaron a la perfección. Salvo por el miedo, Bean no sufrió ningún daño. Ni siquiera magulladuras ni músculos resentidos, tan suave fue su descenso en el piso del Sabueso.

Solo cuando estuvo en su sitio comprendió que no tenía un ordenador al lado.

—Carlotta —dijo—, no podemos irnos hasta que esté conectado para controlar el Sabueso. Tráeme mi holotop.

Ella se rió.

—Sabemos cómo pilotas, padre. Eres diestro, pero la trayectoria que usaste en nuestros viajes te mataría. Te llevará Cincinnatus, y el viaje no durará una hora sino casi todo un día. Así que acomódate y duerme.

—¿Con Cincinnatus pilotando la nave?

Pero Bean se permitió sentir alivio en vez de fastidio. Había pilotado el Sabueso desde una posición estable en la bodega de la Heródoto. Una vez dentro del Sabueso, su posición no sería estable. Experimentaría todos los cambios inerciales del vuelo, sin estar en el asiento del piloto. Los niños habían previsto un problema y habían hallado una buena solución.

No era perfecta, pues la inexperiencia de Cincinnatus se notaba en ocasiones. Pero era un vuelo mejor del que habría hecho Bean, y mientras se aproximaban a la

esclusa abierta del flanco del arca, este tuvo que admirar la destreza con que su hijo detenía el Sabueso.

Aquí no había gravitador. Las lentes de gravedad no funcionaban bien dentro de objetos rotativos, y menos tan cerca de un planeta. O tenías lentes de gravedad o tenías fuerza centrífuga, nunca ambas cosas.

El atracadero de la rueda tenía longitud suficiente para que el cuerpo de Bean no sobresaliera del lado interior. Buen diseño, pensó. Muy recomendable para gigantes.

El verdadero ingenio (el motivo por el que había demorado una semana) fue visible en cuanto la rueda se sincronizó con el lentísimo cilindro del ecotat. A esta distancia del suelo, Bean casi no sentía gravedad. Luego la puerta se abrió y vio el ecotat con sus propios ojos.

El alivio que había sentido cuando se elevó el techo de la Heródoto no era nada en comparación con esto. El lugar era enorme, y el sol falso del centro del eje imitaba la luz solar en forma muy convincente. Bean tuvo la vertiginosa sensación de haber regresado a la Tierra.

Luego vio que el mundo se curvaba hacia arriba en ambas direcciones, y formaba un techo claramente visible, con árboles, prados y pequeños lagos o estanques. Pero volaban aves (¿alguien había mencionado las aves?) y aunque los árboles eran de mundos fórmicos, Bean nunca había sido un experto en árboles terrícolas. Para él era un bosque y punto. El verdor le quitó el aliento; los extraños colores parecían armonizar.

No era un planeta, pero se parecía bastante. Nunca había pensado que volvería a pisar un mundo viviente.

Carlotta y Cincinnatus habían improvisado un andamiaje frente a la puerta. Mientras lo trasladaban desde el atracadero, Bean comprendió que la tela en que se apoyaba era una red resistente para cargamento. Una hamaca, pero con varillas que le impedían colapsarse con él plegado en su interior.

Cuando terminó de atravesar la puerta, descansó cómodamente dentro de la hamaca. Luego lo arriaron como buenos marineros, y la ilusión de gravedad creció tan suave y naturalmente como si hubiera bajado por una escalera.

Era una gravedad un poco mayor de aquella a la que estaba habituado. Tenía que respirar más profundamente y con más frecuencia. Pero no jadeaba. Podía lograrlo. Podía vivir así. Por un tiempo.

Cuando estuvo posado en el suelo, con la tela de la hamaca debajo, las aves descendieron, y comprendió que no eran aves. Eran los zánganos.

Revolotearon alrededor, se posaron. Entonces llegó Ender (el laboratorio no estaba lejos) y parecía feliz. Más feliz de la cuenta, en realidad. Su trabajo de laboratorio debía andar bien. Bean había seguido atentamente sus investigaciones, pero Carlotta había instalado esta red, y Bean descubrió que ella había bloqueado, o

no había creado, las puertas traseras y canales subrepticios que él usaba constantemente en la Heródoto. Ya no permitían que él los supervisara, aunque respetaran solemnemente todas sus decisiones expresas.

—Quieren comenzar de inmediato a hablar contigo —dijo Ender.

—Antes de que te mueras —añadió secamente Cincinnatus.

—Entonces comenzaremos de inmediato —repuso Bean.

Los zánganos volaron hasta su pecho. No parecían pesar casi nada. Bean comprendió que soportaban gran parte de su peso con las alas.

—No pueden estar sobre mi pecho —dijo—. Aunque son pequeños, no puedo soportar ese peso y seguir respirando. Pero si se posan en el suelo junto a mí, y me tocan la cabeza como tocaban la tuya...

—Quieren honrarte como la nueva Reina Colmena —afirmó Ender—, pero no quieren matarte mientras lo hacen. —Ender se arrodilló y apoyó la cabeza en la boca de un zángano. Comunicó su mensaje al instante. Los zánganos se bajaron del cuerpo de Bean y se reunieron alrededor de su cabeza.

Los zánganos se habían vuelto más hábiles para comunicarse con los humanos desde aquella primera vez que intentaron hablar con Ender. Las imágenes llegaban despacio, suavemente, y hacían sugerencias en vez de imponer sentimientos.

Al principio Bean comunicaba en voz alta lo que recibía de los zánganos. Ender, que también los tocaba y lo veía todo, le confirmó que los entendía correctamente.

Pronto fue Carlotta quien le hizo compañía. Y luego llegó el turno de Cincinnatus. Los zánganos también se turnaban, y dos por vez se quedaban con él.

De este modo entablaron conversación día y noche, en la vigilia y el sueño. En verdad, Bean tenía la sensación de estar dormido casi siempre. Era un sueño largo, atractivo y fascinante, la historia de la vida de los zánganos, todo lo que sabían sobre su reina y las otras reinas, la vida de las obreras, la historia total. Sabían muchísimo, y lo sabían directamente, sin las distracciones del lenguaje.

Pero a medida que continuaba el sueño, hora tras hora, día tras día, Bean detectó las lagunas que había en ese conocimiento. Él preguntaba, y ellos le daban la respuesta que creían que él deseaba; no podían ver lo que no podían ver. Creían saberlo todo, pero Bean notó que la reina les había ocultado la información más vital y peligrosa.

Él había creído, como el resto de la raza humana, que una colonia de fórmicos tenía una sola mente. Que las obreras eran para la Reina Colmena lo que los dedos y los pies eran para los humanos: solo una parte de ella, sin mente propia. Pero mientras saboreaba sus pequeñas vidas en la memoria de los zánganos, supo que eso era una mentira, una mentira profunda y terrible. Las obreras tenían mente, pensamientos, deseos, pero la reina las usaba a su conveniencia, y las desechaba por irrelevantes cuando no les encontraba utilidad. Si una obrera se resistía, incluso si

sugería un procedimiento mejor, la reina abandonaba la mente de la obrera, cerraba el enlace entre ambas, y a través de los ojos de los fórmicos cercanos presenciaba la muerte de la obrera renuente.

Y se conformaba con eso. Porque el temor más profundo de las reinas era una rebelión de las obreras. Los zánganos no recordaban semejante cosa (¿cómo podían recordarlo?) pero Bean sabía que el alivio de la Reina Colmena delataba una tensión que no había dejado experimentar a los zánganos. Les ocultaba su temor a ellos y a todos. Pero Bean tenía la capacidad de los humanos para interpretar la mente. Sin poder conectarse directamente, los humanos habían adquirido destreza para interpretar las emociones a partir de signos externos. La mayoría de los humanos lo hacían aceptablemente; si bien algunos lo hacían muy mal. Bean lo hacía estupendamente, pero no por amor. El amor nos hace malos observadores: proyectamos la mejor interpretación en todo. El odio provoca una ceguera similar: suponemos lo peor. Para sobrevivir en su infancia, Bean se había vuelto ducho en discernir los posibles actos de la gente a partir de los indicios involuntarios que mostraban. La Reina Colmena no ofrecía esas señas discernibles: no había gestos faciales que Bean pudiera interpretar. Pero no era necesario. Ella ocultaba los sentimientos que necesitaba ocultar, pero no los subsiguientes, y Bean podía distinguir lo que la reina había sentido antes. Confiaba en que sus interpretaciones fueran atinadas y, en caso contrario, serían las mejores que obtendría.

Tres días vivió en el sueño. A diferencia de las reinas, Bean no intentó ocultar nada. Desnudó su vida entera ante los zánganos. Les permitió sentir lo que significaba ser humano, un hombre con responsabilidades ante los demás, pero en última instancia un agente autónomo, libre para decidir mientras aceptara las consecuencias de sus decisiones.

Se maravillaron. Se horrorizaron ante ciertas cosas, ante la idea del asesinato. Bean les mostró que él consideraba como un asesinato que la Reina Colmena rompiera el contacto con la mente de una obrera, matándola. Pero esa interpretación errónea divertía a los zánganos. No es como vosotros, los humanos, tú no entiendes. No dijeron esas palabras, pero él entendió la idea a partir de su actitud burlona, paciente, desdeñosa. Como adultos hablando con niños precoces. Como Bean hablando con sus propios hijos cuando aún no tenían dos años y no habían empezado a educarse por su cuenta.

Al fin los zánganos se retiraron, y entonces Bean durmió en serio, profunda y plenamente. Soñó, pero eran los cómodos sueños del descanso normal. Sin pesadillas.

Despertó en pleno día. Un toldo le protegía la cara de la luz del sol. Hacía calor y el aire estaba un poco húmedo.

—Te cubrimos anoche mientras llovía —dijo Carlotta—. Tienen que hacer llover una vez cada cuatro días cuando imitan el verano, como en este momento. No lo

hicieron durante la conversación.

—¿Cuál fue el resultado? —preguntó Bean.

—¿No eres tú quien debe decirlo? —replicó Carlotta.

—Aprendí mucho, pero lo más interesante eran las cosas que la Reina Colmena nunca les mostró. No creían que les hubiera ocultado nada, creían que ella era totalmente sincera con ellos. ¿Qué otra cosa podían creer? Sus vidas estaban rodeadas por las mentiras que ella urdió para ellos.

—He oído decir que los padres hacen eso para proteger a los hijos —observó Carlotta.

—Yo también lo he oído —dijo Bean—. Y quizá sea necesario. Pero es frustrante para un investigador como yo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella.

—¿Físicamente? Mira ese instrumental y dime si estoy vivo o no.

—Buen pulso —afirmó ella—. Los otros signos vitales están bien, para un hombre de tu tamaño.

—Creo que no he comido —dijo Bean—. Pero el resto del equipo está en su lugar. ¿He procesado los desechos corporales con eficiencia?

—El popó y el pipí están en orden. Los gusanos locales fruncieron la nariz con desprecio, pero las plantas están felices, o al menos ninguna de ellas ha muerto aún.

—Entonces mi vida tiene sentido.

Volvió a dormirse. Cuando se despertó, atardecía, y los tres niños estaban reunidos alrededor de él.

—Padre —dijo Ender—, debo contarte algo. Bueno y malo. En general bueno.

—Cuéntame —pidió Bean—. No quiero morir durante un preámbulo. Ve al grano.

—Pues aquí va —respondió Ender—. Sin darse cuenta, los fórmicos me han enseñado a curar tu enfermedad. Podemos activar los patrones humanos normales de crecimiento y por lo tanto el final del crecimiento, sin desconectar la Clave de Anton.

—¿Cómo? —preguntó Bean.

—Cuando vimos que las obreras fórmicas morían al perder su enlace con la reina, pensé que no la amaban, que no morían porque se les rompiera el corazón. Más aún, experimentaban esa muerte como una liberación, y sin embargo perecían. Sospeché que las reinas habían alterado el genoma de las obreras, tal como hicieron con los rajos. Pero me equivocaba. El genoma de los fórmicos de los capullos secos era esencialmente idéntico al de los zánganos y la reina. Estas diferencias no están en el genoma.

—¿Entonces qué? —preguntó Bean—. No me obligues a adivinar.

—Lo hacen con organelas. Son como nuestras mitocondrias. Las reinas preparan una sopa bacteriana en glándulas que en las obreras y zánganos solo son vestigiales.

Luego infectan los huevos de las obreras con estas bacterias, y las bacterias se instalan en cada célula de sus cuerpos. Las organelas responden a la conexión mental entre la reina y las obreras. Detectan si está ahí. Y si no está, desactivan el metabolismo de cada célula del cuerpo, al mismo tiempo.

—Las organelas son como policías del pensamiento —opinó Carlotta con amargura—. Zorras.

—Tiranas —añadió Bean—. Temían constantemente una revuelta de sus hijas. La organela les daba tranquilidad. Les permitía tener muchas más hijas de las que podían dominar directamente con la mente.

—Sí —admitió Ender—. Los zánganos son la adaptación natural. Ellos pueden extender el alcance de la reina. Pero aun con veinte machos adheridos a ella, a lo sumo podía controlar unos centenares de obreras al mismo tiempo. Era inevitable que algunas escaparan de su control. Así que una reina inventó la organela esclavista. O quizá muchas reinas probaron suerte con varias y compartieron los resultados hasta que optaron por esta.

—Y nunca se la dieron a los machos —dijo Bean.

—No era necesario. Ellos siempre eran leales a la reina. La adoraban, estaban unidos a ella, conocían cada pensamiento suyo...

—Cada pensamiento que ella les permitía conocer —corrigió Bean.

Ender asintió.

—Cada reina prepara esta organela en su interior y la administra a los huevos de las obreras. Los machos son naturales, son producto de la evolución. Pero las reinas hacen esto con las obreras una por una. Saben muy bien lo que están haciendo.

—Creando las siervas perfectas —añadió Cincinnatus—. Y los soldados perfectos. Luchan y mueren cuando ella lo ordena. Si vacilan, ella corta el contacto y mueren de todos modos. Es una vida desesperada. Quizá las obreras la amen como los machos, cuando la reina se concentra realmente en ellas. Pero pronto deja de prestarles atención. La conexión aún existe, pues de lo contrario morirían. Y ellas aún no osan experimentar su propio odio. Pero el odio existe, ¿no crees?

—Más en algunas que en otras —dijo Bean—. El terrible secreto de las reinas. Pero Ender, ¿cómo te ayudó esto con el problema de los antoninos?

—Leguminotes —corrigió Cincinnatus.

A Bean le agradaba que insistieran en usar ese nombre.

—Organelas. Tratábamos de trabajar directamente sobre el genoma de los individuos vivientes. Volescu creó nuestra variación cuando éramos embriones, solo un puñado de células. Pero ¿organismos vivientes con millones de células? Una y otra vez se ha intentado cambiar el genoma sobre la marcha, con algunos efectos buenos cuando los cambios eran muy sencillos.

Bean conocía la historia.

—El gigantismo es inseparable de la inteligencia, así que no se puede lograr.

—Pero el gigantismo no es un efecto. Es la ausencia de un mecanismo de desactivación, o de un mecanismo de configuración. No podemos agregar ese mecanismo de desactivación al genoma sin atentar contra la inteligencia. Pero podemos instalar el mecanismo en una organela.

Así de simple. Obvio, ahora que Ender lo decía. Pero no tan obvio, después de todo.

—No puedes preparar organelas para humanos —observó Bean—. Hace tanto tiempo que tenemos mitocondrias que... unieron las células mucho antes de que fueran humanas. Las mitocondrias se reproducen cuando se dividen las células. Las reinas tenían que insertar sus organelas en cada huevo.

—En efecto —respondió Ender.

—Esta es la parte inteligente —añadió Carlotta.

—Usamos un virus para insertar el fragmento de gen alterado en las mitocondrias naturales. Adquieren el mecanismo de desactivación y lo utilizan en el momento apropiado.

—Eso creemos —dijo Cincinnatus.

—Bien, aún no hemos llegado a la pubertad —afirmó Ender—. Tendremos que esperar y ver qué pasa. Pero una cosa es segura: el cambio se ha producido en cada célula de nuestro cuerpo.

—¿Ya lo habéis hecho? —preguntó Bean. Se le aceleró el corazón.

—Calma, padre, calma —dijo Carlotta.

—Claro que lo hicimos —respondió Cincinnatus—. ¿Qué íbamos a esperar?

—¿Mi autorización?

—Ya la habías dado —dijo Cincinnatus—. Cuando nos contaste tu plan para este mundo. Es nuestro. Estos cuerpos son nuestros. Nos habrías dicho que reflexionáramos y habrías evaluado los pros y los contras, y luego nos habrías dejado decidir. Así que hicimos todo eso tal como habríamos hecho si hubieses estado despierto, y decidimos. Luego Ender nos roció los pulmones con un aerosol del virus y nos descompusimos un poco mientras entraba en nuestros cuerpos.

—Y ahora estamos mejor, y nuestros cuerpos no rechazan el cambio —añadió Carlotta.

—Y dentro de pocos años veremos si ha funcionado —sostuvo Ender—. En caso contrario, tendremos que intentarlo de nuevo. O probar con otra cosa. De un modo u otro, nuestros descendientes heredarán este cambio automáticamente. Los leguminotes no tendrán que tomar ninguna píldora ni hacerse ninguna alteración para lograr que los genes que están dentro de nuestras mitocondrias activen el crecimiento normal. Lo legaremos a nuestros hijos.

—Técnicamente hablando —observó Carlotta—, yo lo legaré.

—En eso tienes razón —admitió Ender.

Bean sintió las lágrimas en las comisuras de los ojos. No valía la pena tratar de mover los brazos para enjuagarlas. Que humedecieran el suelo de ese lugar.

—Buen trabajo, ¿verdad? —dijo Ender.

—Muy bueno —respondió Bean.

—La pregunta es... —comenzó Cincinnatus.

—No —dijo Bean.

—¿Ni siquiera quieres oír la pregunta? —preguntó Carlotta.

—Queréis someterme a este tratamiento. Pero es demasiado tarde. A vosotros solo os descompuso, pero a mí puede matarme. Aun así, supongamos que funcionara. Ya estoy tan enorme que mi corazón no me puede mantener con vida si hago algo más que acostarme aquí a vegetar.

—Piensas todo el tiempo —afirmó Carlotta—. Tu cerebro aún recibe sangre suficiente.

—Pero ya no necesito pensar todo el tiempo —matizó Bean—. Hicisteis todo esto por vuestra cuenta. Organizasteis una expedición a una nave alienígena. Salvasteis a un grupo de alienígenas moribundos, en la medida en que era posible salvarlos. Os adaptaréis para ingerir proteínas alienígenas...

—También introduciremos algunas plantas y animales terrícolas —añadió Cincinnatus—. Carlotta no puede vivir sin patatas.

—Y curasteis vuestra fatal enfermedad genética —agregó Bean—. Ahora solo os falta ocultar vuestra existencia a los humanos comunes.

—Lo sabemos —dijo Carlotta—. Por eso te quitamos el ansible.

Sus palabras quedaron suspendidas en el silencio.

—Ibas a contarle a tu amigo Ender Wiggin la verdad sobre las reinas, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí —respondió Bean.

—Lo sabíamos —sostuvo Cincinnatus—. Pero Wiggin no sabe cerrar el pico. Escribió La Reina Colmena. Dice la verdad aunque las consecuencias sean espantosas.

—Debemos permanecer ocultos —dijo Ender—. Y también debemos mantener en secreto la existencia de esta arca, porque si se entera la Flota Internacional, deducirán que hay otras naves colonizadoras, naves donde la reina no ha muerto, y saldrán a buscarlas.

—Prometimos a los zánganos que no te dejaríamos poner en jaque la supervivencia de la especie fórmica de esa manera —informó Cincinnatus—. Por eso accedieron a cooperar.

Bean no le enviaría el mensaje a Ender Wiggin. Y así era mejor. Ender no necesitaba tener noticias tuyas a estas alturas. ¿Y de qué serviría la advertencia? Él

conocía a Ender Wiggin (y lo conocía mejor que nadie, salvo su hermana Valentine), y sabía que seguiría adelante y restauraría a la reina encapsulada cuando hallara un sitio adecuado, al margen de toda advertencia.

—Hasta eso habéis hecho bien —dijo Bean—. Bastardos presuntuosos.

—Descendemos de padres casados —corrigió Carlotta—. Al menos, eso nos dijiste.

Esa noche durmió bien, mejor de lo que había dormido en cinco largos años en el espacio, porque sus hijos estaban a salvo, y quizá curados, y por cierto eran capaces de cuidarse. Lo había logrado todo. No directamente, sino al criarlos para que se atrevieran a tomar las medidas necesarias para salvarse.

Por la mañana, todos estaban ocupados, pero Bean se conformó con quedarse tendido allí y escuchar los sonidos de la vida en el prado. No conocía el nombre de ninguno de esos animales, pero había algunos que saltaban y otros que gorjeaban y croaban, y algunos que se le posaban suavemente y reptaban o caracoleaban hacia alguna otra parte, y se tiraban o brincaban. Formaba parte de la vida de este lugar. Pronto su cuerpo participaría aún más en ella. Entretanto, era feliz.

Y quizás, al morir, descubriera que alguna religión estaba en lo cierto. Quizá Petra lo estuviera esperando. Impaciente, enfadada.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Tenía que terminar mi trabajo.

—Pues no lo terminaste. Tuvieron que hacerlo los niños.

Y otros. Sor Carlotta, que le salvó la vida. Poke, que también le salvó la vida, y murió por ello. Sus padres, aunque no los conoció hasta después de la guerra. Su hermano Nikolai.

Bean volvió a despertarse. No sabía que iba a dormirse. Pero ahora los niños estaban reunidos alrededor de él, con cara seria.

—Tuviste un pequeño paro cardíaco —dijo Cincinnatus.

—Se llama felicidad —replicó Bean.

—Un nombre nuevo —observó Carlotta—. No sé si prenderá.

—Pero ahora está latiendo —dijo Bean.

—Demasiado rápido, pero sí —admitió Cincinnatus.

—Os quiero decir algo —anunció Bean—. Vuestra madre fue el amor de mi vida.

—Lo sabemos —dijo Carlotta.

—Amé a otras personas, pero a ella más que a nadie. Porque juntos hicimos algo. Os hicimos a vosotros.

Bean se puso de costado.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo? —preguntó Cincinnatus.

—No debo rendiros cuentas —respondió Bean—. Yo soy el padre. Soy el Gigante.

—Acabas de tener un paro cardíaco —dijo Ender.

—¿Crees que no siento la diferencia en el pecho? —añadió Bean.

Se apoyó con cuidado sobre los codos y las rodillas. Una posición que no había adoptado en un año, desde que había dejado de rodar. Ni siquiera sabía si podría hacerlo. Pero aquí estaba, sobre los codos y las rodillas, como un bebé. Jadeante, exhausto. No puedo hacer esto.

—Lo que quiero —murmuró— es ponerme de pie en este prado y caminar a la luz del sol.

—¿Por qué no lo dijiste? —preguntó Carlotta.

Lo volvieron a acostar en la hamaca, y lo izaron hasta que estuvo sentado, y luego hasta que estuvo de pie.

La gravedad era muy leve, casi inexistente, pero le costaba respirar erguido, aunque la hamaca lo sostuviera.

—Ahora caminaré —afirmó.

Se le aflojaban las piernas.

Los zánganos volaron hacia él y le aferraron la ropa, aleteando para ayudar a sostenerlo. Los niños se reunieron alrededor de sus piernas y le ayudaron a dar un paso, luego otro.

Sintió el sol en la cara. Sintió el suelo bajo los pies. Sintió que las personas que lo amaban se aferraban a él y lo guiaban.

Era suficiente.

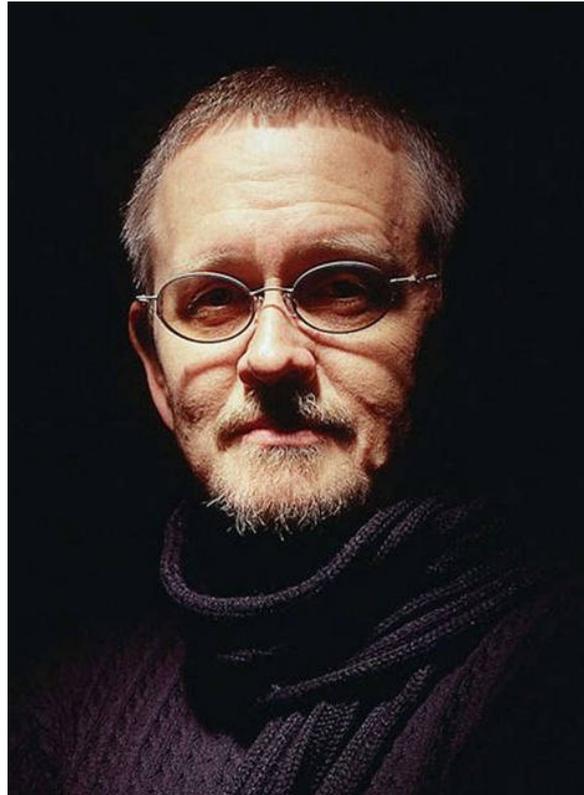
—Ahora me acostaré —dijo Bean.

Y se acostó.

Y murió.

Notas

[1] Se conoce como síndrome del savant o savantismo a un conjunto de síntomas cognitivos anómalos. Estos individuos son denominados savants, normalmente traducido como "sabios", siendo la traducción literal "sabedores" (sapientes). *Fuente Wikipedia.* <<



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La Saga del Retorno* o las historias de Alvin el Hacedor. Ha ganado numerosos premios Hugo y Nébula, como el Nébula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nébula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de *El secreto de Monkey Island*.

Así mismo, Orson Scott Card se ha adentrado en el mundo del cómic, escribiendo el guion entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.